
CIRCULO DEL CRIMEN
ASESINO MIO
MICKEY SPILLANE
DONT
WALK
Nº36

Un tipo listo estaba incrementando la tasa de muertes en los bajos fondos con un calibre 38 especial. El teniente de policía Joe Scanlon se dedica entonces a realizar una instensa búsqueda a lo largo de los sombríos y mortales callejones de la jungla de chabolas que rodea la ciudad… su tapadera, una hermosa mujer policía que se ofrecerá como anzuelo sexual… su objjetivo, un asesino de un sólo disparo que está eliminando al resto de asesinos.

Mickey Spillane

Asesino mío. Un hombre solo

Círculo del crimen - 36

ePub r1.0

Titivillus 30.11.2020

Título original: *Killer mine. Man alone*
Mickey Spillane, 1965
Traducción: María Jesús Gutiérrez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



ASESINO MÍO

1

Bajé del coche lentamente y me quedé mirando hacia la oscura ventana del apartamento. La lluvia fría golpeaba en el cristal y le hacía parecer un espejo negro, diabólico, un ojo espantoso en la cara de un tétrico y sucio edificio. Había algo repugnante en todo aquello, algo viciado y obsceno, incluso inconcebible.

Allí arriba, tras esa amenazadora ventana, tenía que matarme. Allí arriba sabría lo que es yacer muerto, tendría la sensación y la visión de una expresión impertérrita, la laxitud de la muerte.

En mi bolsillo el revólver parecía pesar demasiado, lo saqué y crucé la calle sosteniéndolo en la mano. La puerta principal estaba abierta. La interior, también. Detrás, aparecía la larga y cavernosa entrada de las tenebrosas escaleras y el pasillo.

En el primer piso, de frente.

En mi mente imaginaba mi rostro en el suelo, vuelto hacia la luz, con los ojos parcialmente abiertos y la mandíbula laxa. Sin conocimiento ya. Sin conciencia. Sin que quedase nada. Sólo la muerte.

Bajo mis pies la alfombra estaba desgastada y cada peldaño traía un olor a moho, a viejo, a cerrado. Tal y como era mi costumbre desde hacía mucho tiempo, salté por encima del peldaño desvencijado y calculé, como lo habría hecho un niño, la distancia hasta el descansillo.

Cuatro peldaños más para llegar. Después tres, dos, uno y ya estaría allí. La puerta se encontraba tres metros más allá. No me apresuré. No tenía prisa por ver qué aspecto tendría muerto.

Así, pues, me acerqué despacio y, cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, amartillé el 38 y entonces pensé qué estúpido era todo aquello. Y cómo empezó. En cierto modo, tenía dos puntos de partida, pero el primero era el último y el último el primero. En el último momento, recapacité sobre la simpleza y la tontería de aquella idea.

Llegué diez minutos después del óbito. Los hombres del coche patrulla tomaban declaraciones al grupo que había oído los disparos y trataban de sacar algo en claro de lo que decía el noctámbulo de cabellos teñidos que avisó a la patrulla.

Se encontraban allí el capitán, un inspector del distrito residencial y uno de los expertos del laboratorio al que había visto unas cuantas veces. Cuando salí del coche, los fotógrafos tomaban ya las últimas fotos y buscaban alguna tarjeta o documento con que poder identificar al muerto.

Me acerqué al médico, mientras se levantaba y guardaba sus instrumentos en el maletín. Le pregunté:

—¿Cómo murió?

—Tiene dos en el pecho y una en el cuello, cualquiera de ellas mortal.

—¿Dijo algo antes de morir?

El médico sacudió la cabeza.

—Ni una palabra. Me di cuenta que se estaba muriendo y traté de reanimarle lo suficiente para que pudiera decir algo, pero no pude.

—¡Qué fastidio!

El médico respiró hondo y puso mala cara.

—Esto tenía que ocurrir —recorrió con la mirada la manzana, abarcando las fachadas de piedra de las viviendas—. Cualquier cosa puede suceder aquí. Es clásico.

Le observé sin decir nada, después eché una ojeada al hombre que yacía muerto. No había mucho que ver. La sangre oscurecía su rostro y en la acera, parecía pequeño e insignificante, en absoluto lo suficientemente importante como para haber sido liquidado de forma tan espectacular. Miré de nuevo, fruncí el ceño y sacudí la cabeza, desechando las ideas que se me ocurrían.

Antes de que pudiera pensar más oí:

—Joe…

—Joe…, ¡eh! Joe. —El capitán Oliver me saludaba con la mano, su cigarro describía un arco rojo en la noche. Crucé hacia allí.

—Este es el inspector Bryan, Joe… Teniente Scanlon, señor.

Bryan sacó la mano y agarró la mía. Era un policía grande y fornido, había trabajado mucho para llegar a lo que era y estaba al tanto de todo lo relacionado con su trabajo.

—Ollie me ha hablado de usted, Joe. Yo solicité que le enviaran aquí.

—Me preguntaba por qué me habrían llamado.

—¿Conoce esta zona?

—Nací a un par de manzanas de aquí. Esto apesta, pero lo conozco bien.

El inspector dio una calada al cigarrillo.

—¿Está al tanto de los últimos sucesos?

Antes de contestar, intenté ver a dónde quería llegar, pero no deduje nada.

—En parte. No con detalles.

—¿Conoce el hombre muerto? ¿Le han identificado ya? —le pregunté mirándole de reojo.

—Todavía no. Estamos esperando las huellas.

Volví a tener un extraño presentimiento que no me pude quitar de la cabeza. Di la vuelta, me acerqué al cadáver, lo inspeccioné de cerca y me puse de pie.

—Olvídense de las huellas. Puedo reconocerle.

—¿Quién es, Joe? —preguntó Oliver.

—Doug Kitchen. Crecimos juntos.

—¿Estás seguro?

—Positivamente. Solía salir con mi hermana. Era un buen chico.

El inspector arrojó la colilla.

—Los buenos chicos no mueren así —dijo.

—Este sí.

—¡Bobadas! —La expresión de sus ojos era astuta y fría.

—A mi viejo le disparó un policía al doblar una esquina. Le confundió con otro. El policía creyó que llevaba una pistola. Lo que llevaba era su termo.

—¿Y qué?

—Pues que Doug no era peligroso. Le conocía. Eso me basta.

—¿Qué hacía en la calle a las cuatro y media de la mañana?

—¿Ha registrado usted el cadáver, inspector? —No se lo dije en un tono muy amable.

—Por encima.

—Entonces, quizá, le habrá visto su tarjeta de los astilleros. Estuvo trabajando en el turno de ocho a cuatro y regresaba a casa.

—Me he equivocado —dijo Bryan. Me sonrió con una mueca—.

Algo está sucediendo aquí, Joe. Cuatro absurdos asesinatos, sin embargo bien planeados, en un mes. Sin nada en común salvo que todos se han ejecutado en la misma zona. Esto no encaja bien. Creo que necesitamos que un hombre de aquí se encargue del caso.

—¿Yo?

—Tú has vivido aquí. Conoces a la gente.

—Sólo a los más viejos. Las cosas cambian.

—Ya lo sé. Lo que nosotros queremos es evitar que cambien.

—No creo que sea tan importante.

—Cuatro muertes, tres de ellas con la misma pistola, puede ser importante. Esto no puede ir a más. —Sacó de su bolsillo una ficha, me la acercó y sostuvo una linterna sobre ella.

—¿Conoces estos nombres?

Después de leerlos, dije:

—Los conozco.

—¿Y bien?

—Entonces éramos chavales. Fuimos juntos a la misma escuela. Yo era muchísimo mayor que casi todos ellos.

—Pero es una pista.

—En cierto modo puede que sí. Las víctimas vivían a diez manzanas unas de otras.

—Y han sido asesinados muy de prisa, uno detrás de otro.

Le devolví la ficha.

—¿Qué tengo que hacer?

Bryan esbozó una de esas sonrisas de viejo policía.

—Encárguese del caso. —Me sonrió de la misma forma de nuevo.

—Olvídese, amigo No le descubrirán. Tiene usted una amiga al final de la manzana. Todo parecerá bastante natural.

—Yo no tengo ninguna amiga.

—La tendrá muy pronto, muchacho. Es una señora a quien usted conoció de joven, y por lo que a la gente de aquí respecta, se han vuelto a encontrar por casualidad y están recordando viejos tiempos.

—Escuche, inspector, no quiero ninguna mujer mezclada en todo esto.

—Tal vez cambie de opinión cuando la vea.

—¡Oh, m…!

—Se llama Marta Borlig, ¿la recuerda?

No pude evitar poner la cara que puse.

—Claro —dije contrariado.

—Ahora es policía, pero nadie lo sabe por aquí. Sólo lo saben en el departamento y puede dejarlo así. Eso es lo que le gusta, ¿no?

—Sabe usted mucho de mí.

—Nosotros estudiamos muy cuidadosamente estas cosas, Joe. Ahora escuche. Este caso es simple y sórdido, pero ha adquirido un tono peligroso. Si afectara a delincuentes o a criminales conocidos, lo resolveríamos rutinariamente, pero ahora tenemos implicados a ciudadanos que no quieren muertos en sus patios. Son propietarios de comercios y trabajan de verdad. Tienen derecho a quejarse. Pronto los periódicos se harán eco y nosotros seremos el blanco.

—Y si no consigo nada, el blanco seré yo.

—Esa es la idea general, Joe.

—Entonces ya pueden olvidarlo. No jugaré. No me apetece hacer de blanco. Me ha ocurrido demasiadas veces como para buscármela de nuevo.

—Es una orden, Joe.

—Estupendo, así que es una orden. ¿Usted quiere que sea yo quien mueva los hilos? Ya me conozco la historia.

—Muy bien, muchacho, llámalo así.

—Yo no, inspector. Yo no. Yo no trabajo a altos niveles, Soy un policía lisa y llanamente. Pero sé lo suficiente para no meterme en un trabajo en el que no me quiero ver envuelto.

El capitán Oliver dijo:

—¡Joe…!

Pasó un momento hasta que pude reaccionar, después sonreí y dije:

—De acuerdo, de acuerdo. Haré el primo. Seré un verdadero idiota. —Sonreí más aún—. Pero el primero que no me respalde, ¡fuera! Un trabajo rápido y duro. ¿Entendido?

—¡Claro! —dijo Bryan—. Así, pues, muévase. Queremos a ese asesino.

—¿Y si llegamos hasta los políticos?

La sonrisa de Bryan era exagerada.

—No importa quién ni cómo —dijo.

Después se marchó y me quedé allí solo.

La parte baja de la ciudad me esperaba. El sargento de guardia me reconoció cuando entraba, se levantó y se presentó como Nick Rossi, después me hizo conocer al resto del turno que estaba todavía allí. Por la expresión de curiosidad de sus caras, deduje que alguien les había puesto ya al corriente.

El sargento me cogió del brazo y me señaló el espacio detrás del escritorio.

—Hemos sacado los archivos y los hemos puesto aquí. Hay más material en esas seis carpetas del que tuvo Hoover sobre Capone.

—¿Seis?

—El trabajo sobre Kitchen lo acabamos de terminar. Bryan dijo que lo tuviéramos listo para esta mañana.

—No les dio mucho tiempo.

—Dos días, pero ha sido suficiente. El chico estaba limpio. El único delito fue una acusación por embriaguez en el 46. Con casos como éste se termina pronto.

—Yo también espero poder resolverlo así de rápido.

—¿Es un caso difícil, teniente?

—Quién sabe. ¿Ha echado un vistazo a los informes?

—Sólo a las fichas, cuando las saqué. Examiné con detalle las de Kitchen.

—Marty…

—¡Hazle pasar! —dije.

Cuando salió cerré la puerta, me volví hacia el ventilador y me senté. El revólver del 38, en su funda Waber, sobre mi cadera, resultaba bastante incómodo, así que lo saqué y lo coloqué al borde del escritorio.

Rossi no estuvo muy desencaminado al describir los informes. Estaban llenos de toda clase de datos, incluidas partidas de nacimiento, certificados de estudios y partidas de defunción. Cada uno contenía fotografías de las balas y de la víctima, así como hasta el más pequeño dato en torno al crimen. Hasta aquí los detalles en que entró la policía. El resto era una recopilación de cada hecho de la vida personal. Muchos de ellos me resultaron familiares y, en todos, mi nombre aparecía en el resumen preliminar.

Como un reparto de personajes, pensé. Una obra maldita.

El teléfono sonó.

—Scanlon, Homicidios —dije.

La voz al otro lado sonaba grave y algo débil.

—Al habla el comisario Arbatur, teniente. ¿Va todo satisfactoriamente?

Solté un silbido sordo. Era el típico mete-prisas.

—Muy bien, comisario. Nos estamos moviendo. Estoy repasando ahora los informes.

—Eso está bien. —Su voz sonó estúpidamente paternal.

—¿Hasta dónde llega este asunto?

—Bastante lejos, teniente. Imagino que está al tanto de la situación.

—Bueno…, cada muerte ha aparecido en los periódicos como una noticia individual. Ningún muchacho de la prensa las ha relacionado.

—Entonces el revólver es nuestro secreto.

—¿Y si se le escapa a alguien?

—Cundiría el pánico, teniente. Usted lo sabe Un asesino está divirtiéndose en una zona donde hay veinte mil votantes seguros para el alcalde.

Mi voz se volvió afilada.

—Sabe lo que le digo, comisario, diga a sus votantes que se pierdan. Y usted también. Estoy buscando a un asesino que sólo va detrás de ciertas personas, y son las únicas que me preocupan. No los votantes. Ni siquiera usted. ¿Entendido?

—Teniente…

—Entérese, comisario. Si me presiona tan sólo una vez, moveré los periódicos. Ellos le harán pedazos y yo les ayudaré. ¡Déjeme en paz!

Antes de que pudiera responderme le había colgado. Fuera, en torno a la centralita estarían boquiabiertos y en la oficina del comisario se correría la voz rápidamente. Pero no me hacía ilusiones. Nunca me gustaron los politiqueros que se las dan de listos.

Así, pues, ahora tenía que entenderme con un asesino y con un político. Genial, sencillamente genial.

Volví a examinar cuidadosamente los informes. Usaba el revólver como pisapapeles, para evitar que el ventilador los dispersara y lo

tenía en la mano cuando oí dar un golpe en la puerta.

—¡Entre! —grité.

Y una voz alarmada dijo:

—¿Vas a dispararme con eso, Joe?

No sólo era alta. Era bastante fuerte. Con el cabello castaño claro; los labios dibujaban una húmeda y exuberante sonrisa, porque mis ojos la miraron deprisa y ligeramente. Su cuerpo parecía querer desbordarse y únicamente el traje sastre se lo impedía.

Estaba impresionado y no pude reconocerla, entonces ella dijo:

—Se presenta la policía Marta Borlig, en traje de calle, teniente —y sonrió más aún.

—Bien, ¿qué es lo que sabes? —Eso fue todo lo que se me ocurrió.

—Deberías decirme cuánto he crecido —se rio—. Es lo que hace todo el mundo.

—También podría decir que has engordado.

Se acercó a mí, tendiéndome la mano, me levanté y la saludé.

—Encantada de volverte a ver, Joe. —Sólo necesitaba mirar un poco hacia arriba para encontrarse con mis ojos.

—Así que tú eres Marty.

—Sí, soy yo. Pero hay que guardar silencio, Joe. Misión especial.

—¿Cómo demonios se te puede guardar en secreto? Eres un cebo para todo lo que tenga ojos.

—Tengo entendido que no te hacía mucha gracia tenerme como ayudante —dijo pícaramente.

—Hace veinte años, que yo recuerde. —La miré de nuevo, imposible quitar mis ojos de ella—. Pequeña Giggie.

—No saquemos a relucir ese nombre. —Se sentó a horcajadas en la vieja silla de piel que estaba plegada y apoyada contra la pared. Dada su corpulencia, tenía el porte perezoso de un gato gordo—. Me he preguntado a menudo qué sería de ti, Joe.

—Nada especial. —Me dejé caer en la silla y me retrepé—. Dos años en la escuela, la policía, la guerra y otra vez la policía. Estudiar duro e ir subiendo peldaño a peldaño. Ya sabes.

Me miró de reojo, perpleja.

—Y ¿vida de familia?

—Ninguna esposa, si es a eso a lo que te refieres. Supongo que nunca tuve tiempo. —Solté una pequeña carcajada—. ¿Y si ahora

nos enrollamos, qué hará tu hombre?

—¿Hombre?

—Bueno, no me apetecería ser parte en una demanda de divorcio. Preferiría que él tuviera un papel.

En sus ojos empezó a esbozarse una sonrisa que unos segundos después llegaba hasta la boca. Era una risa irónica, llena de humor.

—Creo que podemos improvisar, Joe… Soy una solterona.

—Oh, no.

—Oh, sí —se rio—. Doy la impresión de agobiar a la gente. Les doy miedo.

—Pues, aunque parezca extraño, no estoy asustado. —Me volví a reír.

—Porque siempre has sido un patán. Los patanes no piensan, se asustan fácilmente o se casan. Eres un gran patán y de cuidado. ¿Cómo eres de grande, Joe?

—Uno ochenta y cinco. Peso, noventa; edad, mucha, como tú bien sabes. ¿Y tú?

—Siete centímetros más baja, cuatro años más joven y peso veinte kilos menos.

—Por lo menos formaremos un gran equipo. No dejaremos títere con cabeza.

—Como en los viejos tiempos. ¿Qué ha sido de los demás?

Miré por la ventana, y me encogí de hombros.

—Acabados. Si hubieran sido sensatos se habrían marchado. Los once de mi familia se largaron. Los tres más jóvenes ni siquiera se sabe dónde están.

Sus ojos tenían la mirada perdida.

—¿Y Larry…, sabes algo de él?

—Jefe Caballo Loco —dije dulcemente—. No, se fue… a alguna parte. Nos encontramos una vez durante la guerra. Fue por casualidad y los dos estábamos borrachos. Ya puedes imaginarte cómo fue.

—Erais unos hermanos un poco raros.

—Movió los pies hacia adelante—. ¿Quién era el mayor?

—Él.

—Jefe Caballo Loco —repitió—. Eran otros tiempos. Se luchaba para sobrevivir. Comer era un lujo que no se debía tomar muy a la ligera.

—¿Y tu familia, Marty?

—Los viejos murieron. Sed está en la universidad, tratando de ser dentista.

—¿Vives aún en la misma casa?

Marta asintió.

—Por alguna estúpida razón olvidé mudarme. Los viejos eran dueños de la casa, ¿sabes?, y como Sed necesitaba dinero, era una ventaja. —Me regaló una de esas sonrisas de nuevo—. Es nuestra base de operaciones, creo.

—Eso tengo oído.

—Compraré un sofá, así nos podremos sentar a charlar.

—Olvídalo. Consigue mejor una gran nevera.

—Hablas como un asqueroso policía. Todo estómago y sin corazón.

—Ese soy yo, nena. —Volví a sonreír—. Veamos a fondo esos informes. Necesito completar algunas cosas.

—Sí, señor. Sí, señor, teniente, señor.

A las seis nos enviaron unos bocadillos, y a las diez volvimos a colocar las carpetas en los ficheros. Apagué el ventilador, enfundé el 38 en la pistolera Weber y dije:

—Vamos a tomar un café. Un café en taza de porcelana, sin sabor a papel.

Marta se puso la chaqueta, se la abrochó y cogió el bolso.

—¿Estamos fuera de servicio, teniente?

—Fuera de servicio.

—Entonces, ¡hola, Joe!

Se me escapó una carcajada.

—No hay duda de cómo has subido tan deprisa. Eres el símbolo de la devoción al trabajo y la absoluta pureza. Pero eres bueno, Joe. ¿Dónde tomaremos el café?

—Al final de la manzana. Es el más cercano.

Ray ganaba dinero con la cafetera de tamaño descomunal. Parecía ser lo único que vendía, pero al menos estaba en el lugar idóneo. Si no necesitase una mesa para su papeleo, no tendría la que estaba al fondo. Para él el mostrador era lo único necesario. Cogimos nuestras tazas, volvimos a la mesa del rincón y nos

sentamos.

—No hemos sacado mucho en claro, ¿verdad?

—No, salvo que te gusten las biografías. Joe…, ¿tienes alguna idea?

—Hay algo —asentí—. Tú ayudaste a recopilar estos datos, ¿verdad?

—Así es, ¿percibiste el toque femenino?

—Era un poco florido, sí.

—Lo querían así. Necesitaban todo lujo de detalles. Pensaban que existiría una relación de fondo en algún sitio. En realidad no había otra conexión.

Bebía el café lentamente y a través del humo la contemplaba.

—Tenemos que reducir el caso con premura, Marty. Saquemos primero un común denominador.

Ella marcaba círculos en la mesa con la base húmeda de la taza.

—El revólver. El mismo, un 38 ha matado a todos ellos.

—¿Qué más? —le pregunté.

Era muy aguda. Consideró admirablemente un importante detalle.

—Un único disparo en cada caso. Mortal casi instantáneamente. Esto apunta hacia un asesino profesional. Doug Kitchen fue la excepción, le dispararon a la carrera y la segunda bala fue más bien para asegurar la primera.

—Este es un detalle común, pero no el denominador. Implícanos a nosotros también y verás lo que quiero decir.

Su rostro se mantuvo impasible por un momento, después cayó en la cuenta.

—Tú y yo les conocíamos a todos, ¿es eso? —Era una afirmación más que una pregunta.

—Curioso, ¿verdad?

—En cierto modo…, al menos desde un punto de vista casual. Era tu barrio y todavía es el mío. Por eso trabajamos en el caso.

—No lo has cogido, nena. Así nunca llegarás a sargento.

—No entiendo.

—Entonces esperaré a que lo hagas.

—¡Qué atento! Claro, como de ti depende mi ascenso.

La sonreí.

—Ahora hablas como la verdadera Giggie.

Sus ojos se encendieron rápidamente.

—¡Escucha…!

—Ten cuidado, nena, o empezaré a repartir órdenes. Tendrías que hacer lo que yo te dijera. —Moví un dedo admonitoriamente.

La risa volvió a su cara.

—¿Cómo qué?

—Te sorprenderías de lo que podría ordenarte hacer.

—No me sorprendería en absoluto —volvió a reír—, pero no dejes las luces encendidas.

—Mujeres, mujeres —dije refunfuñando—, incluso siendo policías no podéis olvidar que sois mujeres. —Los dos nos reímos y nos levantamos. Pagamos a medias y volvimos a la oficina.

2

Miraba a Marty desde el otro lado del escritorio, pensaba en su figura y en el color castaño de su pelo y me preguntaba por qué una mujer así se habría hecho policía. Con su belleza podría haber tenido el mundo a sus pies. La vitalidad de la juventud, que tantos deseaban, se había convertido en la rotunda belleza de la madurez, que era aún más deseable y que sólo unos pocos alcanzaban.

Yo sonreía cuando ella levantó la vista y dijo:

—Parece que estás filosofando.

—¿Cómo?

—Pareces satisfecho de ti mismo.

—No me ocurre a menudo. Permíteme disfrutar el momento.

Esbozó ligeramente una sonrisa que amplió al intuir algo, y darse cuenta de lo que estaba pensando.

—Permíteme —dijo suavemente—, ¿por favor?

Los segundos siguientes fueron años que volvían y recuerdos que surgían de nuevo.

—¿En qué estás pensando?

—En los días en que tú eras el *Big Pig*[1] porque querías ser el poli y Polack Izzie y tú os peleasteis por mí.

—No nos peleamos por ti.

—Si lo hicisteis, amigo —me recordó—. Era de noche y yo volvía de la biblioteca a casa cuando me abordó, cerca del almacén de Strauss.

Me reí porque recordaba todo perfectamente.

—Se dio un buen golpe por mi culpa, nena.

—Ya lo creo que sí. —Se rio entre dientes—. Pero yo me largué. Nunca te di las gracias, ¿verdad?

—Nunca.

—Entonces, ¡gracias!

—No hay de qué. No nos peleamos por ti. Casi me atropella con ese viejo Packard 120. Tú pasaste por allí en el momento justo.

—No seas modesto, Joe. Os peleasteis por mí.

—La Giggie de siempre.

—Bueno…, quizá sabías cómo iba a terminar.

Nos reímos recordando. La risa fue breve, ella volvió a inclinar la cabeza sobre los informes y yo contemplaba su cabello castaño y me sentía realmente divertido por dentro.

Realmente divertido.

Los dos jugando con pistolas a costa del dinero del contribuyente y trabajando en el mismo caso.

El sargento Mack Brisson dio unos golpecitos en la puerta y entró, sonriendo ante la intimidad de la escena.

—Un poco tarde, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—¿Conseguiste acabarlo? ¿Tienes el resto del material?

—Todo está aquí —dijo palpando el sobre—. Muchas especulaciones, pero puede ser importante. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Sí, claro.

—¿Quieres que te informe?

—Sí, pero brevemente, ¿sabes? Siéntate. —Me arrellané en la silla y crucé las manos detrás de la cabeza—. ¡Veamos!

Mack mordió el extremo de un puro, escupió el pedazo en la mano y lo encendió. Apestaba, pero formaba parte de las tradiciones del lugar.

—Bueno, ya sabes los tipos que han muerto. René Mills, Hymie Shapiro, Noisy Stuccio y Doug Kitchen.

—Les conocí cuando éramos niños.

—¿Se imagina el informe de balística sobre Kitchen?

Dije que no con la cabeza.

—El mismo revólver, así que esto se pone al rojo. Bryan está impaciente. Bueno, todos tenían antecedentes, salvo ese Kitchen que estaba limpio. De los demás hemos rastreado hasta la época en que hacían novillos, pero si puedes relacionarlos entre sí, entonces eres mejor que yo. Estás revisando los primeros, ¿verdad?

—Minuciosamente.

—¿Has llegado a algo?

Negué con la cabeza.

—A nada, estoy intentando familiarizarme con los antecedentes. ¿Qué noticias traes de fuera?

—Bueno… —se acercó y sacó una hoja del sobre, la repasó rápidamente y la volvió a guardar—. McNeil…, está en el informe…, él conocía a todos. René Mills y Stuccio compartieron una casa hace un mes. Después René le echó. McNeil sabía que Mills era el chulo de una pareja de rameras que alojó en el piso de arriba, encima del almacén de Papa Jones, y sabía muy bien que Noisy, antes de que se lo cargaran, se dedicaba a estafar para sacar pasta. A partir de aquí nadie sabe cómo atar cabos. Ambos trabajaban lo bastante en silencio como para dejarles tranquilos.

—¿No corren rumores en la calle?

—¡Demonios! ¿Quién quieres que hable? Los pocos que lo harían no tienen nada que decir. De todas formas, éste es ahora tu caso. Estás en tu terreno, ¿no?

Marty levantó los ojos y sonrió.

—Los dos lo estamos.

—Sí, ya había oído. —Me miró y me guiñó un ojo a través de la nube de humo—. Compensa ser temerario. Ya lo creo. Una chica así en el departamento y la trasladan al otro extremo de la ciudad para ser tu compañera. ¡Caramba! Deberías haber visto los socios que me han dado a mí. El viejo Grootz, gordo como una vaca preñada… Billy Menter, que sólo decía «sí» y «no», y una vez una matrona que se parecía a mi tía de Linden, pero por lo menos sólo duró un día.

—Me voy a despedir —dijo Marty. La eché una mirada y gruñí. Lo mismo hizo Mack—. ¿Por qué no? —dijo seriamente—. Hasta ahora todo han sido galanterías. Ni siquiera me harían responsable de un trabajo de oficina.

Mack y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Qué es lo que os hace tanta gracia?

—Tú —le dije—. No te imagino haciendo lo imposible para no llamar la atención. Además, cariño, serías lo suficientemente buena como para reservarte para el jefe.

Mack se volvió a reír y Marty le hizo una mueca.

—Vamos a tomarlo con calma —le dije a Mack—. Ellos me están diciendo lo que tengo que hacer y es posible que dé resultado. Estaría antes tras la pista por las vías habituales, pero si lo hiciera así, tropezaría con la política y los jefes del distrito armarían un escándalo, sobre todo estando en juego cinco mil votos.

—Así es. ¿Qué vas a hacer?

—Marty todavía vive en el barrio. Nadie sabe que trabaja en el departamento. En este barrio no daría muy buena fama.

—Ya sé.

—Así que la cortejaré —sonreí a Marty y ella me devolvió la sonrisa.

—Puede resultar enormemente interesante cumplir las órdenes —dijo Mack.

—¡Espero! —intervino Marty en voz baja y todos nos reímos.

Por alguna extraña razón, la tensión desapareció y me sentía como un gato perezoso, como tiempo atrás, cuando era amigo de todos y los chavales jugaban al béisbol en vez de con navajas, y me gustaba mi trabajo, incluso al final del día, cuando me dolían los pies y, sin embargo, no estaba realmente cansado.

—¿Qué opinas, Mack?

—Es duro de pelar. Hay diecinueve soplones a nuestra disposición de los que no hemos sacado nada. La única relación es que han sido liquidados con el mismo revólver, probablemente por la misma mano. En todos un trabajo limpio, ningún disparo perdido y con precisión, muy profesional. El calibre era, en todos los casos, 38 especial, de la misma serie. El laboratorio comprobó las hendiduras de todas las balas.

—Buen trabajo.

—Pero eso es todo lo que se puede hacer, Joe. Podrías examinar los informes durante toda la semana y estar todavía fuera de juego.

—Eso parece. Por eso han hecho de esto un caso federal.

Mack se levantó y dejó caer la ceniza del puro en el cenicero de mi escritorio.

—Ten cuidado, Joe. Este caso no me gusta.

—A mí tampoco.

—¿Sabes por qué?

—No, dime.

—Circulan algunos rumores últimamente. Es sobre la extorsión de Phil Borley. Nadie sabía que había salido de la cárcel, hasta que le falló esa operación aquí. Después empezó este sucio asunto. De aquí no se deduce nada por ahora, pero se dice que algunos, de la parte alta de la ciudad, han estado merodeando por lugares raros. Esos tipos están muy relacionados con la política. La campaña empieza ahora.

Enfrente de mí Marty, concentrada, con el ceño fruncido, tomaba buena cuenta de todo.

—Si los asesinados pertenecen a una organización —dijo Mack —, estás detrás de una muy importante. Y si no es así, la organización no querrá que metan las narices en su campo y tratará de resolver el asunto por su cuenta. De cualquier modo, puedes terminar en un callejón sin salida.

—No te preocupes mucho. Ya tengo alguna experiencia.

—Muy bien —replicó Mack—, tú sabrás lo que haces con tu reputación. Siempre habrá algún malhechor dispuesto a quitarte de en medio. Lo que no me gusta es que estés sólo en esto. No es lo que se suele hacer normalmente.

—Este no es el caso.

—¿Te han asignado alguna ayuda?

—Sólo Marty. El resto, de palabra.

Marta se reclinó y cruzó los brazos.

—Siempre podremos llorar por el poli derrotado.

—¡Estupendo! —dijo Mack—. De todos modos, si esto se complica, algunos de los que conocemos esta historia podríamos pasar por aquí en nuestro tiempo libre.

—Gracias. Quizá necesite algo así.

—¡Claro! Tú grita. Ahora, ¿quieres algo de nuestra sección?

—No creo —palpé el sobre que había sobre el escritorio—. Gracias por esto.

Guiñó un ojo, dijo adiós con la mano a Marty y salió sin prisa.

En la pared, el reloj marcaba más de media noche:

—Es suficiente por hoy, nena. Se acabó el trabajo.

—Entonces, ¿estamos trabajando? —cuando asentí, añadió—. Y ahora, ¿qué?

—Ahora comienza el cortejo —y la miré de soslayo, lascivamente, lo mejor que supe.

Esperamos hasta el sábado para comenzar la batalla. Dejamos que Marty corriera la voz, a la señora Murphy del piso de arriba y al señor Clehoe, que llevaba la tienda de comestibles de la esquina, diciendo que se había encontrado conmigo, cerca del lugar de trabajo y que habíamos comido juntos un par de veces. La noticia

no tardó mucho en circular. Marty había hecho las paces con Pig Scanlon, el poli, y ya empezaban a mirarla mal aquellos que habían estado en chirona.

Normalmente tenía libres los sábados, pero por la mañana asistía a un curso de español. Como toda la calle sabía que trabajaba cinco días y medio a la semana, en una oficina en alguna parte, no había nada extraño en salir del metro juntos y caminar hasta su casa.

En la esquina donde dispararon a mi viejo, la cogí del brazo y nos detuvimos, así pude mirar alrededor. Había pasado mucho tiempo. Muchas lunas. Muchos soles. Miraba hacia arriba de la calle y sabía instintivamente qué se escondía detrás de cada fachada de piedra y cómo colgaba la ropa en los callejones interiores y podía oler las palomas del tejado.

Es fácil resucitar los recuerdos de juventud. Volví sigilosamente a los viejos días en que la vida era asfalto caliente, zapatos de lona y una moneda de cinco centavos en el bolsillo. El chico que murió en la playa de Anzio era otra vez tu mejor amigo. El chaval que ceceaba, el que vivía en la puerta de al lado, un gánster le mató hace dos años en Ossining, pero en ese momento éramos otra vez diez, intercambiando chapas en clase. Recordaba a la primera chica a quien amé, en un bochornoso tejado, y por la que sufría en las calles, entre sollozos, quedamente, por la noche, porque ella era rica e importante, la madre todavía es guapa a pesar del camino de prostitución que siguió para alcanzar esa apariencia de adinerada. La recordaba encantadora y dotada, a los quince años, de todas esas cosas que son importantes para los hombres y los muchachos. Pensaba en Giggie y sonreía porque era más grande que yo y más fuerte que la mayoría de los chicos y, seguro como el infierno, que la castigarían enviándola a la escuela en Hudson, si la cogían conmigo en el *garito de Hub* dos manzanas más arriba. Recordaba a Larry, a quien llamábamos Jefe Caballo Loco, y a Sam Staples, el «Bad Bear», cuando la panda trepaba por las erosionadas rocas, jugando a los indios en el lado oeste del Central Park.

Y yo era el Pig. Me llamaban *Big Pig*, porque siempre quería hacer de poli.

Michelle Stegman, el rufián de la esquina, se debió reír cuando los otros me escupieron por querer llevar el uniforme azul. Un día le

vi asaltando al viejo Jew Jenkins y escapando con su paga, y yo era el único que lo hubiera contado. Dos días después, me enviaron una citación para ir a declarar, los amigotes de Stegman me sacaron de mi casa y me dieron una lección. El policía de ronda pasó por allí y echó una bronca a dos de ellos y el que intentaba darle un navajazo se encontró de repente con la espalda rota por alguien que saltó sobre él desde la escalinata del portal.

Yo.

Después de esto los desgraciados desataron la lengua, pero nadie me tocó. Terminaron en la comisaría.

Más tarde era yo quien hacía la ronda donde tanto había deseado. Dejé el barrio y todo parecía ir bien. Hasta que llegó la guerra. Pero esto también pasó y, por un tiempo, las cosas habían cambiado. Trabajé, estudié, me examiné, tuve un par de golpes de suerte y sudé bastante para ser importante en la policía, con una reputación ruinosa, por odiar a los políticos y a los estafadores y a los maleantes. De pronto los tipos de las camarillas, con grandes puros y mayores fajos de billetes se acercaban a mí, sonriendo afectada y tontamente, porque ahora era importante y no me ocupaba de tipos trajeados, ni de la Mafia italiana, ni de los hispanos ignorantes, ni de los holandeses o irlandeses, ni del NAACP[2], ni de ningún marginado porque todos siguen exactamente las mismas pautas.

—¿Lo encuentras como antes? —preguntó Marta.

Bruscamente y, volviendo a la realidad, respondí:

—Esencialmente.

—¿No habías vuelto nunca?

—Nunca quise volver. —La miré y la cogí del brazo—. No sabía que seguías aquí, Giggie.

—¿Eso habría cambiado algo?

Me encogí de hombros, pero ella sabía que sí y me sonrió. Después esperamos a que cambiase el semáforo y cruzamos hacia el local que todo el mundo conocía por la tasca de Donavan.

El Donavan se huele antes de entrar. Tiene algo añejo, reminiscencia de los días en que se despachaban bebidas alcohólicas, y una atmósfera de olor a cerrado, de humo rancio y

cerveza pasada. La entrada lateral conducía a una especie de corredor y la de enfrente, directamente al bar.

No había mucho sitio en el bar, sólo un espacio como de treinta centímetros de ancho donde poder tomar un trago de medio lado. El chulo que me vio guiando a Marta entre la gente, se movió para dejar paso y el espejo del fondo dejó ver un par de sonrisas.

Cuando el chulo, de pronto y sin hacer ruido, trató de gritar por el rápido golpe que le di en los riñones y derramó su bebida en el nogal, las sonrisas se ahogaron. Le aparté y se tambaleó contra la pared, donde intentó recuperar la respiración.

Marta sonrió amablemente, el tipo que había a su lado abandonó su taburete y los dos nos tomamos una Pabst, fría y grande, en vaso de cristal limpio, que hizo que valiera la pena el paseo hasta allí.

Cuando el camarero, con cara malhumorada, volvió para captar todos los detalles, supe que había llegado.

Era grande y gordo, llevaba un puro pegado en medio de la boca y los pantalones por debajo de la barriga. Alguien le había deformado la nariz hacía tiempo, pero seguro que pagó un duro precio por ello. Era la voz de la autoridad local. Era *el hombre*. Con un hongo sería la caricatura perfecta del viejo sabueso de barrio. Hoy les llaman «Jefes».

—¡Eh, poli! —dijo cuando miré alrededor, escupió el puro con la lengua hasta el otro rincón—. Si estás buscando que te cancelen la placa, estás en el lugar apropiado. ¿Lo sabías?

Le sonreí y sentí cómo Marta me apretaba el brazo ligeramente.

—No, no lo sabía.

Un dedo índice gordo y grande vino a subrayar esa frase contra mi pecho. Es una de las cosas que no puedo soportar de ninguna manera. Hay algo que un montón de gente no aprendió a hacer nunca. La segunda vez que me tocó, le agarré el brazo, se lo retorcí y se lo bloqueé en la espalda inmovilizándole, y, antes de que su cara mostrara asombro alguno, le agarré por la barbilla y mordió el asqueroso puro por la mitad.

Di un golpecito a Marty.

—¿Quién es, cariño?

Antes de que respondiera, el camarero dijo:

—Al Reese, señor. Se ha metido en líos. Es muy importante. Este

es su distrito.

—¡Oh! —agarré a Al Reese por la camisa—. ¿Me conoces Reese?

Trató de volverse a reír burlonamente y le abofeteé. Fue una buena bofetada, sonora, y de un golpe le hice arrodillarse.

—Te he preguntado algo.

Esta vez asintió.

—Dilo en voz alta, gordo. Que todos te oigan.

—Teniente Scanlon.

—Más alto.

Sonó más alto y ronco.

—¿Sabes lo que pienso de los idiotas como tú?

Me estaba preparando, cuando asintió de nuevo.

—Si alguien vuelve a echarme esta basura encima, acabaré con todos. Soy de este barrio. Conozco las reglas. Cuando no me gustan, invento otras. Has debido estar jugando mucho tiempo con tipos fáciles. No lo intentes conmigo.

Le dejé marchar y se fue tambaleando, apretándose la mano contra el pecho. Ahora en el bar los dos sitios a nuestro lado estaban vacíos. Al otro extremo, un tipo con traje gris miraba con ojos curiosos y divertidos. Loefert, de la banda de la zona alta de la ciudad.

Marty tomó un sorbo de cerveza y se limpió la boca nerviosamente.

—Has sido muy violento, Joe.

—No es la primera vez que lo ves.

—Pero ahora tú eres el departamento.

Gruñí y cogí mi cerveza.

—Lección uno. No temas dejarles saber quién eres. Ellos mueven primero y después tú, pero hazlo más fuerte. Una vez que estos cerdos te echan el toro encima, ni el departamento, ni el uniforme, ni la pistola sirven de nada.

—Pero…

—No estamos en una ciudad feliz, nena. Esto no es una muestra representativa de la moralidad normal de clase media.

—Yo vivo aquí, Joe. Y tú también viviste.

—Claro, y ahora lección dos. Estamos trabajando y tú también estás en el departamento, así que deja de moralizar.

Por un momento se puso tensa, pero cuando vio en el espejo que

me reía de ella, sonrió.

—He estado en delincuencia juvenil demasiado tiempo.

—Ya lo sé. Tenías que ser amable con todo el mundo. Sin embargo, has olvidado lo que has heredado aquí. En esta parte, es el tipo duro quien tiene todos los amigos, ¿recuerdas?

—Demasiado bien.

—Vamos, acábate la cerveza y subamos a tu casa. ¿Hay hielo suficiente?

—Tengo un refrigerador y sí está lleno.

—Entonces hagamos lo que haría una pareja romántica.

Sus ojos brillaron maquiavélicamente.

—¿Qué vamos a hacer?

—Comer, por supuesto —dije—. Demonios, somos policías, ¿no es así?

3

De pie, al lado de la ventana, pensaba en mi confortable vivienda de soltero, desde donde se divisaba el Driver. El paso del sol por el cañón de la calle fue breve y ahora la invadían las sombras.

Detrás de mí, Marty dejó a un lado las últimas notas y preparó un café. Me ofreció uno en silencio y se quedó un rato mirando junto a mí.

—¿Estás pensando que esto es horrible? —preguntó.

—No. Simplemente que es tridimensional. Desde aquí la ciudad es vista, olfato y oído.

Se encogió de hombros y asintió.

—Es nuestro hogar.

—Lo preferiría un poco más antiséptico.

—Eres un viejo individualista, lleno de manías.

La miré mientras me llevaba el café a la boca.

—¡Ni hablar!

—¡Oh! —sus salvajes ojos irlandeses me miraron de arriba abajo atentamente—. La mayoría de los solteros están fuera conquistando. Tú no. Tienes un agradable apartamento, coche propio y dinero en el banco. El deber, primero. Por si fuera poco, aceptas tareas que no tendrías por qué.

—¿Cómo lo…?

—He preguntado por ahí. Tus amigos me lo han contado.

—¿Y bien?

—Eres un viejo individualista. Ninguna juerga. Ninguna aventura.

—Mira, aventuras he tenido…

—Estás chiflado —se rio.

Me reí también.

—Bueno, como decía, ha sido bastante antiséptico. Las cosas que deseaba, difícilmente las podía conseguir con un sueldo de policía. También las podría obtener fácilmente, pero eso me pondría en una situación que no me interesa.

—Me dijeron que te habían ofrecido buenos trabajos.

—Por desgracia, entonces sólo planeaba ser un policía.

—Oficial de Policía.

—¡Nada de *Oficial de Policía*! Eso es para los cabeza de mosquito de altas esferas, que odian la honestidad. Me gusta que me llamen policía. ¿Sabes por qué?, porque eso es lo que soy. Alguien grita, ¿y qué grita?, «llama a la Policía», no «llama a un Oficial de Policía». ¿Sabes lo que soy para esos jóvenes de los que se encarga el Departamento de Delincuencia Juvenil?, un policía, eso es. Maldita sea, un oficial de policía no resistiría con esa etiqueta ni diez minutos, fuera del Departamento de Tráfico.

—De acuerdo, policía, está bien. Lo siento. Deberías verte la cara, toda arrugada, roja y tensa, si no fuera porque es algo que tengo muy visto, me moriría del susto. —Su carcajada sonó honda y gutural de nuevo, y yo me enfadé mucho por haber permitido que me sacara de quicio, me di la vuelta y miré por la ventana otra vez. La Giggie de siempre. Dejó su café y salió.

En la calle, media docena de chiquillos peleaban en medio de la carretera para jugar al béisbol, cerraban el paso a dos coches, pero los conductores prestaban demasiada atención a la pelea, como para hacer sonar sus bocinas. Terminaron rápidamente, como siempre, los coches pasaron y el juego empezó.

Marta salió entonces del dormitorio. Ya no llevaba el traje sastre gris, sino un vestido verde largo, con el que parecía brillar en la noche, y lo que hizo con su cabello le cambió algo la cara. Me pregunté de dónde habría sacado tanta belleza. Tenía el pecho henchido y prominente, y la descuidada forma de apoyarse en una pierna mostraba, acentuada, la increíble curva de sus caderas. La tela del vestido le caía plana sobre el estómago, mostrando así otras curvas escondidas, más encantadoras aún.

—¿Te gusta?

—Me gusta, ¿para qué es?

—Para que tengas un buen motivo de estar aquí.

—Estaba bien antes —sonreí.

Se acercó dando vueltas alrededor para que pudiera verla mejor.

—Pero ahora está mejor, ¿eh?

—Ahora mejor —entonces la cogí y la acerqué hacia mí, para poder oler el dulce perfume de su cabello. La sentí cálida contra mí,

sus dedos apretaban mi brazo. Su boca rozó la mía, caliente y húmeda, la punta de su lengua, blanda y ágil, después de mucho, mucho rato, dijo hola con un suave roce, no teníamos costumbre aunque sí edad suficiente.

La separé y ella sonrió.

—Chiflada, ¿verdad?

—Sí, no estoy seguro de entenderlo.

—Así el trabajo es más agradable.

—En la práctica.

Me obsequió de nuevo con una de esas carcajadas guturales, me tocó los labios con un dedo y recogió su bolso.

—¿Listos?

Miré al reloj. Eran las seis menos cuarto y ese era un buen momento. Asentí y dije:

—¡Vamos!

Escogimos la pizzería de Tony para cenar, porque era el sitio más frecuentado por René Mills. No era nada selecto, pero Tony fiaría a cualquiera del barrio. El viejo me recordó con un gesto, sin querer ser personal; desde hacía tiempo, debido a las prohibiciones de la Ley Seca, la presencia de cualquier clase de policía le hacía sentirse incómodo.

Fat Mary se acercó sonriendo, rebosante de satisfacción, después me dio unas palmaditas en la cabeza, como solía hacer cuando, a cambio de hacerle los recados, me regalaba una rebanada de pan italiano, caliente y con mantequilla.

Cuando trajeron la salsa y la pimienta, Mary las sirvió ella misma, y se sentó frente a mí, asintiendo con satisfacción mientras comíamos.

Le gustaba ver comer a la gente.

—Has vuelto para ver a esta chica tan guapa, ¿no, Joe? —no me dejó responder—. Eso está bien. Muy bien. Hace tiempo que se debería haber casado. Cómo tener hijos sin estar casada, ¿verdad?

—Bueno…

—No. Primero os casáis. Como yo digo…

Pero Tony la interrumpió.

—Tú no dices nada. Déjales comer, ¿de acuerdo?

Mary se rio y sus mejillas temblaron, se acercó y dio unas palmaditas en la mano.

—Eres un buen chico, Joe. ¿Qué hay del resto de la familia? ¿Está todavía por ahí ese loco de tu hermano?

—Hace mucho que no le veo.

—¡Oh! Era un poco raro. ¿Recuerdas cuándo hizo creer que había colgado a ese chaval y yo salí gritando y me caí por las escaleras?

Marta me miró desconcertada.

—El niño de los Davis —expliqué—. Camuflaban el enganche bajo la ropa y así parecía que estaba colgado de verdad.

—Oh.

Mary hizo una mueca seria.

—No tiene gracia, tengo toda la espalda negra y azul, no hay quien la mire.

—¿Por qué?

—¡Lo que hacían para sostenerle! Una vez falló y se quedó colgando de verdad —se estremeció—. En un minuto se le volvió roja la cara y sacó la lengua. Le bajé, y a tu hermano le di un buen susto. Le empezó a sangrar la nariz. Se lo iba a decir a tu padre, pero él lloraba y lloraba, así que no dije nada.

—Es la primera vez que oigo esa versión.

—¿Cómo se llamaba, cómo le llamabais? Algo indio… Jefe Caballo Loco. Un sioux, creo. Un gran líder de guerra de Toro Sentado.

—Oh, podría contarte muchas cosas de esos días.

Detrás de la barra, Tony dijo:

—Vamos, vamos, déjales comer, mujer.

Guiñé un ojo al viejo y él volvió a fruncir el ceño amigablemente. Mary parecía herida, así que dije casualmente:

—¿Viste dónde murió René Mills?

—No murió —encorvó sus pesados hombros, encogiéndolos—, le mataron.

—Sí, le dispararon. Está habiendo muchos disparos por aquí.

—Siempre hay problemas, Joe. Ya sabes.

—¿Tuvo René mucho éxito aquí?

Ella me entendió, pero esperó un largo rato antes de admitirlo.

—No tanto como decía. Ese tipo era una buena pieza. Siempre

hablando de… de las armas de fuego. Sus amigos, ¡uh!

—Siempre fue un bocazas —dije—. ¿Quiénes decía que eran sus colegas?

Su típico gesto italiano fue muy elocuente.

—¿A quién le importa?, le gustaban los tipos duros. Siempre era amigo de los que salían en los periódicos por algún problema.

—No tenía muchos alrededor cuando murió.

—Siempre arruinado. Pagaba sus cuentas. Alguna vez llegó a tardar un mes, pero apoquinaba.

—Tuviste suerte —dije.

—Qué están haciendo los polis en esto, ¿eh, Joe?

Ahora me tocaba a mí encoger los hombros.

—Él está fichado. Ya saldrá algo.

Sus sabios ojos negros me miraron.

—¿Como tú, quizá?

—Mary, soy un alto mando. Soy teniente. ¿Crees que iba a venir de patrulla por esta parte de la ciudad?

—¿Y qué?

—Que dejes que se disparen todo lo que quieran. Voy a tratar de conquistar a esta tímida y a sacarla de este lugar.

—Menuda tímida —dijo Mary. Marta me pinchó con el tenedor por debajo de la mesa—. Joe, en serio, ¿vas a hacer algo sobre René?

—¿Para qué?

—Eres policía. Nosotros pagamos impuestos y… —desde detrás de la barra Tony refunfuñó como siempre. Mary le miró furiosa.

—La policía ya habrá estado aquí haciendo todo tipo de preguntas, ¿no es así? —dije.

—¡Claro! Vienen. Preguntan. Contestamos. Pero ¿y qué?, ¿quién sabe lo que pasa, Joe? Alguien como tú, ya sé. Es lo que se llama un experto. ¿Y qué más?

—Nada más. ¿Qué más hay?

Tamborileó con los dedos sobre la mesa y frunció la boca pensativa. Después levantó un dedo dramáticamente.

—Espera, tengo una idea.

Con un hábil movimiento alzó su cuerpo de la silla y cruzó la sala con esa particular ligereza que a veces se ve en las personas gordas. Hablaba con Tony en italiano, muy de prisa y volvió a

vociferar. Entonces Tony rebuscó entre unos periódicos al lado de la caja registradora y se los alcanzó. Regresó. Los dejó sobre la mesa y los extendió abiertos.

Marta y yo los ojeamos brevemente. Mary dijo:

—Él los dejó aquí un par de noches antes de que le mataran.

Uno era un folleto a cuatro colores sobre los últimos modelos de Cadillac. El otro era igual, pero de Chrysler, y estaba doblado por la página que mostraba el Imperial de lujo.

Mary me miraba arqueando las cejas, expectante.

—Debía tener grandes planes, seguro —dije.

Ella asintió.

—Esa noche dejó estas cosas y pagó la cuenta.

—¿Cuánto?

—Trescientos cincuenta y algo.

—Eso es deber mucho, ¿no?

—Ya conoces a Tony —dijo—. La mayoría eran bebidas. Tony le compró mucho alcohol y se lo llevó a su habitación poco tiempo antes.

—¡Oh!

No quería incitarla a hablar.

—Me dijo que había arriba un grupo de tipos. No le dejaron entrar, sólo cogieron el encargo y le dijeron que pagarían más tarde. Ya conoces a Tony.

—Entonces es posible que estuvieran jugando a las cartas —dije.

—Claro, quizá —asintió, y toda su curiosidad desapareció.

Pagué la cuenta, dije hasta pronto a Mary y a Tony y me llevé a Marta de allí. Estaba dispuesta a mantener una conversación en serio, pero, sin embargo, no pudo decir nada que tuviera un tono oficial. Ahora quería charlar y yo no le decía nada. Sólo paseaba a su lado, sonriendo y viendo cuánto podía durar.

Dimos con un par de bares, saludamos aquí y allá, encontramos alguno de los viejos grupos, todavía pululando. No intenté ocultar que era un policía, pero, de todos modos, para entonces, las noticias se habían adelantado a nosotros, así que dio lo mismo. Conque miraran una sola vez a Marta comprenderían que podía tener una buena razón para andar por ahí sin tener que esperar a ningún

trabajo policial. Los guiños eran descarados y yo los recibía con otro guiño.

Era una buena cobertura. Ella me pisó unas cuantas veces con sus malditos tacones, por llevar adelante esa treta, pero seguía siendo una buena cobertura.

A las once y media llegamos a su casa, cerré la puerta detrás de nosotros y esquivé el revés que me lanzó.

—Creí que sabías judo —dije.

—¡Oh, Joe! —tuvo que sonreír—. Nunca más seré capaz de volver a caminar por aquí con la cabeza levantada.

—¿Por qué? Tú conocías a toda esa gente.

—¡Pero no soy una chica de alterne!

—Entonces tendré que enseñarte nuevos trucos.

Esta vez la bofetada me alcanzó antes de que pudiera evitarlo.

Marta rio, sacudió la cabeza y dijo:

—Prepararé café y mientras puedes contarme cómo nos va, si se me permite saberlo, claro está.

Dije que estaba de acuerdo y me senté.

—Ahora dime.

—Decir no, cariño, sino especular. Todo lo que hemos hecho ha sido echar un vistazo. Nos hemos enterado de algo sobre René Mills. Aparentemente tenía algún botín, o esperaba alguno.

—Siempre encajó muy bien con el papel. Siempre le he visto a la última moda.

—Claro —coincidí—. Y pagaba sus cuentas. Estos tipos siempre han sabido buscarse la vida. Lo que me sorprendió fueron aquellos anuncios de coches. ¿Quién necesita un coche por aquí? Los niños harían de él un montón de chatarra en un día. El Metro y los taxis son bastante cómodos.

—Es posible que sólo los hubiera estado ojeando.

—Esos folletos estaban desgastados. Los debió mirar mucho.

—Alguien los pudo haber manejado antes.

—¡Ah! —asentí—. Veamos.

Tardé diez minutos. Con media docena de llamadas encontré al comerciante del Cadillac y del Imperial, que recordaba a Mills.

—¿Y bien? —preguntó Marta.

—Él mismo pidió la información. Parecía serio.

—Entonces René tenía algo entre manos.

Se acercó sirviendo el café y un plato de pastas.

—¿Quién sabe?, todavía puede ser que estuviera aparentando ser un pez gordo.

Terminamos el café y miré al reloj. Eran las doce y cuarto, y empezaba a estar harto. Me levanté, me estiré y cogí el sombrero.

—Joe…, ha sido realmente agradable —dijo Marta.

La sonreí.

—Se supone que el trabajo no debería ser agradable.

—¿No estás contento?

—Sí, ven aquí.

Vino a mis brazos con una sonrisa y un suave ruidito, parecía que hubiésemos estado haciendo eso mismo toda la vida. Fue como si nos acariciásemos por todas partes, cuando el ardiente fuego de su boca invadió la mía, el roce se transformó en demanda, en tensión angustiosa. La aparté, se estremeció brevemente y abrió los ojos.

—Pequeña Giggie.

—Gran Giggie —me recordó—. No me llames así si no quieres cobrar.

—No debes pegar nunca a tu jefe.

—Entonces ten cuidado —sonrió—. ¿Mañana?

—Al mediodía. Tengo que ir a la parte baja de la ciudad.

—¿Sabes que me dejas en un estado lamentable?

Lo dijo con una mueca sensual, después me miró y sonrió ampliamente mientras me iba.

—Abrí la puerta y dije:

—Aquí nos separamos.

Cuando me acercaba a la esquina vi a Benny Loefert al otro lado de la calle, hablando con alguna fulana. Crucé, y aún estaba en medio de la calle cuando dejaron de hablar.

—Vuélvete y pon las manos contra la pared. Ya conoces la postura —dije.

La arrogancia de sus ojos se convirtió en ráfagas de odio y escupió, después se dio la vuelta despacio. Se la hice dar más aprisa de un empujón. Un grupo de trasnochadores dejó de mirar y se podían oír los susurros y percibir las caras en las ventanas a oscuras

de los pisos.

Le di un empellón, le hice identificarse y dejé que se tranquilizara.

—¿Para qué hace esto? Sabe muy bien que no llevo armas.

—Los expresidiarios que siguen en asuntos sucios siempre son sospechosos. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy con una chica.

—¿Quién?

Estiró el chicle con el dedo, y ella no sabía a quién mirar.

—Déjenos ver cómo la maltrata, poli.

—Claro —pero primero le di una bofetada en la boca y después otra en la oreja—. Esto es por los buenos modales, desgraciado. Prueba otra vez.

Algunos de los que miraban protestaron, pero otros se echaron a reír. A ellos tampoco les gustaban los tipos como ése. Me volví a la chica y señalé al bolso que llevaba:

—Vacíalo, nena, veamos qué llevas dentro. ¿Quién eres, dónde vives, en qué trabajas?

—¡Escuche…!

—¿Has estado alguna vez en la cárcel, nena?

Sus ojos dijeron que sí. Sus ojos dijeron también que no quería volver. Abrió el bolso y me enseñó su carnet de la Seguridad Social a nombre de Paula Lees y el recibo del alquiler de una habitación, una manzana más arriba. Sabía lo que era y todos sus negocios, pero no dije nada. Cuando le dije que estaba bien y que se fuera expresó las gracias con los ojos y miró a Loefert con rabia.

Mañana todo el mundo conocería el incidente. Loefert formaba parte de los gánsteres que se habían trasladado a la parte baja de la ciudad. Sabían muy bien lo que significaba esta placa. Después de hacerles circular, me quedé allí un minuto, pensé, «¡al infierno con el Metro!», y paré un taxi que circulaba lentamente.

En solo quince minutos, cambió por completo el ambiente. Abrí la puerta de mi apartamento y fue como entrar en otro mundo.

4

Después del desayuno, en la cafetería cercana a la oficina central, subí a mi despacho y comencé a aclarar detalles que habían quedado pendientes. En cierto modo estaba bien encargarse de una única misión. Tenía la ventaja de poder pasar asuntos pendientes a otros, para variar, y por una vez me podía dedicar a pensar en una sola cosa.

Cerca de las doce, Mack Brisson dio, como de costumbre, un golpecito en la puerta antes de entrar y la abrió. Traía dos cafés, los puso sobre el escritorio y se sentó con un gesto cansado.

—¿Qué estás haciendo aquí hoy domingo? —dije.

—Estoy trabajando en el caso canadiense. Ahora está en Homicidios.

Fruncí el ceño, sacudí la cabeza, pero no pude recordarlo.

—El vehículo blindado que asaltaron a mano armada en Montreal. Un millón y medio.

—¿Por qué nos lo dan a nosotros? Mack gruñó, y cogió el café:

—A nosotros no, a mí. Tú eres el niño mimado que no tiene que trabajar. Los dos guardias están muertos. A los dos matones que asaltaron el camión les persiguieron hasta las Cataratas, atravesaron Búfalo y se cree que se han escondido en Nueva York.

—Entonces cógelos. ¿Sabéis quiénes son?

—Reconocimos a uno. Charlie Darpsey. Solía estar con la gente de Brooklyn. Uno de los guardias era un expolicía retirado y le reconoció por alguna antigua investigación. Vivió lo suficiente como para poder decirnos el nombre.

—Muévete entonces —sonreí.

Levantó la taza, tragó ruidosamente y la volvió a dejar.

—¿Cómo tú? —ahora era él quien sonreía.

—¿Qué?

—Por casualidad llegué a la oficina del inspector esta mañana temprano. Parece que te has pasado. Ha sido un escándalo. —No me he enterado.

—Ni te enterarás por algún tiempo. Están esperando a ver si esto da algún resultado.

Se retrepó y buscó a tientas un cigarrillo en el bolsillo. Esperaba algo y me miró con reproche un instante porque no pude ayudarle en nada.

—¿Cómo va lo tuyo? —preguntó.

—Todavía no hay nada. Ya sabes cómo va. He visto a Benny Loefert por aquí.

Mack asintió:

—Por eso he entrado a hablarte. Un par de soplones han informado que Loefert, Beamish, Will Fater y Steve Lutz han estado merodeando por aquí.

—¿Pistoleros de lujo?

—Sí. Todos, excepto Lutz, han cogido una habitación en la zona. Están dando al lugar mucha clase.

—Anoche sacudí a Loefert. Le di un pequeño golpe para espabilarle.

—Ya lo hemos oído. El policía de ronda se enteró. ¿Todavía no le has visto? Es un buen chico. Acaba de pasar el período de prueba. Entrega los informes como si fueran a guardarse para la posteridad. ¿Detallados? ¡Diablos!, informaría hasta del número de marcas de escupitajos que hubiera en la acera si lo creyese necesario.

—Sabrá arreglárselas. Todos hemos sido así —dije.

—Claro.

Se levantó y recogió su taza de la mesa:

—Vamos a seguir las huellas de los tipos de las afueras. Si hay algo concreto te informaremos.

—Muy bien, y gracias por el café.

Hizo un guiño y se fue. Terminé de archivar los papeles, los señalicé para archivarlos debidamente y dije a Cassidy que tuviera cuidado con ellos. A continuación llamé a Marta y la avisé que estaría de vuelta sobre las dos y que tuviera la comida lista. Me llamó pies-planos-con-derecho-a-criada, y colgó.

En la calle el domingo parecía un día de tregua. La batalla de la semana culminó el sábado por la noche y ahora las tropas se habían retirado y dejaban el campo durante algún tiempo. Pero ahí quedaban los signos de la batalla, los brillantes trozos de botellas rotas, las paredes salpicadas de vómitos, un cubo de basura ladeado

en el bordillo.

El tráfico era escasísimo, pero los niños tenían ese desasosegado sentimiento de domingo que no podían vencer jugando al béisbol. Las jovencitas salían, balanceando sus bolsos, mascando chicle, aprovechando para demostrar su respetabilidad mientras los muchachos trataban de conquistarlas en malolientes zaguanes y sucios portales. Nada de eso había comenzado aún. Todavía era un campo de batalla.

Los bares habían abierto a la una y a esa hora estaban casi vacíos. El tercero en el que me detuve estaba recién fregado y olía a limpia muebles. *¡Al diablo con la casa, pero ten cuidado con el bar!* En cada sitio preguntaba si había estado allí Al Reese, y cuando decían que no, les pedía que corrieran la voz de que le estaba buscando y que cuando le encontrara le iba a dar una paliza. Le hice una guarrada insinuando que era una especie de soplón y, en ese barrio, un rumor tan sólo de esa clase podía meter a un tipo en dificultades serias.

Pero al menos lo habían entendido. Yo era el poli duro que volvía a la calle donde había vivido para ver a una chica con la que creció. Mientras todos se mantuvieran en orden, lo que hicieran no era problema mío. En absoluto. Si alguien se pasaba de listo se las tendría que ver conmigo. Se estaban dando cuenta de prisa. De esta forma se lo habían imaginado y eso es lo que queríamos que pasara.

A las dos y cinco, Marta me abría la puerta y pude oler la comida en la mesa. Esta vez llevaba un vestido con la falda ondulante y auténticos zapatos de ramera. Sólo que, en ella, la combinación resultaba genial.

Comimos sin hablar mucho, fuimos a un cine malísimo y vimos una película que los dos habíamos visto hacía un año. A las siete cenamos en el Bar Restaurante de Smith, después volvimos al barrio y tomamos una cerveza antes de dar por terminada la noche.

En dos días el plan había dado resultado. La voz corrió rápidamente y donde quiera que nos detuviésemos la conversación cesaba también. Las palabras se silenciaban y las miradas me rehuían, por la sola razón de que yo era un poli. Por la calle los borrachos y mendigos lanzaban una sonrisa zalamera poco

entusiasta, después se escabullían rápidamente.

En el camino de vuelta al apartamento vi al policía de ronda y crucé hacia él, cogiendo a Marta por el brazo. Nunca le había visto, pero él sabía quién era yo y me saludó:

—¡Buenas noches, teniente!

—¡Hola!

Le tendí la mano y él la estrechó:

—Mack Brisson me dijo que le viniera a ver.

Se ruborizó y sonrió:

—No pensé que se acordara de mí. Fue uno de los instructores en la Academia. A propósito, me llamo Hal McNeil.

—Esta es Marta Borlig.

—La he visto a menudo señorita Borlig.

Le di un codazo en las costillas:

—¿Ves?, no puedes pasar inadvertida.

—¡Oh, calla! —replicó ella agradablemente.

—¿Una ronda tranquila? —le pregunté.

—Como de costumbre. Estos últimos días un misterioso sujeto asustó a un par de ancianas. Un tipo barbudo. Hace una semana hubo una pelea seria, dos manzanas más arriba, y desde entonces hay enfrentamientos entre tres familias.

—¿Difícil de manejar?

Se encogió de hombros y dijo con toda seriedad:

—Se puede manejar con sentido común.

—Bueno, me alegra haberle visto, McNeil. Eche un vistazo de vez en cuando a mi chica, ¿eh?

—Un trabajo agradable, señor.

De nuevo se rio entre dientes. Se marchó, iba comprobando los cierres de las tiendas y saludando a los vecinos. Buen chico.

Camino del apartamento, Marta se detuvo en el lugar que yo había evitado tantas veces. Miró al otro lado de la calle, a la vacía superficie de paredes de ladrillo y después a mí:

—¿No te duele ver esto, Joe?

La casa en que viví, pensé, *donde el hambre era una aventura continua, que dividía la vida en días de comilonas y días de ayuno. En el piso de abajo, un tipo mató a su mujer y a sus hijos mientras dormían y se voló la tapa de los sesos después. Un piso más arriba, Bloody Mary se metió en negocios, primero con*

abortos, que la hicieron famosa, y luego montó una casa de citas hasta que reunió pasta suficiente para mudarse a la esquina.

—No me duele en absoluto.

—Los tirarán dentro de unos meses. Esos tres edificios están condenados.

—Con veinte años de retraso.

Lo dije imaginándome los rostros medio olvidados que parecían estar asomados perpetuamente a las ventanas, mirando vacua y fijamente a la calle, con los brazos apoyados sobre viejos cojines descoloridos.

—Aún odias esto, ¿verdad?

Asentí:

—Siempre lo he odiado. No sólo las casas. Todo el lugar. Esta cloaca de la ciudad, la pobreza, la mugre. Casi sin posibilidad de escapar.

—Tú escapaste.

—He dicho *casi*. Además, lo odiaba lo suficiente.

Observé la indignación de su cara:

—No puedo entender cómo lo aguantaste.

—Tal vez fui incapaz de odiar tanto. Vamos, llévame a casa. Mañana será otro día.

—Claro, vamos.

Me despedí en el vestíbulo apresuradamente porque no me apetecía hablar con nadie agradable, en ese momento. Esa vieja casa me había vuelto del revés una vez más, y entonces lo único que necesitaba era algo con que quitarme el mal sabor. Regresé a la tasca de Donavan, entré y tomé una cerveza. Al fondo, algo grande y gordo escapó precipitadamente por la entrada de servicio y me sentí un poco mejor.

Cuando terminaba la segunda, el tipejo que me había estado observando tan atentamente me hizo por fin una seña, supe lo que quería.

Al salir me dirigí hacia el oeste, me detuve a la sombra de un portal y esperé. Cinco minutos más tarde el tipejo pasó por allí y cuando dije: *¡Aquí!*, se colocó a mi lado.

5

—Usted es Scanlon… teniente Scanlon, ¿verdad?

Fue una afirmación más que una pregunta.

—Identifíquese, señor.

—Harry Wope. Vivo en una casa de huéspedes encima de la casa de empeños de Moe Clausist. Trabajo poco, pero sobre todo vivo de la Seguridad Social.

—¿Ha cumplido condena alguna vez?

—Seis semanas, hace diez años, por vagabundo —se encogió de hombres y añadió—. Fue un mal año. Oiga, no diga nada de esto…

—No es mi estilo, Harry. ¿Qué es lo que quieres?

—Ese gordo patán de Reese va detrás de usted, señor Scanlon. Se ha enterado y…

—Ya lo había oído.

—Diablos, para mí la parte baja de la ciudad no es sólo el Ayuntamiento. Está buscando alguien para echarle el lazo. El problema es que no encuentra a nadie, pero si sigue buscando lo encontrará. Pagará quinientos para que le hagan desaparecer en un callejón.

—¿Cómo te has enterado?

—Buenos oídos. Estaba sacando la basura a Hilo, mientras él telefoneaba dentro. Una de las ventanas está rota y pude oírle.

—Yo no voy repartiendo favores, Harry. ¿Por qué me avisas?

Harry Wope se inclinó hacia mí, volvió su arrugado rostro hacia el mío, sus ojos me miraron entrecerrados.

—Usted no se acuerda de mí, ¿verdad? No, supongo que no. Después de todo, no hay ninguna razón. Su padre y yo estuvimos en Francia juntos durante la primera guerra mundial. Me salvó el pellejo una vez. Yo solía venir por aquí cuando tú eras pequeño. Sólo tenía cuatro hijos la última vez que os vi. También conocí a tu madre.

Entonces le recordé. Un tipo agradable que llevó el uniforme hasta que se le cayó a pedazos. Desayunaba los sábados en nuestra

cocina y comía como un lobo, resarciéndose de la semana de abstinencia.

—Gracias, Harry. Lo recordaré.

—Si oigo algo más te lo haré saber.

—No arriesgues el cuello.

Recorrí la zona lentamente, dejando que lo que me era familiar fuera surgiendo lentamente. Al lado de la tienda de comestibles de Carmine pasé la mano por los surcos de las iniciales que Larry y yo grabamos allí con las de Doug Kitchen y René Mills debajo. Una docena de manos de pintura no habían sido suficientes para rellenarlas. En el patio de la escuela, la pared de ladrillo mostraba un gran rasponazo, de cuando Noisy Stuccio y Hymie Shapiro se sentaron en la cabina del camión de basuras y lo pusieron en marcha sin querer.

Ahora todos estaban muertos, pensé. Todos habíamos estado juntos, trepábamos a los tejados, recogíamos botellas vacías que vendíamos para poder ir el sábado al cine, representábamos esas mismas películas en el parque y terminábamos convirtiéndonos de indios y *cowboys* en ladrones y soldados o policías, según a lo que hubiéramos jugado. Quizá la suerte se echó entonces. Larry siempre hacía de indio. Incluso tenía un tocado de plumas y un hacha de guerra. A los nueve años yo hacía de policía. Noisy, Hymie y René se fueron con la pandilla de George Raft y se imaginaban ser gánsteres de primera. Doug Kitchen quería ser marinero, pero casi no ponían películas de la marina, salvo que fuesen comedias musicales, y todo el tiempo se sentía como si tuviera dos pies izquierdos.

Y Marta…, la pequeña Giggie…, nos perseguía tirándonos piedras porque era una chica y no la dejábamos jugar. Sonreí y me toqué la pequeña cicatriz en el nacimiento del pelo, donde me alcanzó una vez. Por eso se ganó una patada en el trasero y corrió a casa berreando.

Era la una y media cuando di la vuelta a la esquina y caminé hacia el lugar donde murió Doug Kitchen. Más abajo, al otro lado de la calle, una pareja de borrachos peleaban ruidosamente por nada; en los portales, aquí y allá, las parejas se acurrucaban en la

oscuridad, aprovechándose del único momento en que tenían un poco de intimidad. Algunas voces bramaban tras las ventanas cerradas en los apartamentos de arriba y parecían no haber cambiado ni el volumen ni el tema de la pelea desde entonces. De este lado, un obrero del último turno, caminaba hacia mí sin prisa, cabizbajo, hasta que alguien que salió de las sombras le dijo algo y le hizo vacilar unos segundos antes de seguir su camino mientras el otro volvía a las sombras.

Pasó a mi lado sin dedicarme más que una mirada, mientras yo me dirigía hacia donde él tuvo el encuentro. Cuando llegué la chica salió de su puesto detrás de la balaustrada, balanceando el bolso y dijo con una voz deliberadamente provocativa:

—¿Tiene prisa, señor?

—No.

—Si quiere ir a algún sitio le podría acompañar.

—Buena idea, ¿cuándo?

Percibí su sonrisa y vi el modo en que contorneó el cuerpo acentuando el pecho y las caderas:

—Por diez le daría más de lo que tiene derecho esperar.

—Trato hecho, nena.

Entonces saqué un cigarrillo, me lo puse entre los labios y lo encendí. Cuando me vio la cara se le cortó la respiración, casi hasta ahogarse.

—¡Hola, Paula!

El rostro de Paula Lees era un óvalo pálido a la luz amarillenta de la cerilla. Su boca empezó a temblar, y por un momento creí que se iba a desmayar, así que me acerqué y la cogí del brazo. Sacudió la cabeza y susurró:

—Por favor…

—Podrías meterte en un lío, Paula. Si pidiera una orden de arresto por andar haciendo la calle, te podrían caer dieciocho meses.

Ella captó el sentido de la palabra… *podrías*.

—¿Qué… quiere usted, señor Scanlon?

—¿Dónde está tu casa?

Paula miró sobre sus hombros hacia atrás:

—Aquí mismo.

—Entonces, vayamos adentro.

El pisito era típico de la zona, inmerso en una mezcla de olores humanos y vegetales. Las pareces estaban sucias y arañadas, el papel despegándose, el yeso desconchado y ningún intento de renovación podría ocultar la miseria de aquel sitio.

Su apartamento consistía en dos habitaciones y un cuarto de baño que alguien hizo en un armario, una mezcla de cuarto de estar y cocina con un retrete añadido. Paula no había comprendido el asunto.

Se dirigió inmediatamente a la habitación y comenzó a desnudarse. Se había quitado la blusa y el sujetador y se estaba bajando la cremallera de la falda, cuando le dije:

—¡Vuelve a vestirte!

Movió la cabeza desconcertada:

—Pero…

No la dejé acabar:

—No es eso lo que estoy pidiendo a cambio.

Un extraño recato apareció en ella súbitamente. Se metió poco a poco detrás de la puerta y cuando volvió a salir estaba ya vestida, el colorete marcaba sus pómulos y en la boca se dibujaba una línea apretada, de enfado.

—No voy a hacer nada especial, señor Scanlon. Ninguna de esas extravagancias…

—¡Siéntate y cierra la boca!

Paula se extrañó del tono de mi voz, se relamió los labios nerviosamente e hizo lo que le había dicho. Después de estar cabizbaja durante un minuto, levantó la vista y preguntó:

—¿Y bien?

—¿Cuántas chicas trabajan en esta calle, Paula?

Lo pensó, se encogió de hombros y replicó:

—Yo solamente. Esto no es nada bueno.

—¿Por qué estás aquí?

Sus ojos parecían arrastrarse hasta los míos:

—Porque ellos no me dejan ir a ningún otro sitio.

No dije nada. Me senté allí. Ella añadió:

—Cuando Bummy Lentz y Loefert vinieron por aquí yo me reuní con Bummy y le dije a Loefert que se fuera. Ahora, los muy bastardos, no me dejan salir de esta manzana.

—Todavía la vieja historia, ¿verdad?, los matones promoviendo

la prostitución. ¿Cómo se presentó Loefert?

Paula sacudió la cabeza:

—Lo único que hizo fue contactar con el tipo adecuado.

—¿Al Reese?

No me respondió, no era necesario.

—Bummy no se preocupará más por ti, nunca más. Hace dos semanas que se emborrachó con alguna mala bebida a base de alcohol metílico y murió en el hospital Bellevue.

—Pero la amenaza sigue en pie.

—Quizá. Yo te libraré de las amenazas, pero tú tienes que salir de esta calle y encontrar un empleo. Hay trabajo suficiente en la ciudad sin necesidad de quitarte la falda.

—¿Y cuánto quieres por esto?

—Has salido todas las noches, ¿no es así?

Paula asintió.

—Tu nombre no aparece entre los testigos de la muerte de Doug Kitchen.

Miró al suelo y supe que lo había visto. El equipo de Homicidios la había interrogado como a todos los demás, pero respondió negativamente.

—Lo viste, ¿verdad?

Sabía lo que podría ocurrir si mentía. Lo pasaría mal fuera del barrio, con una acusación sobre su cabeza.

En silencio, asintió de nuevo.

—Veamos qué tienes que decir. Permaneció allí sentada durante unos segundos, después levantó la vista y dijo resignadamente:

—Le vi entrando en la manzana. Diablos, no sabía que era él. Se paró y saludó a alguien que pasaba bajo un farol al otro lado de la calle, pero demasiado lejos de mí para que pudiera ver quién era. Le vi empezar a cruzar y lo mismo hizo el otro, después Doug se detuvo, habló un poco y empezó a retroceder. De repente echó a correr, y el otro tipo le disparó por la espalda. Como Doug no se cayó, le disparó otra vez y entonces quedó tirado en la acera. El otro tipo escapó calle arriba.

—¿Qué hiciste tú?

—¿Hacer? Me metí dentro, eso fue lo que hice. No salí hasta la mañana siguiente. Y dije a un fulano que también iría a verle esa noche.

—¿Reconociste algo en el otro individuo?

Paula negó con la cabeza:

—Estaba demasiado lejos.

—Piensa un poco más, Paula. En un asesinato siempre suele haber algo especial. Una vez visto no se olvida fácilmente.

Unas finas arruguitas aparecieron en torno a sus ojos, y de repente pareció más vieja de lo que era.

—De verdad, señor Scanlon…

Se detuvo, se mordió los labios y dijo:

—No es nada, pero el tipo ese… lanzó algo así como un grito.

—¿Qué clase de grito?

—Sólo un chillido extraño, después le disparó y escapó. No fue alto, pero lo oí. No había tráfico ni nada así, a esa hora. Le oí dar un grito, eso es todo. Sonó raro. Estaba impresionada. De verdad, señor Scanlon.

—Olvídalo, Paula.

Me levanté de la silla y me puse el sombrero.

—¿Qué va usted a hacer conmigo?

—Nada, nena. El vicio no es mi especialidad. No estoy aquí por ningún caso. Es sólo que conocí a Doug Kitchen cuando todos vivíamos por aquí. En lo que concierne a ti haré lo que te he dicho. Si eres inteligente saldrás de esta calle también.

Me creyó entonces y algo cambió en sus ojos.

—¡Caramba! Es difícil creer que un poli pueda…, bueno…

Paula bajó los ojos tímidamente, después miró a los míos de nuevo. Brevemente, miró hacia la habitación:

—Si usted quiere… podría enseñarle… algo realmente especial y…

—Uh, uh, por ahora tengo todo lo que necesito.

Mentí. Pero ella no lo sabía y sonrió como si lo supiera.

Los informes mencionaban sólo a otro testigo que no estaba seguro de lo que había visto, un borracho despertando de una resaca que había dormido todo el día, vio el asesinato desde las escaleras que bajaban al sótano en el número 1209. El primer disparo le hizo levantar la vista y al siguiente vio caer a Doug. Entonces se agachó detrás de la pared de cemento y se quedó allí. Creyó recordar a un tipo de pie en la calle, pero no estaba seguro y no era la clase de testigo que vale la pena presionar. Nadie más

declaró haber presenciado el incidente. Hasta ahora el departamento tenía sus propios soplones haciendo preguntas, pero en ese barrio había una resistencia, innata y natural, a mencionar siquiera algo que pudiera añadir más problemas a los que ya había, así pues, era dudoso que se sacara algo más.

De regreso iba revisando lo que decían los informes. A René Mills le encontraron muerto detrás de un edificio y sólo una persona mencionó haber oído lo que pudo ser un disparo y no estaba seguro de la hora. A Hymie Shapiro le mataron dentro de su coche, aparcado frente a su apartamento. A Noisy Stuccio le dispararon en el piso donde vivía, con la televisión a todo volumen y si el ruido no hubiera sido tan alto como para que el vecino de abajo subiera a quejarse, no habrían encontrado el cadáver en muchos días.

Alguien lo estaba haciendo bien y con cuidado. Todo un profesional.

Había una cosa de la que estaba seguro. Esto aún no había terminado. Entretejida en el extraño batiburrillo de asesinatos, había una pista significativa. Hasta ahora el motivo aún no había salido a la luz, pero saldría. Saldría. Lo único malo es que alguien más tuviera que morir antes de poder esclarecerlo.

Cuando ocurriera yo estaría allí y el asesino estaría bajo mi revólver, con la única posibilidad de morir en el acto o pasar un mal rato en una silla de metal y caoba con electrodos en las piernas y otro, el mayor, en la cabeza, como un definitivo gorro de dormir.

Había una visita más que quería hacer antes de que acabara la noche. Caminé una manzana, di la vuelta a la esquina y entré en el vestíbulo vecino a la tienda de caramelos de Trent; encendí una cerilla para leer el letrero que estaba sobre el timbre, en la pared. Una chapa de cobre deslustrada, rezaba R. CALLAHAN, y apreté el botón. Un minuto más tarde oí el chasquido del paso automático en la puerta y empujé para abrir, subí las escaleras hasta el descansillo y esperé ante la puerta.

Hacía quince años que Ralph Callahan se había retirado de la Policía, se había pasado toda la vida haciendo la ronda en su propio barrio y lo llevaba en la sangre. Sus ojos seguían despiertos, su mente clasificaba los sucesos con habilidad, aunque no estuviera en

activo, mantenía ciertos privilegios, como cualquier oficial de Policía retirado, prolongados por la administración, incluido llevar una placa y un revólver si así lo quería.

Cuando abrió la puerta me echó una mirada, asintió lacónicamente y dijo:

—Entra, hijo.

—Hola, Ralph.

Todavía era un tipo corpulento, la postura que adoptó reflejaba, incluso en pijama, los cientos de días en uniforme.

Me señaló una silla de cocina, después de cerrar con cuidado la puerta de la habitación:

—La señora tiene el sueño ligero.

Se sentó al otro lado de la mesa:

—Bueno… no me acuerdo de ti, aunque me resultas familiar.

Fui a sacar la placa, pero me lo impidió moviendo la mano:

—Sé muy bien lo que eres, hijo.

Le sonreí:

—Joe Scanlon. Cuando era niño me dio un par de golpes en el trasero con la porra.

—Bueno, seré castigado. ¿Ahora dónde estás?

—En Homicidios, destino especial en este momento. Marta Borlig trabaja conmigo.

—Diablos, el Departamento se está volviendo astuto, ¿eh?

Me estudió unos segundos, después se inclinó hacia la mesa y cruzó las manos:

—¿Se trata de esos asesinatos?

—¡Ajá! ¿Sabe algo?

—Si así fuera ya habría informado. Nadie sabe nada.

Sus ojos me miraban con perspicacia.

—Hay otro punto interesante —dije.

—Eso es lo que esperaba oír. ¿Han salido a la luz Loefert y los otros?

—Eso es. ¿Qué le parece a usted?

—Me parece que aquí están fuera de lugar. Los únicos negocios sucios que se dan carecen de importancia. Lotería clandestina a pequeña escala, unas pocas apuestas…, ese tipo de cosas. Algunas prostitutas que andan merodeando, pero es lo normal y no es lo suficientemente importante como para tomar medidas enérgicas en

contra. ¡Diablos!, en este barrio nadie tiene bastante dinero como para que ataquemos duro.

—Pero están aquí, y tiene que significar algo más.

El viejo policía se arrellanó y levantó las cejas:

—Tengo una idea que puede encajar.

—¡Oh!

Bajó un poco los ojos y los fijó en los míos:

—¿Te acuerdas de ese tipo… Gus Wilder, el que huyó estando bajo fianza en Toledo, cuando iba a declarar contra la banda de Gordon Carbito?

—Vi los informes y leí las noticias.

—Vivió dos manzanas más arriba, durante cinco años. Todavía tiene un hermano allí. El hermano es de ley…, lleva una tintorería, pero creo que le vigilan por si Wilder se pone en contacto con él.

—¿Por qué?

Callahan me sonrió:

—Por algo que ustedes, los oficiales de Policía, parecen olvidar. La banda de Gordon Carbito hizo un favor a los muchachos en una ocasión…, un gran favor. Podría ser que ahora los de aquí se lo estén devolviendo para distraer la atención sobre Wilder. Si hablase, el centro de la organización caería.

—Es posible.

Me levanté y dejé la silla en su sitio.

—Mantenga los ojos bien abiertos…, se lo agradecería mucho. Si necesita un contacto, vea a Marta Borlig, pero guarde en secreto que ella es policía.

—Lo haré, Joe.

—Gracias por dedicarme su tiempo.

—De nada.

Di las buenas noches y bajé a buscar un taxi.

Terminé los informes de la mañana a las nueve y se los llevé a Mack Brisson:

—¿Quieres un café? He quedado con Marty en el bar.

—No puedo, amigo. Estoy ocupado en el asunto de Montreal. Ha llegado una comprobación de balística y el revólver usado en Montreal fue el mismo que usaron en un atentado a un banco en

Windsor, una semana antes, y en el asesinato del empleado de gasolinera en Utica, cuatro días después de Montreal.

—Esa no es nuestra jurisdicción.

—Ya, ya lo sé. Pero un pasajero encontró el revólver en un vagón de la línea de metro B. M. T. y lo entregó. Sin huellas, sin registrar y casi seguro que lo dejaron allí a propósito. Podría ser un truco para desviar la atención y mantener la actividad aquí mientras el asesino actúa a millas de distancia, pero tenemos que ir paso a paso.

—¿Ha aparecido ya parte del dinero?

—Nada. Lo malo es que nadie nos lo podría decir. Sólo una pequeña parte del botín estaba en billetes grandes como para tomar nota de los números de serie. Así trabajaba Binks…, esperaban a que las cosas se tranquilizaran antes de descargar la mercancía.

—Bueno, diviértete.

Mack pareció no oírme. Sacudió la cabeza y miró por la ventana:

—Este es un caso de locos. El atraco al banco fue un fracaso porque en ese momento estaban allí cuatro detectives cobrando sus cheques y lo impidieron. El golpe de Montreal costó mucho planearlo…, más de una semana. Esa fue la operación principal.

—Quizá trajeron al tipo que usó el revólver para despistarnos.

—¡Bah!, no sé, me huele mal. Nos informaron desde Canadá que algo estaba ocurriendo hace tiempo. Habían localizado dos bandas de gánsteres de los Estados Unidos, dos meses antes y les habían expulsado declarándoles *persona non grata*. El día después del golpe se encontró un automóvil americano, abandonado a tres millas de distancia, que había sido robado en Detroit una semana antes, así que hay alguna relación.

—Imagínate al tipo del revólver…, roba un coche en Detroit, se dirige a Windsor para dar el golpe del banco, fracasa, entonces intenta el asunto de Montreal, abandona el coche y escapa. Un informe desde un motel de la zona donde se abandonó el coche, que atendió a dos turistas americanos, da parte de un coche robado, con matrícula de Jerey, el mismo día.

Parece encajar, salvo por una cosa, Mack. No se planea un atraco así en una semana…, no sobre la marcha.

Mack recogió sus papeles del escritorio y los estaba doblando bajo el brazo cuando entró uno de los oficiales de guardia y le

entregó una hoja. La echó un vistazo, frunció el ceño y me miró.

—Han encontrado ese coche robado de Jersey en el Bronx.

—Él chico vuelve a casa.

—Así pues, coge el Metro, abandona el revólver para que no le pesquen con él encima y encuentra un escondite, pero ¿dónde?

—¿Por qué no le buscas en el Ritz? —sugerí—. Llevará bastante dinero para pagárselo.

—¡Buena idea!

Salimos juntos y yo bajé a encontrarme con Marty en el bar. Ya estaba allí, alta, fresca y seria, con un elegante traje que no ocultaba sus encantos a pesar de tener un corte muy clásico. Me había pedido café y tarta, tenía un cuaderno de notas abierto sobre la mesa, enfrente de ella.

—Hola, pequeña Giggie —dije, y me senté.

—Si no fueses mi superior ibas a oír unas palabras.

—Superior en todo, guapa.

—¿En todo?

—Eso he dicho…, en todo.

—A lo mejor necesitas una lección.

—¿Sobre qué? —sonreí.

—¡Oh!, ¡cállate!

Probó el café y empujó el cuaderno hacia mí:

—He charlado con alguna gente de la zona.

—¿Y…?

—¿Recuerdas lo que dijo Fat Mary sobre René Mills insinuando que iba a tener dinero?

—Ajá.

—Está confirmado. Le vieron con un fajo de billetes, liquidando dos cuentas grandes de bar y, una cuenta, atrasada de tres meses, en la tienda de comestibles. Hizo una visita a Helen Gentry, que tiene gustos bastante caros y sólo va con chicos forrados de dinero. Además, compró una caja de *whisky* escocés y lo pagó al contado.

—¿Qué más?

Marty cerró el cuaderno y dijo:

—Fue el chulo de dos putas que vivían encima del almacén de Papa Jones, desde hace tres años. Clientela barata, las ganancias no podían ser grandes, pero eso era todo lo que tenían, y de pronto les dice que se larguen…, que se retira del negocio.

—No se le encontró mucho dinero encima, ni tampoco el *whisky* en el apartamento.

—Absurdo.

Le conté mi conversación con Ralph Callahan la noche anterior y asintió, pensando lo mismo que yo.

—Pudo haber estado escondiendo a Gus Wilder por dinero.

—Podemos comprobar si tuvieron algún contacto previo.

—No, ahora no podemos, nena. Se supone que tú eres una trabajadora. Hasta la noche lo estudiaremos desde otro ángulo. Si la banda local está buscando a Wilder, tendrán sus propias fuentes. Veamos si lo están haciendo. ¿Crees que podrás comprobarlo?

—Claro. El procedimiento reglamentario mejorado por el ingenio natural. Veré a los que se ha nombrado para esta misión.

Terminé el café y dejé un billete sobre la mesa.

—Muy bien. Te iré a buscar al apartamento esta noche.

Ya me iba, cuando me detuve y me di la vuelta.

—No te comprometas personalmente. Deja que alguien haga las indagaciones por ti.

—Me puedo arreglar sola, Joe.

—Quizá, pero quiero que sigas en la sombra. Si vas demasiado lejos, algún periodista podría sentir curiosidad y tu retrato aparecería en los periódicos, y con esto dejarías de ser eficaz en el barrio.

—Está bien, Joe —sonrió—. Tendré cuidado.

En todo momento supo a lo que me refería. Estaba empezando a tener un maldito y extraño sentimiento por esa mujer, algo que no había experimentado nunca. Algo que era como un puñetazo en el estómago y que me producía escalofríos en la espalda.

6

La tintorería de Henry Wilder era un mal cuchitril en el que se atendía a la clientela local. Lo suficiente para no ser pobre, pero nunca lo bastante para ser rico. Vivía encima de la tienda. Era un soltero prematuramente calvo, cerca de los cincuenta, con arrugas en los ojos y manos temblorosas. Le localicé a la hora de la comida, me vio la placa y me invitó a entrar en una destartalada habitación desordenada, con trastos viejos, tres percheros con ropa de clientes olvidada o que no recogieron por no tener dinero.

Cuando me senté, no dejó de moverse en el borde de la silla, esperando que hablase. Por fin dije:

—¿Has vuelto a tener noticias de tu hermano Gus?

—¡Ese holgazán!

—No te he preguntado eso.

—De vez en cuando recibo una carta. Está acusado en Toledo.

—¿Has sabido algo desde entonces? Henry Wilder iba a decir que no, pero supo que no podía mentir:

—Claro…, me llamó por teléfono, después se escapó estando bajo fianza.

—¿Dónde estaba?

Se humedeció la boca nerviosamente y jugó con la comida en el plato:

—No es tan tonto. Hizo una llamada directa.

—¿Para qué?

Arqueó las cejas:

—Dinero. ¿Qué otra cosa podía ser? Quería que le enviase quinientos dólares. ¿De dónde diablos los iba a sacar yo? Ni siquiera me preguntó. Sólo me dijo que los tuviera listos y él me diría dónde enviárselos.

—¿Dónde?

Una vez más sacó la lengua:

—No…, no sé.

Bebió un sorbo de café para humedecerse la boca y añadió:

—Le tengo miedo, desde siempre.

—Es tu hermano, ¿no es así?

Wilder sacudió la cabeza:

—Hermanastro. Demonios, preferiría entregarle, pero podría no dar resultado y entonces me perseguiría.

Sus ojos tenían una expresión suplicante:

—¿Qué puedo hacer?

—Los polis no son los únicos que buscan a Gus, amigo.

—Ya lo sé. Es lo que me figuraba. Estoy cogido entre dos fuegos.

—Entonces decídete y juega bien. Si te llama, avísanos. Nosotros sabremos cómo mantener silencio.

—¿Puedo… pensarlo?

—Claro. De una u otra forma volverá. Y como tú dices ¿por qué verse en medio? Él se lo ha buscado.

Me iba a levantar, cambié de opinión y le pregunté:

—¿Conoces a las chicas que trabajaban para René Mills?

Por un segundo su cara pareció sobresaltada, después asintió:

—Rose Shaw y Kitty Muntz. Vienen muy a menudo. Rose vendrá pronto a recoger sus cosas. Ese Mills las puso de patitas en la calle antes de estirar la pata.

—Entonces podemos bajar abajo y esperarle, Henry.

—¿En la tienda?

Se atragantó, porque sabía lo que pensarían al ver polis merodeando por allí.

—No te preocupes, te echaré una mano detrás del mostrador.

Rose Shaw no apareció hasta las tres y diez, era una pequeña prostituta con un cuerpo duro y apretado, embutido en un jersey ajustado y una blusa combinada; los ojos mostraban el descaro típico de su profesión, y la mueca mordaz de su boca lo acentuaba. Arrojó el resguardo sobre el mostrador junto a un billete arrugado de diez dólares que sacó de un bolso de plástico y se quedó de pie. Por la expresión de su cara parecía tener prisa.

Me levanté del taburete donde estaba sentado, mientras Henry Wilder le preparaba la ropa. Supo lo que era tan de prisa como Ralph Callahan, pero de otra forma. Bajó los párpados sobre sus pupilas y la boca describió una media sonrisa burlona que pareció

decir *poli*, y estaba dispuesta a decirme que me fuera a paseo porque no estaba haciendo la calle en ese momento y no tenía nada de lo que pudiera acusarla. Era muy lista para caer en una trampa, y no estaba dispuesta a venderme sus servicios en el caso de que yo fuera uno de esos policías.

Se le iban ocurriendo todas las posibilidades una a una, eliminaba las más inverosímiles, y como yo aún no me había movido, su cara se ensombreció porque no acababa de dar con la respuesta adecuada. Entonces se puso nerviosa. Hay algo característico en estos marginados. En algunos aspectos a veces parecen iguales. Trabajan en las mismas zonas, en la misma profesión, con la misma gente, y eso les marca, adoptan hábitos y expresiones comunes y en el fondo de sus ojos se esconde el odio profundo que se tienen.

Pero nosotros jugábamos con ventaja. Sabíamos cómo eran. Sin embargo, ellos nunca sabrían lo suficiente sobre nosotros. No tenían las ideas claras, nosotros sí.

—Charlar o pasear, Rose.

—Mire, señor…

Sostuve la placa en la mano amablemente:

—Charlar aquí, pasear en la parte baja de la ciudad, escoge lo que quieras.

Murmuró algo y lanzó una mirada alrededor.

—Pero ¿qué dice, poli?, y menos en público.

—Como quieras.

—Tengo una habitación en el 4430. Ahí es donde vivo, no donde trabajo.

—¡Adelante!, te doy diez minutos.

—Segundo piso, al fondo.

Maldijo en voz baja, se colgó la ropa sobre el brazo, cogió el cambio y salió de mal humor.

Le di diez minutos y caminé hacia su casa, entré rápidamente y empujé la puerta abierta. El hedor a grasa quemada y a col se mezclaba con el olor a cerrado, la suciedad y el deterioro. Los peldaños estaban combados por el peso de cientos de pies, crujientes por lo viejos y sucios con desperdicios. Encontré su puerta, llamé una vez y abrí sin esperar a que me diera permiso.

Rose Shaw estaba sentada con los pies sobre la mesa, sostenía

una cerveza, en una pose estudiada, veía su vestido por encima de la suave musculatura de sus muslos.

—Déjate de exhibiciones, Rose.

Di media vuelta a una silla y me senté a horcajadas, con los brazos en el respaldo.

—Vamos, poli. Estoy esperando su charla.

—Empecemos por René Mills.

Se encogió de hombros despacio y bebió un trago de la lata de cerveza.

—Está muerto. ¿Qué más?

—¿Por qué, Rose?

—Se me ocurren cientos de razones. Alguien me ganó la mano. Ketty, también. Diablos, ella se marchó antes de que despacharan a René. Creí que lo decía en broma, pero ella se dio cuenta y se fue. Sabía lo que se avecinaba y cortó antes de que se lo dijeran.

—¿Dónde está?

—En Jersey City. Se fue ayer. Su viejo le permitió volver y trabajar para él en una fábrica. No le gustará.

—¿Y tú?

—¿Y a usted qué le importa?

—Nada.

—¿Entonces por qué todo esto?

—René Mills —repetí.

—Parece saberlo todo. ¿Qué pinto yo? Lo hago por dinero. No es lo ideal, pero lo será mientras no surja nada mejor.

Su odio desapareció por un segundo y miró al techo:

—¿Me creería si le dijera que hubo un tiempo en que fui importante? En Miami, hace sólo cuatro años. Tenía diecisiete y vivía como una reina. ¡Qué días!

—¿Qué ocurrió?

—Cogí una gonorrea, la fui contagiando y con eso se acabó todo. Después de dos visitas al médico, me curé, pero la fama quedó. ¿Y ahora qué?

—Vuelve a René Mills.

Puso mala cara y terminó la cerveza:

—Se encargó de mí. De mí y de Ketty. Estábamos sin dinero, dispuestas y capaces. La clientela era malísima comparada con la anterior, pero así es la vida. Él preparaba la cita, dividíamos las

ganancias a la mitad, las cuentas las pagábamos nosotras —volvió a encogerse de hombros—. Nos las arreglábamos.

—¿Por qué os puso en la calle?

—Se volvió importante… Siempre tenía planes, y ellos le acabaron matando. Esta vez nos dijo que nos largásemos, nos dio cien dólares a cada una y era todo sonrisas, tenía zapatos nuevos y, en la muñeca, llevaba otra vez el reloj que le robó a un tipo de un bar y que había empeñado… Norman le dio ochenta dólares en la tienda de empeños, era muy valioso.

—¿Y eso, Rose?

—Quién sabe, poli. ¿Cree que lo soltaría? Demonios, puso a Noisy Stuccio de patitas en la calle una semana antes, y usted ya sabe lo amigos que eran. Seguro, René tenía algo entre manos.

—¿Qué dirías tú que era?

Se estiró hacia atrás, abrió el pequeño frigorífico y sacó otra cerveza. A mí no me ofreció. La destapó y dijo:

—Era dinero fresco, inesperado. Llegó de repente…, le diré algo, no había recibido todo. Tenía bastante, pero no el botín completo. Le gustaba fanfarronear e insinuar lo que iba a llegar a ser, pero yo conocía ese idioma demasiado bien. Trabajaba y pensaba sobre algo que no tenía, pero que, seguro, esperaba obtener de una u otra forma. Ese bastardo no se dejaría escapar ni un centavo si pudiera evitarlo.

—¿Quién se lo facilitó?

—No me incumbe, poli.

Me miró con curiosidad, esperando mi reacción.

—Responde.

Empezó a hablar, se detuvo y se encogió de hombros, como antes, y siguió con su cerveza.

—Te voy a dar un consejo.

—Tráguese su consejo —dijo fríamente—. No quiero consejos de un poli.

—Tenía un amigo que era pintor. Estuvimos juntos en la guerra. Quizá quiera usarte como modelo, si tienes agallas para intentarlo. A lo mejor no resulta, pero puedo preguntarle.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Me estaba empezando a sentir como un estúpido protector y no

me gustaba. Treinta días patrullando habrían proporcionado más pistas, pero ella había nacido en el mismo sitio que yo y no pudo escapar; yo sabía cómo se debía sentir.

Rose me miró, con la cerveza en la mano:

—Es sincero, ¿verdad?

Asentí.

—¡Qué mundo éste! Lo he probado todo, por qué no el consejo de un poli.

La dureza se borró de sus ojos y recuperó su expresión seria:

—René tenía a alguien escondido en el apartamento. Algún conocido suyo.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque compraba comestibles para dos, por eso. Le vi en el deli[3], Pop lo comentó, y en una ocasión le vi llevar la ropa a la lavandería. Compró bebidas que nunca había comprado y sonreía ampliamente, cosa que no hacía cuando las cosa iban mal.

—¿A quién, Rose?

—Nunca pregunté. Si lo hubiera hecho me habría ganado un puñetazo en la boca y ya he tenido bastantes, y en mi negocio eso sería…

—Desastroso.

—Sí.

Me levanté y dejé la silla en su sitio:

—Me ocuparé de lo que te he dicho, descuida.

—Muy bien, poli.

Se llevó la botella a la boca y bebió sin quitarme los ojos de encima, después la dejó y sonrió.

—¿Sabe una cosa?, lo haré —sonreí mostrándome de acuerdo, y ella continuó—. Vigile a Al Reese. Andaba detrás de René. Usted es el poli del que he oído hablar, ¿verdad?

—Probablemente.

—Entonces, ¡vigílele! Sabía que le iba a llegar pasta a René. Les vi discutiendo un día, Al llevaba todas las de ganar. Tenía cogido a René porque sabía que había hecho algo, lo hacía con todos, y le amenazó. Cuando René empezó con ese asunto Al estaba allí, dedujo lo que ocurría y le apretó las clavijas. No se eche encima de ese tipo, poli. Por aquí es Jefe de Comisaría, pero le gusta vivir lujosamente, tiene un barco, se costea fulanas y hay más que usted

debería saber. Se hace pagar impuestos, lo mismo que Capone. Vive aquí sólo cuando tiene que conseguir votos para su partido, pero es poderoso, muy poderoso.

—Le vigilaré.

—Es muy listo.

—Yo también.

—Y duro.

—Yo soy incomparablemente más duro, nena.

—Pero él sabe más acerca de René y por eso le interesa, ¿verdad?

—Has dado en el clavo.

—Me gusta, poli. Es bienvenido si se quiere quedar un rato.

En broma, le guiñé un ojo, insinuando que volvería, pero los dos sabíamos lo que quería decir. Ya era la segunda vez que una prostituta me invitaba a ir a la cama gratis, lo cual habría sido muy interesante, y la segunda vez que desperdiciaba la oportunidad. *Demasiadas películas sobre el Día de la Victoria. Demasiado entrenamiento*, pensé.

¡Demonios!, esa no era la razón. Era esa maldita Marty. No dejaba de pensar en ella.

La clientela de la tarde empezaba a llenar el Donavan cuando llegué. Había gente normal, tipos en traje de faena, llevando platos de comida, bebiendo algo, antes de atreverse a entrar en sus casas. El camarero me vio entrar e intentó correr la voz, pero le paré con una sola mirada y volví hacia donde estaba sentado Donavan, tras un periódico que le aparté de la cara.

—¿Dónde está Al Reese?

Su tono de voz sonó amable, aunque forzado:

—No ha estado aquí.

Todo lo que tuve que hacer fue sonreírle perversamente.

—Mire en el Bunny —lo dijo de prisa. Ocultó su temor mirando al reloj—. Generalmente no viene por aquí hasta las seis.

—Si le avisas, Donavan, si dices una palabra, te aplastaré. ¿Entendido?

—Escuche, Scanlon…

No me gustaban los tipos duros. Le volví a sonreír y entendió el

mensaje. Lo que vio en mi cara le asustó:

—Mire, yo me ocupo de mi negocio…

No me molesté en escucharle.

El local de Bunny era un penoso antro, a la vuelta de la esquina. Seguramente habrán leído sobre esto docenas de veces en los periódicos.

Por la noche hay un policía fuera y una patrulla pasa por allí cada diez minutos por si hay problemas. Era un lugar viejo y antes, cuando estaba vigente la Ley Seca y los tipos de la entrada de artistas escoltaban a las chicas del coro como a un tesoro y era una auténtica sala de fiestas, Larry y yo sacábamos dólares para comer abriendo las puertas de los coches de gente con *smoking* y algunas veces, guiando a los solitarios a locales donde pudieran encontrar compañía excitante en un momento.

Ahora había cambiado, el exterior era llamativo, el toldo y el portero lujosos, la fila de taxis era más larga de lo normal para esa zona en esa época, pero la única razón… era que estábamos en la temporada de los congresos y los forasteros querían echar un vistazo al Nueva York peligroso.

Todavía podía sentir a Larry a mi lado, riéndose de esos primos que iban a ser blanco de alguien desesperado en busca de una limosna y de alguna fulana, tratando de ver cuánto dinero podría sacar. Diablos, así era como él conseguía pasta para ir a ver los espectáculos de Tom Mix.

Seguía pensando en Jefe Caballo Loco. Te echo de menos, chico. De todos los de la familia, eres al que más echo de menos. Una guerra sucia y un telegrama notificando perdido en acción nos hizo polvo.

No te perdiste nada, Larry. El mundo se volvió salvaje cuando te fuiste. La mayoría de la pandilla ha muerto. Algunos murieron contigo…, otros peor. Otros están esperando morir. Los demás sólo esperan.

Entré.

Al Reese estaba en la barra, ocupando con su volumen un rincón de la misma. Loefert estaba dos bancos más allá con una chica, mona pero desagradable, de segunda clase, y cerca de ella Will Fater y Steve Lutz bebían sin hablar, satisfechos, contemplando sus imágenes en el espejo del fondo.

Iba a ser una tarde divertida. Y la noche ni siquiera había comenzado.

Le di un golpecito en el hombro y se dio la vuelta, molesto por la interrupción, sus gordas mejillas listas para intervenir con un sabio consejo, inmediatamente se quedó blanco.

Todo el mundo miraba cuando dije:

—Contra la pared, gordo. Sube las manos, los pies atrás y separados, y haz un solo movimiento que no me guste y te acordarás.

Le dejé ver la pistola en la funda Weber, y por la expresión de mi cara sabían que no estaba bromeando. Para que estuvieran seguros, indiqué a Loefert, Fater y Lutz, con la cabeza, que se unieran a él, y sin decir una palabra adoptaron la misma posición. Diablos, sabía que iban a estar limpios, pero cuando se provoca, se provoca, y no importa nada más. Mañana todo se sabría en la Oficina Central si Reese ponía la denuncia, pero en ese momento me estaba divirtiendo. Para los clientes era un espectáculo, los empleados se rieron y Al Reese casi sufre un ataque cuando, por último, les di unas palmadas en la espalda, les hice identificarse y les permití volver a sus sitios. Para los otros era una cuestión de rutina, pero para Reese era verdaderamente una experiencia nueva.

Además, le hice pasar al rincón y de prisa. En voz alta, para que el camarero pudiera oírlo e hiciera correr el rumor a más velocidad que la Western Union [4], dije:

—Gordo…, hay una chica llamada Paula Lees que vas a dejar en paz.

Eché una ojeada a Loefert y supe que estaba escuchando cada palabra.

—Si tú… o cualquiera… la molesta os arrancaré las orejas. No estoy hablando en sentido figurado. *Quiero decir que os arrancaré las orejas*. Un día vi a Fuchie, ¿os acordáis de él?, ¿recordáis la perilla que tenía?, ¿sabéis cómo tiene ahora la barbilla? Yo se lo hice, gordo, y lo mismo haré con tus orejas. Grita todo lo que quieras, será como en los viejos tiempos en Las Tumbas [5], con las porras de goma y las celdas de castigo. Si crees que no actuaríamos del mismo modo ahora, estás muy equivocado.

Le di a Al Reese un golpe seco en los riñones con el puño para acentuar el argumento y toda la respiración salió con un largo

suspiro. Loefert volvió los ojos hacia mí con odio, mientras los otros se mostraban indiferentes y desviaban la vista.

Pero entendieron el mensaje.

Paula Lees estaba libre.

Era así de fácil.

Yo era un policía que volvía a casa, a su viejo barrio, que no le gustaba lo que veía y había decidido limpiarlo. Podía parar los pies a los matones y proteger a esa pobre chica. Pude haber usado las palabras, y quizá hablando con ellos hubiera sido más fácil. Quizá.

A las seis llamé a la puerta de Marty y la oí cruzar la habitación para abrir. Se había puesto una falda y una blusa y llevaba el cabello suelto, y la sonrisa de bienvenida que me ofreció envió a mi estómago esa extraña sensación otra vez. Podía oler el café y oír las chuletas friéndose en la cocina y me relamí.

—¿Tienes hambre, Joe?

Vio mi expresión, y añadió:

—No contestes.

Con una sonrisa aún mayor dijo:

—Coge una cerveza del frigorífico. Todo estará listo en un minuto.

Mi casa no tenía nunca ese ambiente.

Comimos con una familiaridad inconsciente que flotaba en el aire como un perfume fuerte. Hablamos de pequeñeces, prolongando esos momentos hasta que llegaron a su término con el café. Marty sirvió una segunda taza y dijo:

—Los muchachos te echarán a patadas si se enteran de que has estado conspirando con las chicas.

—Ya no, la mayoría están muertos.

—Qué extraño resulta, ¿verdad?

Dejó la cafetera sobre la cocina y se sentó:

—El tiempo pasa de prisa. Recuerdo cuando os perseguía a ti y a Larry para que me dejaseis jugar…, tú me mandabas a hacer recados estúpidos para perderme de vista y Larry hacía como que me iba a cortar la cabellera con su hacha de guerra…

—Estaba pensando en él hace un momento.

—Le echas de menos, ¿verdad?

—Estábamos muy compenetrados. Éramos esa clase de hermanos. Así es la vida, nena.

—Ya sé.

Surgiría tarde o temprano, así que dije:

—¿Tienes el informe de hoy?

Lamentó el repentino cambio, tanto como yo, y asintió tristemente, con actitud profesional:

—¿De palabra?

—Con eso basta.

—Murphy es quien más ha colaborado. Tiene gente en sus filas y se rumorea que está tramando algo. Los de arriba están bastante molestos por algo y han hecho un montón de viajes entre Nueva York y Chicago. Parecía tratarse de reuniones a alto nivel. Seguro que hay relación entre la banda de aquí y los del norte…, están buscando a Gus Wilder, lo sé, pero ese no es el factor principal. Hay algo más…, y nadie quiere hablar de ello.

—Todavía seguimos en la duda.

—No tanto. Órdenes salidas de una de esas reuniones enviaron a Loefert y Steve Lutz a esta zona. Si nos concentramos en ellos, podremos sacar algo en claro.

—Esos tipos no son fáciles de domar.

—Siempre tienen algún punto flaco, ¿no te parece?

—Siempre.

Sonreí. Empezaba a pensar como un policía de ronda, en vez de como una asistente social.

—Entonces, ¿por dónde empezamos?

—Por los primeros asesinatos. Es un caso de homicidio.

—Hasta ahora nadie ha hablado. Nadie ha visto nada.

—Me alegra que tengas tanta confianza.

—Gatita, he trabajado en esto mucho tiempo.

Hay momentos en que están dispuestos. Todo lo que hay que hacer es pincharles un poco.

—Muy bien, feo, estoy lista si tú lo estás —se rio.

7

La clientela de la cena había abandonado ya la pizzería de Tony cuando llegamos allí. Sólo quedaba una pareja en la barra y dos mesas ocupadas. Fat Mary estaba muy atareada intentando servir a otra pareja, y Tony, detrás de la barra, escuchaba un pequeño transistor. Marta y yo nos sentamos en los taburetes. Tony nos vio y se acercó sonriendo, era la primera vez que le veía sonreír en mucho tiempo. Dijo hola con acento napolitano y nos puso dos cervezas automáticamente.

—Te has portado muy bien con esas chicas, Joe. Las he visto y están muy contentas. Es terrible que una mujer tenga que hacer la calle y aguantar amenazas, terrible.

—Deberían haber mantenido la boca cerrada, de lo contrario, la gente pensará que los policías se están volviendo blandos.

—Oh, no. No es como crees —nos echó una mirada sagaz—. Vosotros dos pertenecéis a este barrio. Gracias a Dios que has vuelto. Aquí están las cosas mal, muy mal.

—¿Lo dices por los asesinatos?

Tony asintió con fuerza:

—Mal asunto ése.

—Pertenece a otro departamento y no estoy de servicio, así que ¡al diablo!

Su cara se arrugó, frunció el ceño preocupado.

—¿Quién se preocupa así, Joe?, ¿los policías? A ellos no les importa, si alguien muere ¡qué más da!

Se inclinó hacia nosotros confidencialmente:

—Ese asesino está todavía aquí. Puede matar a alguien más.

—¿Qué puedo hacer, Tony? Yo conocía a todos los que han muerto. Ibamos juntos a la escuela.

Tony se encogió de hombros:

—Bueno, no eran buenos chicos, de acuerdo. Pero todavía hay buena gente por aquí, puedes apostar. Deberías saberlo. Mucha buena gente. Están asustados, eso es.

—¿Tienes miedo?

—Claro. Tenía miedo al estúpido de René Mills. Tengo miedo a todos los que son como él.

Bajé la voz:

—¿Qué pasaba con él, Tony? Hacía ostentación de su dinero, jamás había tenido tanto. René nunca tuvo cerebro para montar un robo y nadie iba a regalárselo. Era un tipo de segunda fila.

Tony recorrió con la mirada el local antes de contestar:

—¿Sabes lo que pienso? Tenía algo con alguien. Esperaba recibir pronto mucho dinero. Lo daba por sentado.

—¿Sí?

—Y aún hay más. Te diré algo, Joe. René se pasaba arriba toda la noche viendo la televisión o jugando a las cartas. Siempre lo mismo. Nunca apagaba la luz, como si tuviera miedo de la oscuridad. Y de pronto empezó a apagar las luces en cuanto oscurecía. Bajaba y subía, pero nunca encendía la luz y cuando la encendía, bajaba la persiana, cosa que antes no hacía nunca. Tenía alguien arriba con él.

—¿Escondido?

Otra vez se encogió de hombros:

—¿Quién sabe?

—No parece lógico. Tony. ¿Quién iba a confiar en René Mills?

Tony hizo una mueca con los labios:

—Supón que no tuviera nadie más a quien acudir.

—No sería a René Mills, amigo.

—Por lo que fuera, echó a Noisy Stuccio, ¿verdad? René no daría de comer ni a su madre si no le pagase. Noisy le pagó, después le puso en la calle, Noisy estaba bastante loco. Vivió muchos años con René y pagaba la mayoría de las cuentas, porque le tenía miedo y le echó, ¿qué te parece?

—¿Qué te parece? —repetí—. ¿Seguía René siendo tan orgulloso cuando le mataron?

—Claro. Creyó que estaba seguro. Lo conseguirás, Joe.

—No hay nada que conseguir.

—¿No?

Me miró con curiosidad:

—Entonces pregunta a Al Reese. Ese gordo inútil, él sabe. Se mete con todo el mundo. Siempre intentaba sacar algo, ese

holgazán. Sé que echó el guante a René porque vi que éste le pagaba.

Terminé la cerveza y di un codazo a Marta para que hiciera lo mismo.

—Muy bien, Tony, quizá haga algo. Sólo quizá, recuerda. Estoy fuera de mi distrito y no quiero tener problemas.

—Vamos, Joe. Cuando tú y Larry erais niños dabais problemas a todo el mundo. Ese… ése…, ¿cómo le llamabais?

—Jefe Caballo Loco.

—Sí, eso es. Indio malo. Siempre llevaba las plumas y tú querías ser policía. Nadie quería jugar contigo, ¿verdad?

—Siempre cogía a los ladrones —me di un toquecito en la sien —. Hay que ser listo, incluso cuando se está jugando.

—Ahora hay alguien que no está jugando, Joe. Lo están haciendo de verdad.

—Bueno, veré lo que puedo hacer, pero guarda silencio.

Le dejé parte del cambio, terminamos la cerveza y nos fuimos, mientras Fat Mary amontonaba los platos sucios.

No supuso ningún problema entrar en el viejo apartamento de René. Forcé el candado que había puesto el casero, golpeando con la culata de mi revólver y la puerta se abrió. Marta encontró la llave de la luz y la encendió no sin antes asegurarse de que las persianas estaban echadas.

La Policía había registrado las habitaciones sin encontrar nada, el casero hizo un intento parcial de limpiar, sacando la basura y apilando platos en el fregadero, y todo lo que pudiera conducir a una pista había sido destruido. Como los otros apartamentos, éste era típico de un barrio bajo. Correspondía a la parte delantera de un edificio de piedra restaurado, contenía un cuarto de estar con una televisión estropeada, un par de sillones de tela desgastados y un par de mesas viejas. La habitación estaba amueblada con una cama individual, una silla y una mesa. La ropa de René era de unos almacenes baratos, toda estaba bastante descuidada, excepto dos pares de zapatos caros sin estrenar. La cocina era un batiburrillo de muebles desvencijados, platos desportillados y resquebrajados, un armario de colgar, sobre el frigorífico vacío. Pero había estado lleno

de comestibles. Las huellas en el polvo eran de latas amontonadas y, enganchada en una grieta, había una tira de papel de caja registradora, que marcaba cuarenta y dos dólares. El casero no iba a dejar todo eso para el siguiente inquilino.

Marty volvió de mirar por ahí y le pregunté:

—¿Has encontrado algo?

—A lo mejor. Ven a la habitación un momento.

Señaló en el suelo una serie de arañazos que iban de un sillón a otro:

—Sabemos qué estamos buscando…, ¿significa esto algo?

La entendí:

—Alguien arrastró esta silla hasta la otra para hacer una cama.

—Eso es. Entonces René sí tuvo alguien aquí.

Me miró atentamente y se sentó en el brazo del sillón:

—Te imaginas lo mismo que yo, ¿verdad?

—Ajá.

—Cuéntamelo.

Asentí y empecé a pasear por la habitación:

—Nadie que le conociera confiaría en René. Tuvo que ser alguien que le conociera lo suficiente para manejarle. René era un tipo deshonesto. Bastaba con decir, este tipo necesita un escondite y está dispuesto a pagar. Se acercó a René, que puso a Noisy Stuccio de patitas en la calle, para acogerle. Ahora René empieza a preparar un plan. Va a intentar utilizar a ese tipo para su provecho y trama algo, pero comete un error menospreciando a su nuevo huésped. El tipo se da cuenta y le mata.

Esto nos lleva a Noisy Stuccio. La gente no cambia, y Noisy era un ruin desgraciado, que no le gustó nunca ser de segunda clase. Siempre estaba tratando de participar en los asuntos de los otros, quiso saber qué ocurría y se enteró de alguna forma de quién era el huésped. Si ese tipo conocía a René, entonces con seguridad conocería a Noisy. Cuando asesinaron a René, Noisy tuvo miedo e intentó conseguir el botín que ese tipo se pensaba llevar.

—Y terminó de la misma forma —intervino Marta.

—Ese tipo es un auténtico sicópata. Mataría por cualquier pretexto. Es un experto con la intuición disparatada propia de los sicópatas y capaz de matar sin dejar huella. Esto es lo más difícil. No necesita siquiera tener un motivo. No se dedica a operaciones

peligrosas que llamen la atención, y cualquiera que se interponga en su camino es sencillamente liquidado.

Frunció el ceño y se mordió una uña:

—Pero Hymie Shapiro…

La interrumpí diciendo:

—Tengo que regresar al tiempo en que éramos niños. Hymie y Noisy eran un par de listos que no se separaban. Hymie planeaba trabajos de poca importancia y se los dejaba a Noisy para que los llevara a cabo. Puede ser que Noisy no quisiera meterse en esto porque sabía que no sería capaz de llevarlo a cabo solo. Siempre estuvo pegado a Hymie. Supón que hablase de ello con Hymie y lo preparasen juntos. Nuestro tipo pudo haber escapado, después de matar a René, pero ellos averiguaron dónde se escondía y Noisy fue a verle. Entonces el tipo acordó una cita para pagar, pero en lugar de eso, le dio un balazo a Noisy, no sin que antes Noisy tratase de ponerse a salvo recordando al tipo que había alguien más que conocía el juego.

—No está mal, Joe.

—Lo que significa es que Noisy no tenía por qué decir quién lo sabía. Nuestro tipo se dio cuenta automáticamente, disparó a Noisy, después fue a buscar a Hymie y le encontró.

—Y esto nos lleva a Doug Kitchen.

—Paula Lees lo vio todo. Doug vio al tipo y le reconoció. Por eso le mató. Cruzó la calle para saludar, comprendió lo que iba a suceder y echó a correr. Fue el único al que dispararon por la espalda.

—¿Gus Wilder?

—Todos le conocían. ¡Diablos!, todo el mundo por aquí conoce a todo el mundo, especialmente si son delincuentes.

Dejé de pasear y me quedé mirando a la superficie verde oscura de la persiana sucia. Marta preguntó:

—¿En qué estás pensando, Joe?

—Hay un anzuelo en alguna parte. Tengo la sensación de que alguien con quien he estado hablando, me lo ha tendido ya, pero no puedo recordar qué es.

—Ya saldrá.

—Pero quiero que sea ahora.

—Tranquilízate —dijo suavemente.

Me di la vuelta, le sonreí:

—Claro, pequeña Giggie. Vamos, lo intentaremos desde otro ángulo.

Cuando salimos a la calle, en el aire quedaba el eco de un trueno lejano y sobre Jersey el cielo se volvió momentáneamente rosa. Hacía más frío y la brisa del oeste traía olor a lluvia.

Caminamos hacia el sur, llegamos a la esquina y vimos a Hal McNeil, el policía de ronda, cerrando la puerta de una cabina telefónica. Se tocó la gorra saludando y dijo:

—Buenas noches, teniente. Iba a buscarle.

—¿Qué ocurre?

—El sargento Brisson quiere que le llame.

—Gracias, Hal. ¿Tiene alguna noticia sobre Loefert y sus amigos?

El policía asintió:

—Están buscando mucho por aquí. Parece como si hubieran dividido el barrio en secciones y las estuvieran explorando. Al único que he podido preguntar me ha dicho que andaban buscando una cara extraña. Por aquí pasan muchos vagabundos, pero ésos no les interesan. Se trata de alguien conocido, pero que hace tiempo que no ven.

—¿No hay hombres?

—Ya conoce a esa gente, señor. No están dispuestos a arriesgar el cuello. Tantos asesinatos les han asustado.

Le dejé charlando con Marta y abrí la cabina; hablé con el oficial de servicio para que me pusiera con Mack Brisson:

—Soy Scanlon, Mack…, ¿de qué se trata?

—¡Hola, Joe! Hemos aclarado algo. Atiende…, han cogido a uno de los matones de Chicago por una segunda acusación de asesinato y el fiscal de distrito ha conseguido algunas declaraciones porque el tipo esperaba que le rebajasen la acusación a homicidio involuntario.

—¿Qué habéis sacado?

—Los jefes de la banda dieron luz verde a un grupo para que preparase un golpe importante y ellos se ocuparían de la cobertura y de la protección a cambio del cincuenta por ciento, si salía bien.

Salió bien, sólo que el tipo que guardaba el botín se lo ha dejado quitar por un intruso y todo el negocio se ha venido abajo.

—¿Qué golpe fue ése, Mack?

—Pudo ser el de Montreal. Cómo ese intruso se metió en esto, es algo que nadie sabe. Es posible que conociera a alguno de los chicos, estuvieran bebiendo y le sonsacara la historia. A veces hablarán entre ellos. Esta vez, sabiendo que tenían la protección de la banda, se imaginarían que nadie se atrevería a inmiscuirse en el asunto.

—¿Cuál es la relación?

—El tipo que cogió el dinero estaba esperando a que el conductor saliera del motel con el botín, le puso el revólver en las costillas, le obligó a conducir hasta un lugar donde tenía aparcado un coche, le mató, cogió el dinero y desapareció.

—¿Le reconocieron?

—No, iba enmascarado, pero cuando sacó el revólver dejó caer del bolsillo un billete de cinco dólares y un papel. Había un número de teléfono en el papel que corresponde a la tienda de comestibles de Sigmund Jones, en tu barrio.

—La conozco. René Mills alojaba a un par de prostitutas justo encima.

—¿Encaja? —preguntó Mack.

—No está mal. ¿No está implicado Gus Wilder para nada?

—Si se comparan las fechas, sí. Wilder se fugó dos semanas antes del robo de Montreal. Debía saber lo que se estaba preparando dentro de la banda y estuvo en el lugar cuando ocurrió para coger parte del dinero escondido. Wilder estaba furioso. Sabía que la banda no le dejaría vivo si llegaban a tener la más leve sospecha de que había hablado de los planes. Al mismo tiempo, tampoco quería sucumbir. Si no hablaba, la Policía del norte del estado le echaría encima otras acusaciones, así que no le quedaba otra elección y escapó estando bajo fianza.

—Entonces la banda encargó a sus muchachos que le buscaran.

—Eso es lo que parece. El único a quien puede recurrir es a su hermano.

—Llamó a Henry para pedirle quinientos dólares.

—Puede ser lógico, Joe. No querría sacar dinero marcado por ahora. O bien, le pidió el dinero antes del robo. Comprueba las

fechas por tu cuenta, ¿querrás?

—Esta noche. Te llamaré después de ver a Henry Wilder.

—Muy bien. Hasta luego.

Colgué, cerré la cabina y volví con McNeil y Marta. El viento soplaba un poco más fuerte y sentí caer en mi cara una gota de lluvia. McNeil dijo:

—¿Hay algo que pueda hacer, señor?

—Mantén los ojos abiertos. Me da la sensación de que va a ocurrir algo.

—Lo haré.

Ya se iba, pero se detuvo y se volvió:

—A propósito, Benny Loefert y Will Fater han estado hablando un buen rato con Al Reese esta noche.

—¿Dónde?

—En el local de Bunny, en la habitación de atrás.

—¿Quién te lo ha contado?

—Un tipo pequeño, llamado Harry Wope.

—Le conozco.

—Creyó que le gustaría saberlo.

—Dale las gracias.

McNeil saludó de nuevo y continuó su ronda.

A Henry Wilder no le gusto la interrupción. Desde la última vez que le vi parecía haberse acurrucado en sí mismo y se mostraba reacio a hablar. Gus no se había vuelto a poner en contacto con él y, por su parte, esperaba no volver a oír hablar de él. Cuando acabé preguntándole cuándo fue la última vez que llamó, se quedó pensando un minuto, después recordó el día. Me quedé pensando y viendo si encajaba en la historia. La llamada de Gus fue después de escapar y antes del golpe de Montreal, entonces Mack Brisson podía haber dado en el clavo. Gus no tenía donde ir y se retiró al único sitio que sabía, donde creyó que podría estar seguro, escondido en el anonimato de una zona medio en ruinas de la ciudad.

Pensé, *¿entonces, cómo ocurrió? Si Gus había vivido aquí conocería los alrededores y a la gente. Era dudoso que hubiera confiado en alguien, ni siquiera en su hermanastro; por tanto, antes de contactar con él se escondió en algún otro sitio hasta*

localizar a Henry. El problema fue que René Mills le vio y supo que había escapado estando bajo fianza, entonces hizo un trato con él. Si Gus se hacía con el dinero de Montreal, René lo querría para sí y trataría de cogerlo. Daría alojamiento a Gus, siempre que tuviera todas las de ganar. Su codicia te llevó a la muerte.

Todo encajaba bien, incluso con Doug Kitchen. Doug era un tipo sociable que conocía a todo el mundo, siempre dispuesto a saludar con un hola y un apretón de manos. Gus se mantuvo lejos del barrio el tiempo suficiente como para que le acogieran gustosos a su vuelta, y Doug murió porque le reconoció. Del hilo se saca el ovillo. Un viejo tópico, pero cierto.

Dimos las buenas noches a Henry Wilder y salimos otra vez a la calle. Estaba empezando a lloviznar y las aceras adquirían un brillo acharolado. Mientras paseábamos, se lo conté a Marta con detalle y dejé que lo reprodujese mentalmente, como yo lo había hecho, y llegó a la misma conclusión.

—Creo que ya lo tienes, Joe.

Sacudí la cabeza y me subí el cuello, para protegerme del viento:

—No sé. Hay algo que falla en este esquema. Quiero que todo encaje perfectamente.

—¿Siempre es así?

—Le sonreí y la miré:

—Casi siempre.

Llegamos a la tienda de comestibles de Papa Jones cuando estaba cerrando. La mayoría de las luces estaban apagadas, cuando entramos se estaba guardando en los bolsillos los ingresos del día. Sonrió a Marta, pero cuando me vio, su cara se volvió tensa y sus hombros dieron un respingo bajo el amplio abrigo. Se acordaba de mí, hacía mucho tiempo me rompió la nariz con la barra del toldo y yo prometí volver y hacerle pedazos, pero no hice más que romperle el escaparate con una piedra.

—Tranquilo, Papa. El pasado, pasado está. Ahora es diferente.

Para probárselo le dejé ver mi placa de la cartera y su cara cambió de expresión. Por fin se decidió y murmuró:

—¿Joe?

—¿Quién si no?

—¿Un… policía?

—¿No lo habías oído? Ya llevo por aquí unos días.

—He… estado fuera. Ronnie se quedó al cuidado… de todo.

Marta se volvió y explicó:

—Ronnie es su sobrino.

Papa Jones nos echó una mirada nerviosa, tocándose los botones del abrigo. Los policías siempre les ponen nerviosos.

—Bueno…, ¿qué quieren de mí? Estoy cerrando.

—¿Te acuerdas de Gus Wilder, Papa?

Le chasqueó la dentadura postiza y asintió:

—Claro que me acuerdo.

—¿Le has visto últimamente?

—Se fue de aquí hace mucho tiempo…

—No te he preguntado eso.

Papa Jones contestó con más seguridad:

—No le he visto desde entonces.

—¿Le conocías bien, Papa?

Trató de entender el sentido de la pregunta, pero no lo consiguió, y dijo:

—Bastante. Llamaba desde aquí muy a menudo. Compraba cigarrillos y cosas así.

—¿Has cambiado el número de teléfono recientemente?

Frunció el ceño y negó con la cabeza:

—El mismo que usabais cuando erais pequeños. Se ha cambiado el teléfono, pero no el número. ¿Por qué?

—Por nada especial.

—¿Qué pasa con el teléfono?, todos lo usan. René Mills, Stuccio…, ¡demonios!, todo el barrio lo usa. ¿Hay alguien que tenga teléfono por aquí? —preguntó justificándose.

—Claro, Papa. Bueno, mira, si ves a ese Wilder nos avisas, ¿entendido?

—Sí —replicó, pero no era eso lo que quería decir—. ¿Por qué no pregunta a su hermano dónde está?

—Ya me ocuparé de eso. Tú haz lo que he dicho, o cumpliré la vieja promesa, ¿lo recuerdas?

La recordaba muy bien:

—Maldita banda de holgazanes erais de niños —murmuró.

Después palideció y concentró la mirada en mí. Le sonreí y cogí

a Marta de la mano:

—Vamos, nena.

Papa Jones dio un portazo y cerró la puerta en cuanto salimos, y de un tirón bajó la persiana. Marta dijo:

—Le has impresionado.

—Siempre lo hice.

—¿Qué has sacado en claro, Joe?

—Nos estamos acercando. Tal y como dijo, todos usan ese teléfono. Gus Wilder también pudo usarlo, René le reconoció. Esperó hasta que Gus saliera de Papa Jones para que no les vieran juntos y entonces le salió al paso. Esto explica también por qué Gus tenía el número de teléfono en el bolsillo…, un segundo número del barrio, que consiguió por si quería establecer contacto y el teléfono de su hermano estuviese interceptado.

El cielo retumbó de nuevo, y los relámpagos se acercaban. La lluvia empezaba a caer rápidamente sobre la ciudad, conduciendo a los habitantes hacia el interior de sus refugios. Nos arrimábamos al lado de los edificios para protegernos de la tormenta y avanzábamos hacia el local de Bunny. La calle estaba vacía. El tráfico era escaso: un taxi que pasaba por allí, un par de camiones, unos cuantos coches alejándose del barrio.

Oí el curioso rebote del acero contra los ladrillos antes de darme cuenta de lo que era. El sonido se perdía en el viento, pero pudo haber venido de una única dirección. Cogí a Marta por el brazo, nos lanzamos a correr cruzando la calle. Cuando estábamos en medio la sentí girar un poco, dio un grito y vi que estaba herida. Blasfemé en voz baja, llegamos a la acera, nos aplastamos contra el edificio y saqué el revólver.

—Joe…

—¿Dónde te han dado?

Se acercó y se tocó el hombre. La tela estaba rota y los bordes teñidos ligeramente de rojo:

—No es nada.

—Agáchate, no te pongas a la vista. Está en uno de esos edificios. Voy a entrar, y si le hago salir, apúntale con el revólver, ¿crees que podrás hacerlo?

—No te preocupes —me cogió de la mano. ¿Tienes que entrar solo?

—No hay tiempo para llamar a nadie más. Conozco estos malditos edificios y todas las entradas y salidas. Haz lo que te he dicho.

Antes de que pudiera contestarme, subí corriendo a la casa de piedra más cercana. Subí las escalinatas de dos saltos, empujé la puerta y corrí escaleras arriba. No había ningún apartamento vacío en el bloque y nadie habría permitido a un asesino utilizar su casa como campo de tiro. Esos disparos vinieron del tejado, y en algún lugar ese tipo estaba buscando por dónde escapar.

Subí a la terraza del edificio de cuatro pisos y salí bajo la lluvia por una puerta de incendios de metal oxidado, empotrada en la caseta de la azotea. El chirrido de las bisagras fue como un estridente grito en la oscuridad. Me escondí tras una chimenea, tratando de percibir cualquier movimiento o la silueta de alguien.

Muchas veces había jugado a eso en ese mismo tejado. No me resultaba extraño en absoluto. Era como en los viejos tiempos, cuando grupos de nosotros convertíamos las terrazas de los edificios en ondulados paisajes, haciendo de vaqueros y de indios, o jugando a policías y ladrones. Casi podía sentir a mi lado a Larry, Jefe Caballo Loco, o escuchar el fino susurro de René cerca de la cornisa y la nerviosa tos de Hymie Shapiro, delatando nuestra posición a los que hacían de enemigos. Los revólveres eran pistolas de juguete o artilugios de goma…, pero, ahora, eran de verdad y el juego era a vida o muerte.

Le oí antes de verle. Oí el tirón del metal y la maldición y me di cuenta de lo que había ocurrido. Las escaleras de incendio, anticuadas con veinte años encima, no aguantaba más, los tornillos se habían soltado del cemento que les sujetaba al borde de ladrillo. Desde la calle parecían estar en buenas condiciones y ofrecer una rápida huida…, hasta que lo intentabas y te dabas cuenta de que los constructores desaprensivos nunca las colocaron bien, el tiempo las había aflojado y los niños, tirando de ellas, habían rematado la labor. Para bajar por ellas se necesitaba mucho coraje.

El tiempo se aclaró de nuevo y vi su silueta bordeando la parte posterior de la azotea y agachándose veloz. Disparé al aire. Miró hacia atrás, mostrando el óvalo blanco de su cara, disparó hacia mí, se agarró a la barandilla de hierro de la escalera que estaba sujeta al edificio y saltó por encima. Entonces eché a correr. Pensé que se

trataba de un solo hombre, corrí entre las chimeneas y las antenas de televisión, agachándose entre la ropa tendida por todas partes y llegué hasta el punto donde se había esfumado.

Debajo, la noche era cerrada, la intensa oscuridad no permitía captar ningún movimiento y me tuve que arriesgar. Tanteé la barandilla con las manos, eché una pierna por encima y estaba buscando a tientas los escalones cuando oí un grito, un chillido de sobresalto que se convirtió en grito de terror y se cortó en seco cuando el cuerpo cayó sobre el cemento con un nauseabundo ruido sordo.

Ya no había ninguna razón para continuar. Volví por donde había venido, pasé por delante de los curiosos que se asomaban a las puertas, les enseñé la placa para evitar que hicieran preguntas y desaparecí. Le encontré boca arriba, muerto, salpicado de sangre, sobre la basura y el suelo. El revólver seguía en su bolsillo, y en su rostro había una expresión de susto. Will Fater ya no iría a ningún sitio.

Pero yo sí. Quería saber de qué había estado hablando con Al Reese y Benny Loefert en el local de Bunny.

8

Cuando el equipo del laboratorio terminó y se llevaron el cadáver, volví con Marta al apartamento. El doctor le había vendado la herida, una quemadura en el hombro, que le preocupaba más por haberle rasgado la ropa que por el dolor. Se duchó, se puso una bata y preparó café, todavía estaba impresionada por la experiencia de haber recibido su primer disparo.

Sonó el timbre y Marta se dirigió hacia la puerta. El capitán Oliver y el inspector Brian entraron, impasibles. Marta les sirvió café y se sentaron gustosos de encontrarse al abrigo de la lluvia. El capitán Oliver dijo:

—Esto no va bien, Joe. Vuelven a presionar desde arriba.

—Hemos barrido a un matón, ¿de qué se quejan?

—Temen la reacción de los votantes. Forman un grupo políticamente indeciso. Prácticamente todos están registrados en el censo electoral y pueden desviar sus votos tanto hacia un lado como hacia otro.

—Este es un trabajo policial, no una campaña política.

—Tal vez, pero si los periódicos sacan esto, me matarán. Todos están indignados con este asunto, y el que haya llegado a estos límites hace que parezcamos idiotas. ¿Tienes idea de por dónde va?

—En cierto modo.

—Mejor será que sea algo más que eso —farfulló Bryan—. Estamos dispuestos a registrar casa por casa para encontrar a Gus Wilder.

—Inténtelo y le darán con la puerta en las narices —le recordé —. Necesita una autorización para entrar en cada apartamento y, para entonces, nuestro hombre se habrá escapado. ¿Cree que la gente no sabe lo que ocurre? No es difícil atar cabos. Saben que estoy aquí husmeando. Saben con quién he estado hablando y de qué. Pueden leer los periódicos e imaginarse la situación.

—Todavía no revelaremos la identidad de Fater.

—Es lo mismo, saben que era yo quien estaba en la azotea.

Desde ahora ya no seré sólo un policía que se cita con una chica del barrio. Sabrán que estoy aquí encargado de un caso y se callarán como muertos. Quiero un par de días más para hacerlo a mi manera. Hay algo que no me gusta en todo esto. No encaja bien. Hay algún fallo.

—¿Como qué, Joe?

—No sé.

—Dos días —me recordó el inspector Bryan.

—Está bien.

Cuando se fueron terminé el café y me senté mirando a la calle que había sido mi campo de juego. Puse los pies en el alféizar de la ventana, contemplé la lluvia golpeando en los cristales y Marta se acercó, se encaramó en el brazo del sillón, su mano me acarició distraídamente la nuca.

—¿Piensas, Joe?

Extendí mi brazo alrededor de su cintura. La sentí cálida bajo la fina tela del vestido, vibrante, llena de vida. Mis dedos acariciaron sus caderas y sentí cómo reaccionaba acercándose involuntariamente. La muerte estaba fuera, pero dentro de mí mismo sentí de nuevo ese nudo en el estómago que subía hasta los hombros en una explosión inevitable.

—¿Tengo que decirte lo que pienso?

—Creo que lo sé.

Se acurrucó entre mis brazos despacio, su boca, encantadora y húmeda, rozó la mía, suave y provocativamente después de tanto tiempo y venció los años perdidos con un violento arranque de pasión. Su lengua era una entidad separada, que hablaba un lenguaje nuevo que nunca había oído y que me había perdido sin darme cuenta.

Mis manos habían sostenido durante demasiado tiempo una placa y un revólver como para ser suaves. Fueron rudas al apartar el vestido para sentir la suavidad de la piel debajo de él, y ella no dijo una palabra, sólo gimió dulcemente y se entregó a mi curiosidad.

Ya no era una mujer policía… ni la pequeña Giggie con ideas infantiles; era una mujer atrapada en la red de emociones reprimidas demasiado tiempo, y los dos estábamos encontrando las

respuestas con la ingenuidad de los niños dotados del valor de los adultos.

Era un ritual de honestidad y amor, y se consumó a pensar de la tensión de la muerte y la tormenta que trataba de igualar nuestra violencia, un ritual de abandono a algo que parecíamos saber que ocurriría. Nos abrazamos con frenético deseo, buscando, encontrando, disfrutando hasta el agotamiento total.

Fuera, la tormenta sacudía la ciudad, pero pasó una hora antes de que la oyésemos. Marty se movía junto a mí y se despertó rápidamente en cuanto sintió que ya me había despertado.

—Joe…

—Me tengo que ir, nena.

—¿Por qué?

—Todavía no está resuelto.

—¿Quién es, Joe?

—Aún no lo sé, no puedo estar seguro.

—No me lo puedes decir.

—No.

—Entonces voy contigo.

—Te lo ordeno, cariño. Quédate. Ya has hecho tu trabajo. Ya no te puedo utilizar en el caso.

—Por favor, Joe.

—No hay elección, Marty. Ahora hay revólveres. No quiero que estés en medio. Todo ha cambiado y quiero que estés donde sé que puedo encontrarte.

—¿Lo harás?

Me volví y la besé, sentí su ligero temblor, y dije:

—Volveré. Tengo que hacerlo. Hemos empezado hace mucho como para terminar ahora. Se trata de tú y yo, Marty. Hemos vuelto a donde empezamos, pero está mejor, y tenemos el porvenir ante nosotros. Estamos en el buen camino y podemos empezar desde cero. Te quiero, Marty.

Con toda sencillez me dijo:

—Cuenta conmigo, Joe. Siempre ha sido así. Nunca ha habido nadie más.

—Lo sé —sonreí.

Una muerte siempre agita las cosas. La gente se reúne para comentarla, para especular y enterarse de todos los detalles. El local de Donavan estaña abarrotado y el de Bunny también, pero en ninguno pude encontrar a quién estaba buscando. No había acabado. Había un montón de sitios donde podía haber ido.

Busqué en todos. Corrí la voz y dejé que se lo tomaran como quisieran. Yo era un policía que andaba buscando a alguien y todos lo sabían. No tendría que esperar mucho. Siempre hay alguien que quiere un favor o que le libren de una amenaza y se dejaría ver tarde o temprano.

Mientras esperaba, seguí mirando, y supe que los otros estaban todos vigilando, sabían que yo estaba allí y que no se había acabado, de ninguna manera.

El pequeño Harry Wope fue quien me encontró. Se escondía en las sombras de la farmacia de la esquina y silbó cuando pasé, saliendo a la luz de forma que pude reconocerle, al acercarme a él buscó otra vez las sombras.

—¡Scanlon!…

—Hola, Harry.

—Ha sido Will Fater quien ha muerto, ¿verdad?

—Todos están a la expectativa.

—Yo no. Sabía lo que iban a llevar a cabo. Te lo dije.

—¿Qué más sabes?

—¿Cuánto dinero llevaba Fater encima?

—Doscientos dólares. Nada más.

—Debería tener más. Al Reese le prometió más. Le oí. Ese estúpido de Fater por cinco de los grandes se mataría él mismo. Tenía mucha fama, en serio. Nunca dijo nada, pero lo tenía.

—Ya lo sabemos, Harry.

—Reese le ofreció cinco de los grandes.

—¿De dónde los iba a sacar?

—Dijo que lo recibiría pronto. Tenía a Will convencido. De no estar seguro, no hubiera aceptado el trabajo.

—¿Y dónde está ahora Reese?

—Eso es lo que quería decirte. Le he visto en el Grafton. Dos manzanas más arriba y…

—Sé dónde es.

—Reese salió de un coche y estuvo paseando. Llevaba un

impermeable y un paraguas, pero vi su cara cuando salía. Un par de personas se acercaron y se agachó bajo el paraguas como si no quisiera ser visto, pero yo sabía quién era.

—¿Viste dónde fue?

—Llovía muy fuerte. Estaba a la altura de la casa de Paula Lees cuando dejé de verle. Vine a buscarte.

—Muy bien, Harry, gracias. Esfúmate de aquí y no digas que me has visto.

—Por supuesto. Ni una palabra. Da su merecido a ese Al Reese, ¿eh?

—Descuida.

Esperé a que Harry se alejara antes de cruzar la calle. Sabía dónde estaba el local de Grafton. Veinte años atrás hacía recados para el dueño, entregaba los pedidos y luchaba por mi derecho a vender periódicos en la esquina que él ocupaba.

A quince metros del cruce estaba aparcado un último modelo de Chevrolet, con las puertas cerradas. Después de un primer vistazo seguí caminando calle abajo, observando cada edificio. Cualquier entrada oscura o ventana apagada podía esconder un asesino detrás. Ya había habido un intento y era posible que hubiera otro. El intento de Will Fater fue sólo por dinero, pero ahí no estaba el problema.

Había alguna relación. Si Gus Wilder vino al distrito, Al Reese pudo haberlo sabido. Los caciques políticos tienen que tomar el pulso a cada movimiento en la zona. Si había una parte del botín que llevarse, Al Reese la querría para él y eliminaría a cualquiera que se interpusiera en su camino.

La posibilidad era evidente. René Mills se ganó un disparo por la pasta… Reese no iba a dejarlo escapar. Pudo haber prometido protección a René, a cambio de dinero, e incluso si mataban a René por su culpa, Reese se aprovecharía. Al Reese se consideraba de la misma categoría que René, por supuesto que no. Él tenía poder y la cobertura del partido al que representaba. Cualquiera que circulase por su territorio tendría que pagar, sin importar quién fuese.

Más allá estaba el apartamento de Paula Lees.

Bonito asunto, Al, pensé. Un tipo escondido, esperando a una mujer. Arreglas una cita, luego le sorprendes con los pantalones bajos y le aprietas las clavijas. Quizá lo estés haciendo ahora mismo

y así podré cogeros a los dos al mismo tiempo.

Saqué el revólver, comprobé que estuviera cargado y lo guardé cuando llegué al viejo portal de piedra. Hubiera subido la escalinata de no ser por el repentino brillo de un destello de luz que convirtió la noche en día y perfiló un rápido movimiento detrás de la barandilla que custodia la entrada al sótano de la casa, al otro lado de la calle.

Esta vez me moví tan de prisa como ellos, no rápidamente, sino deliberadamente. Para ellos yo era un peatón más. Había permanecido fuera del resplandor de las luces de la calle como era costumbre, el que me parase ante el apartamento de Paula Lees pudo ser una coincidencia, si no me vieron el revólver en la mano. Me agaché haciendo como que me sacudía el agua de los puños, me levanté el cuello de la trinchera y me lo ajusté a la garganta; caminé sin prisa, como alguien que deambulase sin propósito fijo después de haberse peleado con su mujer.

No mire hacia atrás para comprobar si la actuación dio resultado. Continué hasta la esquina, encontré el callejón entre las tiendas y me abrí paso entre los cubos de basura y esquivé las cajas de cartón amontonadas hasta la altura de los hombros, llegué a la valla y salté por encima.

Durante un segundo tuve la extraña sensación de que otra vez estaba jugando. Hacía mucho tiempo que un grupo de nosotros saltó esa valla, en ese mismo callejón, para gatear por el sótano del apartamento y escapar de Ralph Callahan, que nos perseguía por algo que habíamos robado. Ahora era al revés y yo era el policía.

Las puertas del sótano seguían siendo las mismas, situadas en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con la madera deteriorada, las riostras aflojadas y dos bisagras herrumbrosas. Empujé una, bajé las escaleras alumbrándome con un bolígrafo-linterna, vi la misma vieja estufa, cubierta de amianto, en medio de la habitación, como un ídolo muerto y sucio. El cubo de carbón, a la izquierda, parecía un bostezo negro. Estaba más limpio que la última vez, probablemente porque un inspector de incendios habría inspeccionado el lugar y amonestaría al casero.

Una fila de escalones desvencijados conducía al primer piso. La

puerta estaba cerrada, di un empujón firme con los hombros y rompí la cerradura y la puerta se abrió, dando un portazo contra la pared, con un ruido que pudo haber alertado a alguien.

Pero no ocurrió así. Se ahogó en la resonante ráfaga de disparos que venía del piso de arriba y que retumbó en el edificio con un martilleo intermitente más fuerte que el eco del portazo. Fueron demasiado rápidos como para identificar el calibre, pero al menos fueron tres, después dos, uno y todo lo que quedó fue el fuerte olor de la cordita y la repercusión sorda que rebotó en las paredes hasta que se extinguió entre los gritos de los vecinos y las voces de una mujer que llamaba a la Policía.

Estaba cerca de la pared, subí las escaleras de dos en dos, casi me caigo, y, por tropezar, me salvé el cuello. Un disparo vino desde arriba y no me alcanzó por un centímetro. Me salpicó la cara de polvo de pintura y virutas de madera. Subí las escaleras de caracol, hice una pausa, volví a subir y me detuve.

A la Policía se le escapaban las cosas de las manos con demasiada frecuencia. Tenía que cogerle. Llegaba a cada descansillo con el 38 listo para dar en el blanco. Subí las escaleras esperando atraparlo por mí mismo y casi ansioso por la oportunidad de enfrentarme a alguien, pero nadie vino a mi encuentro. La puerta de la terraza estaba abierta y, sin pensarlo, salí bajo la lluvia y me metí al abrigo del antepecho.

Ninguna bala vino en mi busca. No sentía pasos que huyeran de mí. Había una calma sepulcral y tenía la sensación de estar totalmente solo. Me levanté y caminé junto al borde, mirando atentamente hacia el callejón de abajo. Un cubo de basura se movió, después una tabla de la valla crujió y apareció brevemente la silueta de un hombre deslizándose por ella. Disparé rápidamente, aunque sabía que estaba a demasiada distancia y había poca luz. Después volví a bajar por la escalera.

Steve Lutz estaba muerto en los escalones cerca del descansillo, con la mitad de la cabeza aplastada contra la pared. Beamish yacía boca abajo cerca de la puerta del apartamento de Paula Lees, la sangre brotaba de un agujero en la garganta y encharcaba el suelo. Di una patada a la puerta abierta, sin saber qué era lo que me iba a encontrar. La luz de la cocina estaba encendida, y justo debajo, medio tumbado en una silla, estaba el cuerpo gordo de Al Reese. La

bala le había entrado por el pecho y le dejó en la espalda un agujero del tamaño de un puño y, según todos los indicios, alguien le había disparado desde la puerta del dormitorio deliberadamente.

Ella yacía sobre la cama con los ojos muy abiertos, mirando fijamente, con el cuerpo retorcido en la agonía de la tortura aplicada por un experto en el arte de conseguir placer con el sufrimiento ajeno. Estaba muerta. Pensé que lo estaba. Aparentemente la otra persona también lo pensó. Apenas se percibía el movimiento de su pecho, espasmódico, leve, involuntario, el esfuerzo de un cuerpo humano aferrándose a la vida.

Cuando movió los labios me incliné sobre ella y dije:

—Paula…, soy Joe Scanlon.

Movió la boca, esforzándose por repetir mi nombre.

—Paula…, ¿quién fue?

Su voz fue un susurro débil, casi no podía oírla, acerqué más la cabeza y la oí decir:

—Al… iba a… dejarme… trabajar. Eso… dijo. Quería un… favor.

—¿Qué favor, Paula?

—Encontrarse aquí con alguien —consiguió decir.

—¿Quién, Paula, quién?

En vez de responder, dijo:

—Al… debía llegar primero. Pero… *él* llegó antes.

Su respiración era entrecortada y hablaba con dificultad:

—Fue… terrible…, *él*…

Lo que estuviera recordando detuvo el flujo de sus palabras.

Unos segundos después volvió a mover la boca:

—Al… entró. Se… sentó. Traté de gritar…, entonces…, entonces *él* me golpeó con algo.

En voz baja le pregunté otra vez:

—¿Quién, Paula?

Sus ojos volvieron del limbo al que habían estado mirando. La mirada vidriosa desapareció momentáneamente y trató de clavarse en la mía. Me acerqué para tocarla y se retiró, la sangre salió a chorros de la horrible cuchillada en la sien y abrió la boca para gritar. No hubo ningún sonido. Murió contorsionando la cara, torciendo la boca de terror y con una mirada en los ojos

desesperanzada, contemplando la muerte misma.

Fuera, el primer coche patrulla tomaba la curva y oí pesados pasos en las escaleras. Entraron y fotografiaron la escena, me tomaron declaración, se llevaron los cuerpos a través del grupo que en la acera aguantaba la lluvia tan sólo para satisfacer su morbosidad. Después Oliver y Bryan me llevaron aparte y fue como la primera noche, cuando me pidieron que mirase los restos de Doug Kitchen, que yacía en la acera.

El capitán Oliver dijo:

—No podemos dejar que esto continúe, Joe. Se te ha escapado de las manos. Nos van a servir nuestras cabezas en bandeja de plata y la tuya también.

—Déjeme en paz.

—Estabas allí —dijo el inspector Bryan, fríamente.

—Claro, demasiado tarde. No tenía elección. Ya les he dicho que vi a alguien al otro lado de la calle. Digamos que eran Beamish y Loefert. Al Reese preparó una cita con nuestro asesino y les dejó fuera como medida de seguridad. El único problema es que el asesino fue más listo: disparó a Al Reese y esperó a Beamish y Loefert y los mató también.

Bryan asintió:

—Tendremos que esperar los informes de balística para tener pruebas, pero las balas de Beamish y Loefert eran del mismo calibre que la del que cayó contra la pared encima de ti. Aún no hemos encontrado la que atravesó a Reese. Ninguna procedía de los revólveres de estos tipos.

Nos quedamos bajo la lluvia sin nada que decir, hasta que el capitán Oliver tosió y, sin mirarme, dijo:

—Tendrás que dejarlo, Joe. No podremos soportar las presiones a que nos van a someter.

—Me dieron dos días, ¿recuerda?

—Tenemos que retirar lo dicho. Si Lees hubiera hablado, quizá tendríamos algo, pero todavía estamos en el aire.

—Denme tan sólo esta noche.

—Pero nada más —dijo Bryan bruscamente—. No es mucho, pero es todo lo que tienes. Y ahora, escapemos de esta maldita

lluvia.

9

Tenía que resolverlo. Mientras esto no acabara, no podría volver nunca donde la dejé esperándome. Dila vuelta completa al lugar donde nací y crecí, oliéndolo y palpándolo con los dedos. Pensé sobre lo que había ocurrido y tiré del hilo que conducía al final y todo lo que pude hacer fue desenredar un ovillo de confusión que no tenía fin.

Me paré en la esquina y entré en la cabina de teléfonos. Interrumpí a Mack Brisson, que estaba tomando café después de sus últimos informes, y le di los detalles de la noche.

—¡Está difícil, Joe! —dijo.

—Así es como va, Mack. Comprobamos tu investigación sobre Gus Wilder y…

—Olvídalo. Wilder está muerto.

—¿Qué?

—Hace tres horas que han encontrado su cuerpo. Se suicidó con un 22 el mismo día que se debía presentar a juicio. Tengo aquí mismo, sobre el escritorio, el informe del juez de Primera Instancia. Estaba muerto desde entonces.

—¡Maldita sea!

Colgué y cerré la cabina de golpe, volví a la calle.

El hilo tenía nudos bien atados. Pero era un hilo diferente y los nudos estaban atados en una extraña dirección y tenían la forma de un nudo corredizo de aspecto horrible.

Sabía dónde iba a ir. Era el único sitio donde podía ir. No, Paula Lees no habló, pero dijo algo sin palabras, que fue más importante que nada. Me dijo lo mismo que Papa Jones, algo que no quise oír y que pasé por alto deliberadamente.

Un montón de cosas revelaban la verdad. El simple hecho de estar de nuevo aquí, era una de ellas. Tampoco pude evitar volver. Llegué a la esquina y caminé hacia donde estaba aparcado el coche de Policía e hice que me llevara hasta la calle que tanto detestaba ver. Desde esa mañana los obreros de la construcción habían

empezado a traer sus equipos para demoler todo el lugar y hacer sitio al nuevo proyecto de edificio, financiado por los contribuyentes y que se había convertido en un estupendo basurero gracias a la misma gente desahuciada por el proyecto de urbanización.

Bajé del coche lentamente, despedí al conductor y me quedé mirando hacia la oscura ventana del apartamento. La lluvia fría golpeaba en el cristal y le hacía parecer un espejo negro, diabólico, un ojo espantoso en la cara de un tétrico y sucio edificio. Había algo repugnante en todo aquello, algo viciado y obsceno, incluso inconcebible.

Allí arriba, tras esa amenazadora ventana, tenía que matarme. Allí arriba sabría lo que es yacer muerto, tendría la sensación y la visión de una expresión impertérrita, la laxitud de la muerte.

En mi bolsillo, el revólver parecía pesar demasiado, lo saqué y crucé la calle sosteniéndolo en la mano. La puerta principal estaba abierta. La interior, también. Detrás, aparecía la larga y cavernosa entrada de las tenebrosas escaleras y el pasillo.

En el primer piso, de frente.

En mi mente imaginaba mi rostro en el suelo, vuelto hacia la luz, con los ojos parcialmente abiertos y la mandíbula laxa. Sin conocimiento ya. Sin conciencia. Sin que quedase nada. Sólo la muerte.

Bajo mis pies la alfombra estaba desgastada y cada peldaño traía un olor a moho, a viejo, a cerrado. Tal y como era mi costumbre desde hacía mucho tiempo, salté por encima del peldaño desvencijado y calculé, como lo habría hecho un niño, la distancia hasta el descansillo.

Cuatro peldaños más para llegar. Después tres, dos, uno y ya estaría allí. La puerta se encontraba tres metros más allá. No me apresuré. No tenía prisa por ver qué aspecto tendría muerto.

Así pues, me acerqué despacio y cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, amartillé el revólver del 38. Entonces pensé qué estúpido era todo aquello. Y cómo empezó. En cierto modo, tenía dos puntos de partida, pero el primero era el último y el último el primero. En el último momento, recapacité sobre la simpleza y la tontería de aquella idea.

Empujé la puerta con el cañón del revólver. No necesitaba luz. Una de las linternas de queroseno de la obra de al lado proporcionaba un resplandor naranja pálido, suficiente para alumbrar. Estaba tendido en una vieja silla desvencijada, el humo del cigarrillo iba a la deriva perezosamente desde su boca.

—Hola, Larry.

Ese al que llamaban Jefe Caballo Loco, mi propio hermano mellizo, al que creía muerto hacía mucho tiempo, se volvió y me miró con esa sonrisa salvaje que siempre mostraba y dijo:

—Me preguntaba cuándo vendrías, Joe.

—Aquí estoy.

—Qué pena.

—¿Tú crees?

Apuró la colilla y arrojó los restos por el suelo.

—Te estás ocupando del caso, ¿verdad?

—Eso es.

Era una afirmación, no una pregunta. Me miró y se encogió de hombros.

—Lo deberías haber sabido antes.

—Me hubiera gustado.

Me detuve y le miré fijamente, veía mi propia cara reflejada. Mientras no se moviera, ni hablase, era yo mismo, físicamente no había diferencia, bueno, quizá un poco, pero el tiempo había influido de forma diferente en los dos. Sólo mentalmente éramos distintos y nos separaba una gran distancia.

Jefe Caballo Loco. Era un nombre acertado. No era fácil de aceptar, pero era verdad. Estaba loco. Siempre lo estuvo.

—¿Por qué, Larry?

—¿Cambiaría algo el saberlo?

—Quizá.

Sonrió de nuevo y se estiró:

—Escucha, hermano mío, tú tienes tus métodos y yo los míos. Todavía somos hermanos, ¿verdad? Como decía, te estás encargando de un caso.

—No me has respondido, Larry.

—Joe…, déjalo. Pretendes que diga el porqué, ¿de qué?

—Empieza desde el principio, Larry, ¿o lo hago yo por ti?

—Oigamos tu versión, hermano. Tú siempre fuiste el listo. Te

morías por hacer de policía y ahora lo estás haciendo de verdad. Así pues, cuéntame. Me gustaría oírte.

El revólver estaba más caliente, casi demasiado caliente para sujetarlo. Era algo vivo en mi mano, a mi lado, apuntando hacia abajo.

—Siempre te gustó la vida salvaje, Larry.

—Es cierto. ¿Quién quiere ser un patán? ¿Crees que podría quedarme aquí como esos otros de ahí fuera? Mira, quería algo más que eso.

—Había otras formas de conseguirlo.

—No para mí, hermanito. Después del Ejército me moví bastante. No era de los que buscan empleo. Además, no me iba esa rutina de ocho a cinco.

Volvió a sonreír como si yo entendiera.

—Pero no me has contado tu versión, Joe.

—Imaginemos que empieza antes de Montreal.

—¡Adelante!

—Tratas de hacer un trabajo en un pequeño banco y fracasas. No estabas con la gente apropiada y entonces descubriste el asunto de Montreal y le quitaste el dinero al conductor que lo llevaba.

—Muy bien, chico, pero no fui yo quien echó a perder el trabajo. Fue el idiota que venía conmigo, que le entró miedo. Debió disparar a los policías.

No le hice caso, y continué:

—Viniste aquí, a casa, para esconderte como un salmón sube río arriba para reproducirse donde nació.

Frunció el ceño durante un segundo tratando de entender la analogía, después rompió a reír y me miró:

—Se te dan bien las palabras, chico.

—¿Por qué, Larry?

—¿Dónde si no?, me pareció bastante bueno. Había salido de Papa Jones. Nunca imaginé que ese viejo idiota pudiera reconocerme, pero supongo que lo hizo. Después René me reconoció y no pude evitarlo —miró al techo distraídamente—. Ese cerdo trató de sacarme la pasta. Lo que me sorprendió fue que creyese que yo no sabía que iba a hacerlo. No iba a pelearme a puñetazos. Eso no era suficiente, Noisy Stuccio iba a intentarlo con el respaldo de Hymie.

Larry me miró, y añadió:

—Murieron limpiamente. Muy limpiamente.

—Doug Kitchen no.

—¿Y qué?… era peligroso que hablara. Nadie más sabía que yo andaba por aquí.

—Al Reese, sí.

Larry gruñó, su boca sonrió burlonamente:

—Ese canalla. Claro, René le avisó para tener protección, y Reese iba a liquidarme por un puñado de dinero, pero recibió un buen golpe. Un golpe definitivo.

Se retorció en la silla y se sentó sobre la pierna, su cara era totalmente inexpresiva. Para él seguía siendo un juego. Un juego en la terraza que terminaría cuando quisieran hacer las paces.

—Diablos, Joe, me hubiera cogido tarde o temprano, sólo que no sabía dónde estaba. Quizá se lo imaginó, lo mismo que tú, pero me encontró. Si hubiese tenido una oportunidad me habría liquidado, pero de esa forma no conseguiría el dinero. Así que se sentó aquí y charló conmigo…, trató de ablandarme, pagando mi parte con una fulana llamada Paula Lees.

—Y tú fijaste una cita.

—Claro, ¿por qué no? Sabía lo que me estaba preparando. ¿Crees que no sabía que la banda tenía hombres en el barrio? Diablos, hermanito, los había visto. Sabía que se había corrido la voz. Lo que no podía imaginar es cómo obtuvieron la información.

—No eres tan difícil de descifrar, Larry.

Volvió a fruncir el ceño, arrugó la boca como si lo estuviera pensando.

—Maldita sea —dijo.

—Sabías que yo estaba aquí, ¿verdad?

Sonrió inmediatamente de forma que la conversación se apaciguó:

—Claro que sí, te vi una vez fuera, mirando hacia arriba, cuando estabas con la pequeña Giggie. Ahora es una tía estupenda.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

Se encogió de hombros afectadamente:

—Claro que sí. Los policías y los ladrones van juntos. Este es también tu barrio, hermanito. Por eso te llamaron, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Cuál es la queja?, ¿quién ha muerto?, ¿crees que alguien

echará de menos a esos desgraciados?

—Ese no es el problema, Larry.

—¡Bobadas!

—¿Dónde está el dinero?

Sonrió lentamente como si lo hubiera dicho en broma.

—¿También tú quieres tu parte?

—No quiero nada en absoluto.

—¿No? Bueno, está donde nadie podrá encontrarlo, hermanito.

—¿Qué te apuestas?

El tono con que lo dije le impresionó y se quedó rígido en la silla.

—¿En qué estás pensando, Joe?

—Nunca cambiarás, Larry. En algunas cosas no cambiarás nunca. Como tú, he vuelto hasta donde todo empezó, tienes las mismas manías. ¿Quieres que te diga dónde está? En el mismo sitio que usaste siempre para esconder cosas cuando eras niño, en el hueco debajo de las escaleras que descubrimos juntos cuando teníamos diez años. Crees que no me acuerdo, pero podría llevarte hasta allí mismo y levantar los tablones y enseñarte lo que tengas escondido. ¿Un par de maletas tal vez?

Sus dedos se agarraron a los brazos de la silla y se hundían en el enguatado. El único secreto que había guardado tan celosamente ya no era un secreto y se desmoronaba ante mis ojos.

—¡Maldito seas!

—Hemos terminado, Larry. Vayamos por las buenas, ¿de acuerdo?

—Tú…, mi hermano…, vas a intentar…

—Larry, tú intentaste matarme antes. No te importó que fuera o no tu hermano.

Su voz surgió fría y apagada. Me sonó del mismo modo en que debió sonarles a René, a Stuccio y a los otros. Me preguntaba si habría lanzado ese chillido de indio salvaje con ellos como lo hizo con Doug Kitchen, tal y como lo oyó Paula Lees. Ese pequeño detalle fue el que me estuvo preocupando. Ese grito. Solía hacerlo cuando jugábamos a los indios. *Debí adivinarlo entonces*.

—Deberías haberte ocupado de tus problemas —dijo.

—Eso he hecho, Larry —repliqué suavemente.

En ese momento no se parecía a mí. Por un segundo dejó de tener mi cara. Era otra persona, alguien a quien no conocía y no conocería nunca. Era la cara que habían visto las víctimas, la cara que torturó a Paula Lees hasta que se rindió y que ahora me estaba mirando a mí.

—Me voy, Joe.

—Conmigo.

—Sin ti. Solo. Siempre he estado solo.

Antes de que pronunciara esas palabras sabía lo que iba a suceder.

—Había olvidado una cosa, *Jefe Caballo Loco* —dije—. Estás realmente loco.

Su mano se movió rápidamente hacia el revólver, el asesino profesional iba a actuar lo que mejor sabía. Pero olvidó el viejo axioma de no intentar disparar a un hombre que ya tiene el revólver en la mano.

Mi propio entrenamiento me hizo reaccionar instintivamente ante su intento, empuñé el 38 y percibí un punto pequeño, azulado en medio de su frente, empujando su cabeza hacia atrás con un espasmo. Muy lentamente, mi hermano mellizo me apuntó y cayó sobre la silla.

Muy despacio, la cara del hombre que no conocía se convirtió en la cara del que conocía muy bien, relajada en la profundidad de la muerte.

Fuera, la lluvia era algo purificador. Había una mujer esperándome. Había gente a la que decir que el terror estaba vencido. Pero iba a necesitar mucha lluvia y mucho de esa mujer para olvidar al recuerdo de esta noche.

Todo llegaría.

Volví donde empecé, di la espalda a todo y caminé hacia donde me esperaba el futuro.

UN HOMBRE SOLO

1

Salí del sótano a la esquina de la calle y me detuve mientras la lluvia me caía en la cara. Hacía frío y soplaba un viento fuerte, pero resultaba agradable. Traía un olor fresco y limpio, las gotas de agua que me resbalaban por el cuello me daban la sensación de ser algo vivo.

Detrás de mí el hombrecillo gritó desde la puerta del sótano:

—¡Hasta pronto!

Y me saludó agitando la mano amistosamente.

Le guiñé un ojo:

—Gracias, Mutt.

—Vuelve cuando quieras —dijo, y cerró la puerta.

Al otro lado de la calle un taxi dejaba un viajero, silbé y el taxista hizo un signo de asentimiento, dio la vuelta girando espectacularmente, me abrió la puerta y arrancó de la misma forma.

El público salía del Tribunal de lo criminal; en frente, los fotógrafos sostenían las cámaras bajo los abrigos, mientras gritaban y hacían señas a los coches de la prensa, que esperaban aparcados, para alertarles. Detrás de ellos estaban los buitres que hacían siempre de espectadores; por su cloquear atropellado podría decirse que hoy estaban enfadados por no tener nada con que alimentarse.

El taxista trataba de enterarse de lo que ocurría, volvió la cabeza y me preguntó:

—¿Ha estado en el juicio, colega?

Me arrellané en el asiento y miré al techo:

—Estuve allí.

—¿Le van a sentar?

—Por esta vez no —bajé del todo la ventanilla para oler de nuevo el aire fresco—. Lléveme a la Sexta, esquina a la Cuarenta y nueve.

El taxista pareció estirarse para mirarme a través del retrovisor; cuando habló, su voz sonó casi como un grito:

—¿Qué?

—A la Sexta con la Cuarenta y nueve —repetí.

El conductor negó con la cabeza:

—No…, me refiero al juicio. ¿Qué había dicho?

—Ya me has oído.

—Sí, pero ¿se ha declarado culpable o inocente? ¿O se lo han rebajado a segundo grado?

—Nada de eso, amigo.

El taxista se estiró otra vez, tratando de mirarme a los ojos, pero estaba demasiado oscuro y el retrovisor era muy pequeño. Se impacientó:

—Bueno, colega, ¿qué pasa? Esta última semana no se ha hablado más que sobre el juicio. Periódicos. Radio. Televisión. Todos los clientes que he llevado discutían sobre ello. Así pues, ¿qué ha ocurrido? ¿Se ha librado o qué?

Esperé un segundo antes de decir tranquilamente:

—Puedes llamarlo así.

—¡Compañero! —su voz tenía un cierto grado de asombro.

—El veredicto del jurado ha sido inocente.

Esta vez silbó entre dientes.

—¡Compañero! —repitió a media voz.

—¿No le parece bien?

Con el típico desdén de los neoyorquinos por lo que ya ha dejado de ser noticia, se encogió de hombros y se llevó un cigarrillo a la boca:

—Bueno, ¿a quién le importa? No entiendo cómo lo han resuelto, eso es todo.

—¿No? —esperé un segundo y añadí—: ¿Por qué?

Levantó un hombro y el gesto fue muy explícito:

—Mire, el tipo es un policía que se suponía iba tras un pez gordo y recibiría una recompensa cuando le atrapase. Le encuentran un montón de dinero encima, entonces le suspenden de su empleo en el departamento, y mientras dura la investigación organiza un buen jaleo descubriendo quién fue el tipo que le metió en ese lío.

—¿Y qué?

—Dejó a todos sorprendidos porque liquidó al tipo que estaba a punto de empapelar legalmente. Seguro que atrapó uno gordo a quien llevar a la silla eléctrica.

—¿Lo hizo? ¿Tú crees?

—Escuche, ese Leo Marcus era un verdadero pez gordo. Recibió seis balas en la jeta y por toda la cabeza. Se quedó sin cara.

El taxi se ladeó al adelantar a un camión, se paró en seco ante un semáforo rojo y esperó impacientemente. El conductor ajustó el retrovisor de forma que pudiera verme un poco mejor y estuvo dando caladas a su cigarrillo hasta que el taxi se llenó de humo.

—Aunque no puedo entenderlo del todo. El caso estaba ya cerrado.

—¿Lo estaba? —dije con absoluta frialdad.

—Pues claro. Le cogieron en el lugar del crimen, con el revólver, la tripa llena de alcohol, testigos de esa carnicería y buenos testigos además. ¿Cómo se libró de esto?

—El jurado le declaró inocente.

—Vaya, vaya. Apuesto que el juez dejó molido al jurado. Es como si lo hubiera estado oyendo.

—Les hizo pedazos.

Entonces el conductor se empezó a reír un poco:

—Ya entiendo su punto de vista. Quiero decir del jurado. Seguro, hasta puedo entenderles. Y, ¿sabe?, ¡me importa un comino! Ese Marcus me quitó parte de las ganancias cuando se encargaba de la mafia que controlaba la «protección» de los taxis. Sí, ahora entiendo claramente su punto de vista —sonrió a través del espejo—. ¿Usted también?

Me acurruqué en el rincón, fuera del alcance de su vista:

—Usted lo ha dicho.

—Se creen que han hecho un servicio público. Tan bueno que dejaron un policía asesino suelto, en libertad. Así que ahora le dejan que liquide a los que quedan.

Cerré la ventanilla para que no entrase la lluvia, me incliné hacia delante y le di un billete.

—Me bajo aquí.

—Pero usted dijo…

—Aquí está bien.

El taxista cogió el billete con los dedos, a tientas, cuando se acercó al bordillo, bajó la bandera e hizo sonar los veinticinco centavos de cambio en la caja. Se volvió para darme el cambio. Algo le ocurrió a su cara de repente, pareció asombrado y le faltó aliento para decir:

—Usted es Regan.
—Eso es. El policía asesino.
—Diablos, colega…
—Olvídelo. Quédese con el cambio.

Caminé tres manzanas hacia el norte, inclinándome contra la lluvia que caía oblicuamente. En la Cuarenta y nueve torcí hacia el este, hasta que llegué al Donninger. No era un gran sitio; algunos platos especiales y buenas bebidas, pero se caracterizaba por ser un lugar donde recoger informaciones y por tener un teléfono en cada mesa.

Todavía era muy temprano para los clientes que iban a cenar, pero los habituales de los periódicos sensacionalistas estaban en el bar, en fila, maldiciendo a los redactores jefes y a los comentaristas políticos.

Las noticias de mañana eran las verdaderamente importantes, no las de hoy. Las de hoy ya se habían redactado y enterrado en tinta, impresas en ataúdes de papel limpio, para ser entregadas al cortejo de lectores que las seguirían con avidez. Sólo las noticias de mañana, aún por publicar, eran las importantes.

Entré detrás de ellos, sacudiendo el agua del ala de mi sombrero, entrecerrando los ojos hasta que me acostumbré a la fría curiosidad del lugar. Jerry Nolan estaba en la mesa más alejada, encorvado sobre un plato de espaguetis y un periódico de la tarde en la mano. Busqué a su socio, Al Argenio, pero no le vi.

—¿Qué hay, Jerry? —dije.

Ni siquiera me miró:

—Eres veneno, Regan.

—¿Eso es oficial o personal?

Frunció el ceño, se echó hacia atrás y me miró, su cara tenía la marca de su oficio. *Sargento Nolan, sección de investigación. La ley. No hay nada más importante que la ley*. Señaló con el periódico la silla que había enfrente de él.

—Siéntate, Regan.

—Gracias.

—No pretendo ser amable. Tenemos que aclarar algunas cosas.

—Eso es lo que se va a hacer.

—Ya —estrechó los ojos—. No sé cómo, pero se hará.

Esbocé una sonrisa. Me costó trabajo, pero al fin pude sonreírle.

—No hagas el payaso por eso, Regan. No es ninguna broma.

Ese malestar que durante tanto tiempo había sufrido parecía abandonarme, era como librarme lentamente de una dolorosa tensión, aunque aún no me sentía totalmente aliviado.

—No es cierto, Jerry. Sí, se trata de una broma. Una maldita broma. En este caso, el departamento no se molesta en presionar para que se abra una investigación sobre la corrupción, porque los jefes creen que estoy chiflado. Para ellos era hombre muerto —sonreí aún más—. Ahora una acusación parecería ridícula. Tendrían que decir que cogí un dinero que me llevó a cometer un homicidio, cosa que nunca ocurrió. Los periódicos hablarán de esto.

—Quizá.

—¿Tú qué crees, Jerry? ¿Opinas que el jurado ha cometido un error?

Sabía lo que estaba deseando decir, pero era demasiado policía, sentía demasiado respeto por «la Justicia» para hablar de ello. Golpeaba con el periódico en el borde de la mesa, con un ritmo monótono:

—No tengo nada en contra del jurado. Tú lo sabes.

—¿También el juez les ha criticado?

—Así es.

—Entonces, ¿crees que el jurado ha cometido un error?

—Así es.

Me apoyé en los brazos y le miré a través de la mesa.

—¿Por qué crees que el jurado pronunció ese veredicto?

Volvió a fruncir el ceño:

—No lo sé.

—Entonces, ¡adivínalo!

Sus ojos se deslizaron por mi brazo hasta encontrarse con los míos:

—Tuviste un buen abogado, Regan. Tocó todos los registros. A pesar de todas las pruebas indiscutibles en tu contra, el jurado no pudo imaginarte matando a tiros a Marcus. Prefirieron creer a cuatro testigos serios, honorables, un experto en balística, un experto en huellas, un informe de laboratorio sobre tu estado de sobriedad y otros datos, como una prueba de parafina y una declaración jurada de un taxista que te llevó desde un bar a la casa

de Marcus, borracho, y vociferando, diciendo que ibas a matar al tipo que tenía la culpa de que te hubieran echado de la Policía. Estupendo, ¿verdad?

—Has olvidado algo, Jerry.

—¿Como qué?

—Tal vez pensaron que yo tenía razón Su boca expresó un cinismo frío:

—Claro. Quizá creyeron también que en medio de tu borrachera no te enteraste de nada, hasta que te despertaste en una celda un día y medio después. Lo siento, Regan, pero creo que el jurado se ha pronunciado basándose en factores morales dudosos. Marcus tenía varias condenas anteriores, fue juzgado y absuelto dos veces acusado de asesinato, ha sido acusado de tráfico de drogas y cuando murió iba a ser juzgado por evasión de impuestos. De alguna forma, utilizando este razonamiento, doce personas supuestamente inteligentes, decidieron que, después de todo, eras un verdadero caballero andante y que realmente se necesitaba matar al dragón y te dejaron volver a la mesa redonda con la conciencia limpia.

—Muy bien, Jerry, piensa lo que quieras. Pero dime esto, ¿crees de verdad que yo lo maté?

—Eso creo, Regan. Podrías haberlo hecho. Eres capaz. No me hubiera sorprendido. Ni siquiera un poco.

—Bueno, una pregunta más, crees que le quité el dinero a Marcus para ocultar pruebas, ¿verdad?

El ceño fruncido desapareció al momento de su cara.

—Si lo creyera no estaría hablando contigo ahora —golpeó en la mesa con la palma de la mano—. Pero sigues siendo veneno aun después de la investigación.

—Investigación, ¡un cuerno! ¿Iba a llamar como testigo a Marcus? Todo lo que tenían era su denuncia y cinco de los grandes que tu socio dijo haber encontrado en mi habitación.

—Allí los encontró —dijo Nolan con tranquilidad.

—Y a quién le preocupa. Era una trampa. ¿Sabes lo que voy a hacer, Jerry?, voy a reclamar ese dinero. Si no pueden probar que esa pasta era de Marcus y que no se la robé, van a devolvérmela en bandeja. De una forma o de otra voy a descubrir algo.

Jerry palpó el paquete de cigarrillos en su bolsillo y sacó uno:

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso?

—No exactamente —le acerqué una cerilla al cigarrillo—. Me tendieron una trampa, por alguna razón. Fue un trabajo esmerado. No sé por qué o cómo, pero me tendieron una trampa. Estoy completamente seguro.

—Eso dicen todos los de Sing Sing [6] .

—Pero no están fuera para probarlo.

—Continúa.

—Voy a aclarar esto. Alguien va a terminar muerto.

—Ya no eres policía, Regan.

—Tú, sí.

—Ahora mismo no estoy disparando a nadie. Estás loco. Estás totalmente ido. Cuatro meses detenido y estás totalmente atontado. ¿Qué ideas tienes en la cabeza, para decir que vas a salir y matar a alguien? Eso son bobadas.

Le sonreí:

—Sí…, ya hay alguien muerto, Marcus. Alguien me acusó del asesinato y ahora el asesino anda suelto.

—El departamento se encargará de eso.

—Ya. Me han colgado la etiqueta de asesino con suerte, y esto es todo. No buscarán a nadie más.

—¿Qué quieres de mí, Regan?

—Una pequeña información, eso es todo. Los detalles que nunca atravesaron las paredes de mi celda.

—¿Como qué?

—Más tarde lo pensaré. ¿La compañía de taxis ha sustituido al taxista que me llevó a casa de Marcus?

Rápidamente lo recordó y dijo:

—¿Guy Rivera? No, todavía trabaja en la parada del *Clímax*, donde te pusiste como una cuba.

Le miré, sonreí un poco más y me levanté.

Nolan dijo desconcertado:

—¿Eso es todo?

—Por ahora. Saluda a Argenio de mi parte.

Jerry me miró al pasar y, en voz alta y con una especie de gruñido, dijo:

—No te preocupes. No te metas en líos.

Guardé un poco de mi sonrisa para Al, una sonrisa amable y abierta, y dije:

—¡Qué hay, idiota!

Se le tensaron los músculos de la cara y del cuello, pero eso fue todo:

—¿Quieres que te saque de aquí, Regan?

Me sentía demasiado seguro y era evidente.

—¿Recuerdas la última vez que lo intentaste? —pregunté.

Su cuello se tensó de nuevo y no dijo nada, pero yo sabía que lo recordaba muy bien. Esperé lo suficiente para que pudiera intentarlo una vez más si le apetecía; como no lo hizo, dije «hasta luego» a Jerry y me marché.

Bajé del metro de la Sexta Avenida en Sheridan Square y caminé otra vez bajo la lluvia. El frescor había desaparecido y la llovizna espesa parecía condensar todos los olores del ajetreo diario de la gran ciudad. Las calles tenían un aspecto mugriento, a duras penas reflejaban las pocas luces que aún brillaban en el Village a esa hora. Me subí el cuello de la gabardina, crucé la calle y me dirigí hacia el *Clímax*.

En tiempos fue un lugar espléndido, allí empezaron su carrera dos grandes trompetas y el saxo más cálido del mundo. Ahora, todo estaba muerto y, con los recuerdos, los turistas habían inventado leyendas y se habían propuesto mantener en funcionamiento un buen bar.

Pasé de largo hasta la parada de la esquina, donde tres taxis esperaban junto a la acera pacientemente. Di un codazo al primero de ellos para despertarle. Volvió en sí con una sonrisa somnolienta y se dispuso a abrir la puerta de atrás.

—Gracias, no se moleste, estoy buscando a Guy Rivera. ¿Está aquí?

Se reincorporó en el asiento y se frotó los ojos:

—¿Guy? Ah…, sí —señaló con el pulgar por encima del hombro —. Es el último de la fila. Un tipo pequeño.

Le puse un dólar en la mano:

—Tome, siga durmiendo.

Me sonrió y se metió el dólar en el bolsillo de la camisa.

Guy Rivera tenía la cabeza agachada, leyendo las páginas de pasatiempos de un periódico a la luz de la pequeña bombilla

situada debajo del salpicadero y que se utilizaba para mirar el plano.

—Rivera…

Levantó la cabeza, entrecerró los ojos tratando de verme la cara:

—¿Sí?

Me moví hacia la luz, y cuando me vio, en torno a su boca se formaron pequeñas arrugas:

—Mire, señor Regan…

—No se ponga nervioso, Guy. No voy tras de usted. ¿Tiene inconveniente si me siento en el taxi?

Negó con la cabeza, pero permaneció en silencio. Abrí la puerta, me subí y me recosté en el asiento.

—¿Sabe por qué estoy aquí?

Se humedeció los labios con la lengua y tosió en la mano:

—Mire, sabe lo que dije en el juicio. Bueno, lo dije, y ya está. ¿Qué podía hacer?

—No estuvo más de diez minutos en el estrado, Rivera. Declaró que me cogió aquí y me llevó a casa de Marcus y durante el trayecto estuve divagando sobre matar a alguien. Ni siquiera le volvieron a interrogar para comprobar lo que había declarado.

Rivera tosió otra vez y asintió bruscamente:

—Y es la verdad. ¿Qué pensó que podía decir? ¡Diablos!, Regan, por qué se mete conmigo ahora, le han dejado libre…

—Ya le he dicho que no iba tras de usted.

—Entonces, ¿qué quiere de mí?

—Un par de cosillas que no salieron en el juicio. Me gustaría preguntárselas ahora.

—Muy bien.

—¿Recuerda todo lo que pasó?

—¿Cómo espera que lo olvide? Le llevé a usted desde aquí, así que…

—Déjelo. Empecemos desde el principio. ¿Dónde estaba usted cuando entré en el taxi?

—Estaba el primero en la fila. Chick y Dooley estaban justo detrás de mí.

—¿Y yo salí y entré en el taxi?

—Sí.

—Se supone que estaba muy borracho.

Se movió nervioso en el asiento y tiró de la palanca de cambios:

—Bueno, usted entró. El local estaba cerrando. Usted no fue el único borracho que salió.

—Piénselo, Guy. ¿Quién me metió en el taxi?

—¡Yo qué sé, diablos!, ya sabe cómo son estas cosas. Hay borrachos por todas partes. Siempre hay alguien que les echa una mano para entrar. Siempre es así.

—Nunca estuve tan borracho, amigo. ¿Quién me ayudó?

Empujó la palanca y dio la vuelta. La preocupación y el temor dibujaban finas arrugas en sus mejillas carnosas, y pequeñas gotas de sudor le humedecían la frente:

—No quiero problemas, señor Regan.

—No los tendrás.

—Bueno… No me dejaron decir nada en el juicio. Sólo me hicieron unas cuantas preguntas. Pero cuando… ocurrió, no dejé de pensar en ello, estuve tan cerca. Demonios, lo habría podido evitar si lo hubiese sabido. Usted salió de allí con un grupo de gente, pero fue una joven quien le metió en el taxi.

—¿Una joven?

—Sí, aunque no vi bien su cara, porque no estaba mirando. Pero era pelirroja. No parecía teñida. Lo único que recuerdo es su bolso; al principio creí que era la funda de unos prismáticos, después lo abrió y sacó un paquete de cigarrillos y me di cuenta de que era un bolso. Tenía una B dorada en un lado. Mientras usted entraba le preguntó si todavía quería ver a esa rata y saber cómo se llamaba. Entonces fue cuando usted empezó a hablar entre dientes de Leo Marcus y de que le buscaba. Ella preguntó dónde vivía él y usted se lo dijo. Al principio de Hight Street. Era una casa grande de ladrillo. Ella le hizo pagar por adelantado con un billete de cinco dólares, así que le llevé allí y durante todo el tiempo estuvo hablando de ese Marcus.

—¿Por qué no se negó a llevarme, Guy?

—Ah, eran palabras de borracho, señor Regan. Ya sabe cómo son. Tipos que van hablando solos. A veces es peor decir que no. Te crean problemas. De todas formas le llevé.

—¿Justo hasta la puerta?

Rivera hizo una mueca:

—No, hasta la esquina. Salió y se quedó allí de pie. Yo me

largué.

—¿Estaba en bastante mal estado?

—Los he visto peores. Aunque no a menudo.

—Rivera…, hay una empinada escalinata de piedra hasta el portal de la casa de Marcus. ¿Cree que estaba en condiciones de subirla?

Contrajo la cara y se encorvó incómodamente:

—Es posible que no estuviera tan mal después de todo. A veces…

—No le he preguntado eso.

No dijo nada durante unos segundos, después, en voz baja:

—No —se dio la vuelta en su asiento y me lanzó una mirada penetrante—. ¿Usted sabe lo que me está buscando, señor Regan?

—¿Qué?

—Le he dicho que estaba tan borracho que no se enteraba de nada. Cómo pudo dar seis balazos en la cabeza a un tipo, es algo que no puedo entender.

—Tampoco yo puedo entenderlo.

—¿Qué va a hacer ahora, señor Regan?

—Encontrar a la chica.

—Le diré algo.

—¿Qué?

—No la he vuelto a ver.

—Dijo que no le había visto la cara.

—Ya lo sé, pero conozco a las pelirrojas que pasan por este antro. A ésa no la conocía.

—¿Seguirá mirando?

—Claro. Mientras no me meta en líos.

—No se preocupe.

Me estaba sacando un billete del bolsillo, pero movió la mano rechazándolo:

—Esto es entre amigos.

—Muy bien, si quiere algo llámeme al Donninger. ¿Sabe dónde está?

—Lo sé.

—Y gracias, Rivera.

—No hay de qué.

El barman del *Clímax* llevaba cosido sobre la chaqueta blanca un rótulo, en el que se leía «RALPH» en rojo. Era un individuo pequeño, muy activo, con el sello de la profesionalidad. No me vio entrar, pero sintió mi presencia tras él y se volvió con una sonrisa obsequiosa.

La sonrisa duró tan solo un segundo, después asintió fríamente y dijo:

—Buenas tardes, señor Regan.

—Hola, Ralph.

Esperó que pidiera la consumición:

—Una cerveza de jengibre grande.

La preparó, sus ojos se mostraban cautelosos, me trajo el cambio y se alejó.

—Ven aquí, amigo.

Se volvió con el ceño fruncido:

—No tengo nada que decirle, amigo, nada. ¡Déjeme en paz o llamo al coche patrulla!

Le miré largo rato. Demasiado para él. Casi dejó caer un vaso que estaba secando.

—Eso no estaría bien, amigo.

Torció la boca y dijo de mala gana:

—Muy bien, ¿qué es lo que quiere?

—Hablar.

—Ya oyó todo lo que tenía que decir.

—Fue otro quien hizo las preguntas.

—Bueno, no tengo nada más…

—Digamos que quiero una opinión, ¿eh? —le corté.

Ralph echó una ojeada alrededor, intranquilo, pero no había nadie más en el bar.

—¿Sobre qué?

—¿Recuerda todo sobre la noche que estuve aquí?

Se encogió de hombros y frunció el ceño:

—Le recuerdo cogiendo una buena borrachera.

—No tanto.

—¿Qué dice?, le vi…

—Me vio borracho, pero no emborrachándome. Hay una diferencia. ¿Recuerda lo que me sirvió en el bar?

—Claro. Se tomó un par de *whiskies* y una cerveza de jengibre.

Le reconocí por las fotos de los periódicos.

—Un par de bebidas no me pudieron emborrachar, viejo. Llegué aquí sobrio, ¿lo recuerda?

A Ralph no le gustaba nada lo que estaba insinuando.

—Declaró que estuve bebiendo durante tres horas, hasta que se cerró el local. Sin embargo, lo único que me vio tomar fueron dos tragos.

—Escuche, señor Regan, trabajo con borrachos, cuando veo uno lo sé…

—¿Cómo pude emborracharme tanto, amigo?

Se puso rojo de repente y aparecieron tensas arrugas en su cuello. Soltó como un silbido:

—Si cree que le eché algo en la bebida, amigo. Está loco. Verdaderamente loco. Usted…

—Volví a la mesa —dije suavemente—. Estuve sentado con Stan The Pencil. Le hice preguntas y él contestó algunas. Me llevó a otra mesa y me presentó a un par de personajes del lugar.

—Estuvo con Popeye Lewis y Edna Rells. Artistas. Puedo…

—Sé quiénes eran, amigo —dejé de hablar un momento—. ¿Quién sirvió esa mesa?

—Spud. Esa es su sección. Pero no piense que él le echó algo, señor Regan. Ese viejo lleva aquí diez años y ha trabajado en este barrio toda su vida. Es absolutamente honrado.

Sonreí ante su lealtad. Parecía algo fuera de lugar en un bar como ése.

—Sólo por curiosidad, Ralph. Por curiosidad. ¿Recuerda si alguna pelirroja se acercó a la mesa?

Se encogió de hombros:

—¿Quién se fija en las pelirrojas? Las hay a porrillo.

—Una me ayudó a entrar en el taxi. Era nueva aquí.

—Si no bebió nada en el bar, no la recuerdo.

—Pregúntele a Spud.

Movió la cabeza algo molesto, fue hasta el final de la barra, echó un vistazo a la habitación del fondo e hizo una señal con la mano. Un minuto más tarde, un camarero de cabellos grises, con un *smoking* desgastado de tantos planchados como tenía encima, se acercó, sonrió y se quedó como esperando pacientemente una queja o un cumplido. Al mirarme por segunda vez me reconoció y miró a

Ralph como pidiendo explicaciones. El barman se encogió de hombros y me señaló con el pulgar.

—¿Se acuerda de mí, Spud?

—Sí, señor.

—¿Recuerda la reunión de aquella noche?

Hizo un pequeño gesto con los hombros.

—Recuerdo algo. En todas las mesas había una reunión esa noche.

—Pero tiene razones para recordar esa, Spud. Con tanta publicidad y habiendo comenzado aquí mismo, apuesto a que ha vuelto a pensar en ello muchas veces —acabé y me quedé esperando, movió los pies nervioso.

—Lo he pensado algo —admitió por fin.

—¿Quién estaba en el grupo?

Me dedicó una mirada vacía, pensativa.

—Popeye, Edna; después Miles Henry se acercó hasta ellos con dos cuadros de Popeye que compró el jefe y luego un montón de gente se acercó para ver los cuadros.

—Recuerdo la obra de arte. Me parece que es lo último que recuerdo.

El viejo no me creyó. Entrecerró los ojos y su cara reflejó el cinismo acumulado con los años.

—¿Recuerda si entonces estaba sobrio o borracho?

—Señor, no presté atención a cómo estaba nadie. En este negocio nadie se vuelve más sobrio con cada trago, sino más borracho. Sé que ocurre así, pero no le presto atención; además, cuando veo escenas de beodos atropellando a la gente con los coches o disparando a sus hijos en la cama, debería empezar a beber también, porque, en parte, es culpa mía. Así que sobre usted no recuerdo nada. Más tarde me sorprendió verle tan transformado, porque era un borracho tranquilo y cuando se llega a esa etapa se debe estar al acecho, porque la mecha está encendida y con poco más se empieza a vociferar. He tenido algunos que la han tomado conmigo estando así, y ya no me sorprende. Claro que le recuerdo, entonces y después, porque no se tenía en pie no podía caminar y todos se reían.

Fue casi un discurso. Lo repasé mentalmente antes de preguntar:

—¿Quiénes eran todos?

De nuevo movió los hombros evasivamente:

—Había mucha gente en la mesa.

—¿Los conocía?

—No. *Stand The Pencil* había ido a beber con los otros grupos; Popeye y Edna se quedaron con el jefe el resto de la noche. Había un grupo de desconocidos con usted. Así es como ocurre. Reuniones, siempre reuniones.

—¿Quién liquidó la cuenta?

—Pagaron por rondas. Todos tenían dinero sobre la mesa. Usted también.

—¿Recuerda alguna pelirroja en el grupo? Llevaba un bolso que parecía el estuche de unos prismáticos.

—Sí, sí.

No le interrumpí. Le dejé concluir:

—Una mujer estupenda, estaba pendiente de usted. Le sacó fuera de aquí cuando cerramos.

Me dio un vuelco el corazón, tenía la boca seca y dije con serenidad:

—¿Quién era?

Entonces la tensión que sentía se convirtió en una blasfemia inaudible, porque me respondió encogiéndose de hombros otra vez:

—No sé, una chica.

Saqué cuatro dólares del bolsillo y los repartí entre los dos.

—Gracias. Si la vuelve a ver por aquí, avíseme. Estoy en deuda.

Ralph asintió. Spud se quedó pensativo un momento, con los dos dólares en la mano, me miró decididamente:

—Señor Regan…

—¿Qué?

—No creo que pudiera haber matado a ese tipo.

—¿Por qué no?

—Toda mi vida he trabajado con borrachos. Sé lo que pueden llegar a hacer. Aquella noche no le vi en condiciones de matar a nadie.

—Eso es lo que traté de decirles, Spud.

Parecía querer decir algo más, pero no supo cómo. Finalmente añadió:

—He visto muchos policías corruptos, señor Regan. Detesto su arrogancia.

—Continúe.

—¿Le quitó el dinero a Marcus?

—No. Eso estuvo amañado.

Una sonrisa amigable se dibujó en el rostro de Spud.

—¿Qué esperaba que contestara?

—Habría adivinado si mentía o no, señor Regan. Le avisaré si la veo de nuevo.

Se encuentran amigos en sitios extraños, pensé. Le miré mientras se alejaba, salí y caminé hasta el Metro y cogí uno hasta mi apartamento.

2

George Lucas creció en la misma calle que yo, ya estaba decidido a entrar en la banda, pero lo pensó mejor y vio que el precio era demasiado alto. Entonces fue a la escuela y se hizo abogado criminalista. Pero seguía pareciendo un ladrón, y la mitad del tiempo actuaba como tal. Su historial en los tribunales era impresionante. Como abogado, podía ser más astuto y tramposo que el que más, y ganaba los casos sacando de quicio al fiscal.

Entré en su oficina y me sonrió arteramente:

—Me parece que sé por qué has venido.

—¿Por qué?

—No sé, Regan, un presentimiento. Te salió bien el juicio. ¿Cómo pudiste pagar a Selkrik and Selkrik? Son unos abogados muy caros.

Me senté y dejé el sombrero sobre el escritorio.

—Se ofrecieron voluntariamente, Georgie. Monty Selkrik creía deberme un favor. Dejé que me lo devolviera.

—Una vez sacaste a su hijo de un apuro, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—No estaba implicado en nada, fue un intento fallido de chantaje.

—Es bueno tener amigos como ése. Siempre se puede conseguir algo.

Abrió de un golpe la caja de puros y me ofreció uno, dije que no y encendió el suyo.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí hoy, Patrick?

—Algo que tiene que ver contigo.

—Veamos.

—¿Estás familiarizado con el caso?

—Totalmente. Son sucesos de esta ciudad.

—Sí —me retrepé y estiré los pies hacia delante—. Bien, te recordaré que me asignaron el caso de Leo Marcus. Nos llegó el rumor de que estaba reorganizando la mafia de extorsionistas.

George asintió y dio una calada al puro.

—Ya lo había oído. Estaba subiendo puestos.

—Ya había llegado. Llevó a cabo la operación de reorganización por toda la costa atlántica, desde Nueva York hasta la punta de Florida. Montó una cadena de hoteles con el dinero de la organización para utilizar cada uno como sede local y como agencia distribuidora, y lo hizo tan bien que legalmente no se le pudo impedir.

—¡Qué listo! —dijo George—. Sabía cómo hacerlo dentro de la legalidad.

—No lo consiguió del todo. Obtuve una información que pudo haber acabado con todo el asunto. Me llevó ocho semanas preparar un informe completo sobre Leo Marcus, con pruebas sobre su culpabilidad que habrían hecho saltar por los aires la operación. Antes de que acabara la investigación me encontré en un hotel del centro con dos de los comisarios, que podían prepararnos el terreno para acabar con la operación sin necesidad de informar a los periódicos. Esa noche descubrieron lo que había conseguido y se dieron cuenta de lo que significaba.

—¿Fue ése tu error?

—Así es. Supieron lo que había logrado, ya no volví a tener otra oportunidad y me atraparon. Eso hizo que la trampa del dinero diera resultado.

George me señaló con el puro.

—En cuanto al botín…

Me reí de él. Seguía pareciendo de Brooklyn.

—El botín, amigo, eran cinco de los grandes. Una llamada anónima a la oficina central les dijo que les estaba traicionando. Argenio registró mi piso y encontró un paquete de cincuenta billetes de cien dólares, aparentemente escondidos en el armario. Me detuvieron, no pude terminar mi informe, ni responder del dinero. Fue visto y no visto.

—¿Eso es todo?

—Así es.

—¿No tuvieron en consideración tu hoja de servicio?

—Dales una oportunidad. Lo intentaron. Tengo muchos amigos, George.

—Y también enemigos. Sigue…

—Probablemente pude evitar las acusaciones. El segundo error fue perder la cabeza.

—Siempre has sido así, Patrick. Incluso cuando eras niño solía decirte que te lo tomaras con calma. ¿Crees que hacías algún caso? Nada de eso.

—Quería saber quién me había delatado. Llegó a través de Marcus, pero quería saber quién corrió la voz. Estaba tras los chivatos cuando me cogieron.

—¿En qué estado?

—Como si me hubieran echado una droga en la bebida y me hubieran conducido hasta la casa de Marcus.

—Y allí acabó todo —dijo con el puro en la boca.

Asentí.

—Tuviste suerte —dijo—. No siempre se puede prever lo que hará el jurado. Hablaste mucho de ello antes de que asesinaran a Marcus. ¿Sabes cuántos tipos…, todavía policías, te han oído decir que le ibas a dejar con más agujeros que un colador?

—Eso es sólo palabrería. Sabes muy bien cómo son estas cosas.

—Sí, pero están dichas. Los seis tiros en la jeta le derribaron muerto sobre la chimenea, casi estaba medio incinerado cuando os encontraron.

Se arrellanó en la silla, exhalando el humo hacia el techo:

—Hasta que no encontraron el dedo que salió disparado, ni siquiera estaban seguros de que fuera Marcus. Por supuesto, el dentista que llevaron confirmó la identificación, pero, por un momento, estuvieron desconcertados. Demonios, tú…, si *fuiste* tú…, les hiciste a todos un gran favor. Los policías deberían estar contentos.

—No fui yo.

—Tu revólver. Tus huellas. La prueba de la parafina. Estabas totalmente borracho. Amenazaste con hacerlo. Tenías un buen motivo. Es demasiado, Patrick.

—Fue demasiado, ¿recuerdas?

Sonrió y asintió:

—Selkrik es un buen abogado. Bueno, entonces, ¿qué quieres de mí?

—Mis cinco de los grandes. Los confiscaron. Podría haber algún pequeño problema por medio, pero ya que tengo la fama, quiero el

premio. Esos cinco grandes que encontró Argenio son míos, ¿no es así?

La cara de George se volvió radiante.

—Es una idea interesante, Patrick. Apostaste a los caballos, acertaste y ahora recoges el dinero y es tuyo. Creo que se podrá arreglar.

—Entonces, arréglalo. Quien quiera que colocase ese dinero financió su propio funeral.

Se acercó, las pequeñas arrugas de la boca expresaban su preocupación.

—Esto puede apartarte definitivamente del departamento.

—¡Que se vayan al infierno! No tendrán más remedio que reconocer mi inocencia. Pero quiero el dinero.

—Claro, Patrick, te lo conseguiré. ¿Algo más?

—Sí, una cosa más. Represéntame en el juicio del departamento.

—Seguro, pero ¿mientras tanto?

—Ya me conoces, Georgie. No soy juguete de nadie.

—Eso es lo que temo. ¿Estás tramando algo?

—Por ahora no.

—¿Más tarde?

—Si me veo obligado.

—Como decía —repitió—, ¿y mientras tanto?

—Quiero que me devuelvan la placa. Seguramente tratarán de deshacerse de mí enviándome a alguna sección secundaria, así que procura arreglarlo. No molesto a nadie si permanezco en mi antiguo destino. Me portaré bien y no me meteré en líos. De lo contrario, armaré un escándalo. Ya saben de lo que estoy hablando.

—Yo también, chico. El asunto está claro. Te estás buscando un montón de problemas y una muerte rápida.

—¿No es eso lo que siempre he hecho?

—Así es. Eres un blanco maldito y es un misterio que estés todavía vivo.

Cogí el sombrero del escritorio y me lo puse.

—Preocúpate de mí, Georgie.

—Como en los viejos tiempos.

—Ahora tengo quien me defienda. Qué humillación para un policía —le sonreí—. Como en los viejos tiempos…

Jerry Nolan comía todos los sábados en el Vinnie. El menú consistía en sopa de pescado con almejas y tantos colines como pudieras comer, amontonados en el centro de la mesa como un pequeño haz de leña. Vinnie me preparó un plato inmediatamente, y nada más sentarme me lo trajo a la mesa. Le dije hola a Jerry y él respondió con la cabeza. Yo era un personaje raro para él. Normalmente todo era blanco o negro, pero ahora algo era gris y no acababa de acostumbrarse.

—Te has tomado mucho tiempo —le dije.

Se detuvo cuando iba a llevarse a la boca un colín untado en mantequilla:

—¿Qué insinúas?

—Me refiero a tu maldita insistencia sobre el cumplimiento de la ley hasta el final. Como policía, eras un puñetero mojigato.

Su cara pareció tensarse, dio un bocado al colín y se quedó expectante.

—La ley, amigo, probó mi inocencia, ¿recuerdas? Eres el único que siempre estaba protestando a voz en grito sobre la inviolabilidad de la ley. Ahora la ley ha actuado. Estoy limpio. ¡Vamos anda! Como dices a todo el mundo, no te creas más fuerte que la ley y no te niegues a aceptar la sentencia dictada.

Enrojeció hasta el cuello y se inclinó sobre el plato. Levantó los ojos un momento y asintió, tratando de adoptar una sonrisa de autosuficiencia.

—Está bien.

Eso es todo lo que dijo, y sentí que volvía la calma. Nolan era un tipo extraño, un policía muy duro, pero honrado hasta el final. Su desprecio por los rufianes era una pasión terrible, pero nada comparado con lo que sentía por los policías corrompidos. Lo pasó muy mal con lo que me ocurrió, pero ya estaba olvidado.

—Me he enterado de algo —dije.

—¿Algo nuevo?

—Para mí, sí. Una pelirroja me ayudó a subir al taxi esa noche.

—No estuvo allí cuando saliste. Te montaste en el coche solo —me recordó. Tomó una cucharada de sopa y continuó—. Nadie te siguió. Le pregunté a Rivera yo mismo. Estaba seguro.

—La pelirroja le dio la dirección. Maldita sea, estuve hablando de Marcus y ella hizo que me llevaran allí.

Parsimoniosamente dejó la cuchara y se secó la boca.

—Lo sé, Regan. Lo he oído. No soy idiota. Comprobé todo eso esa noche personalmente. No lo transmití porque no había nada definitivo. Es bastante normal que alguien ayude a un borracho a entrar en un taxi. Nadie nos aclaró nada. Estaban todos bebidos. Cualquier taxista, con tal de que le paguen, llevaría a un borracho a las señas que le dieran. No querría verse envuelto en una cosa así.

—Eso no salió en el juicio.

—Ya te he dicho que no era nada concluyente. Tenías mucho en tu contra. No era como para empeorarlo.

—Gracias.

—Fue un placer.

—Dejaste pasar una cosa.

—Ahora lo sé.

—Muy bien, dímelo.

—Esa noche, en algún momento, te drogaron con algo.

—Gracias por darte cuenta. ¿Sabes por qué?

—Sí, claro. Así pudiste matar a Marcus.

Negué con la cabeza.

—Sabes muy bien que eso hubiera sido una estupidez. Estaba demasiado mareado como para hacer nada. Lo prepararon todo para que me acusaran a mí y tú lo sabes. Nadie así de borracho, habría aguantado a los policías haciendo preguntas mucho antes de que lo hiciera el jurado.

Nolan se retrepó en la silla y buscó sus cigarrillos. Después de encender uno, dijo:

—¿Sabes cuáles son los ingredientes de una droga así?

—Claro. Generalmente hidrato de doral. Por lo menos en las que dejan sin conocimiento.

—Eso es. Pero el inconveniente es que no se sabe si te dejarán sin conocimiento o no. Si lo consiguen, no puedes actuar por tu propia voluntad. Sin embargo, durante la guerra, los alemanes utilizaron una nueva. Una sencilla modificación en la fórmula condujo a los resultados deseados, pero cuando se disipaban ciertos efectos iniciales el sujeto actuaba físicamente sin control mental y más tarde no podía recordar nada.

Me sentí arder por dentro.

—Continúa.

—Se llamaba Sentol. Permitía que alguien llevara a cabo una acción y volviera a caer de nuevo en la inconsciencia.

—Tampoco esto se dijo en el juicio —afirmé fríamente.

—Ya lo sé. Tampoco era nada definitivo. Cuando te encontraron, la prueba del alcoholismo dio positiva. El porcentaje no estaba a tu favor. La dosis que posiblemente…, y digo *posiblemente*…, te pudieron haber administrado te habría permitido beber lo suficiente como para emborracharte, lo bastante como para dar el porcentaje crítico en la sangre. Según todas las pruebas conocidas estabas químicamente borracho.

—Entonces, ¿por qué se te ha ocurrido esa idea?

—Ted Marker, del laboratorio, es probablemente uno de los familiarizados con el Sentol. A veces ha hecho pruebas sobre esto. Por desgracia, ya ha pasado demasiado tiempo para que dé un resultado positivo, pero lo que encontré era interesante.

—Una cosa es que sea interesante y otra que pruebe algo.

—Claro, pero hasta aquí llegó. El análisis mostró algunos indicios de la presencia de Sentol. Era una posibilidad remota.

Entonces me di cuenta de lo poco que se habían molestado por mí. Por un lado, podía haber sido víctima de esa maldita droga, pero, por otro, podía haber matado a Marcus.

Le dejé que lo meditara y continuó:

—El Sentol, por lo que sabe Ted, se llamó en un principio «anulador de la conciencia». Administrado correctamente, permitía seguir los deseos de las pasiones primarias como el amor, el odio, o el miedo. En tu caso, pudo ser el odio. Tú querías matar a Marcus, así que la droga eliminó lo que te impedía hacerlo.

—Siempre que me la hubieran administrado, claro está.

—Por supuesto.

—Ahora todo resulta bastante evidente, ¿verdad?

Nolan se encogió de hombros, dio una honda calada al cigarrillo, exhaló el humo controladamente y dijo:

—Sólo hay dos posibilidades. Una…, tú le mataste. Dos…, otro lo hizo y planeó todo cuidadosamente para que parecieras tú el culpable.

—Eso me parece importante.

Jerry se quedó mirando un momento la ceniza del cigarrillo, después volvió hacia mí sus fríos ojos y dijo:

—¿Qué tenías que ver con Marcus?

Lo dijo en un tono sereno, sin esperar oír nada nuevo.

—¿Recuerdas que me nombraron para el caso de Marcus? —preguntó.

Asintió y aspiró el humo otra vez.

—Sabía que te habían nombrado, pero no de qué se trataba.

—Las órdenes vinieron de arriba. Sólo seis personas tenían conocimiento de que me dedicaba a lo de Marcus. Podía hacerlo a mi manera y no tenía a nadie encima dirigiendo la operación. Disponía de un fondo limitado con el que podía comprar información si lo necesitaba y si me veía obligado a trabajar fuera de la jurisdicción normal, contaba con la cooperación de otros departamentos. Todo estaba preparado como en el caso del secuestrador de Parker y en el asunto de espionaje de Small-Greenblatt.

—Sí, recuerdo los dos.

—Resumiendo, la operación «Leo Marcus» fue el resultado de la presión ejercida sobre el Sindicato desde la redada de Appalchin. El Sindicato no podía funcionar como unidad y, en vez de dejar que se hiciera pedazos, difíciles de volver a reunir, lo dividieron en secciones que operarían individualmente, hasta que estuvieran listos para agruparlas de nuevo bajo una dirección única.

»Marcus era el que estaba en mejores condiciones para ser elegido. Desde Nueva York a Miami tenía sitios de donde sacaba dinero y ya sabes cómo los manejaba. Era un tipo con mano dura, salido de los manuales de Capone, pero no lo bastante astuto como para que no le descubrieran. En mi opinión, era el matón más depravado que tuvo el Sindicato y, sin embargo, no tardaron en liquidarle.

»De todas formas, dejé que actuara. Yo tenía más probabilidades de ganar. Entre tanto, cometió un par de errores y yo los descubrí y le sorprendí antes de que se diera cuenta y pudiera ocultarlos.

—¿Qué fue? —preguntó Jerry.

—Mató a un chaval en un *drive-in*[7] en Georgia. Estaba borracho y había una chica implicada. Le rompió el cráneo al muchacho con una porra y la chica se escapó presa de pánico. El

que acompañaba a Leo en el coche era un matón de poca monta. No me costó mucho persuadirle de que a Leo no le gustaba dejar testigos de un crimen y cantó todo. Incluso fue más lejos, me dio la porra que Leo utilizó para matar al chico, con todas sus huellas, muestra de sangre y cabellos del muchacho, firmó una declaración y prometió declarar en el juicio, aunque no habría sino necesario con esa prueba. Le encerraron en la prisión local, las noticias vuelan y al día siguiente le encontraron muerto por envenenamiento, nadie pudo explicarlo. Pero, como te decía, su muerte no era necesaria.

—Así que te tuviste que ir —dijo Nolan.

—Algo así. De lo contrario conseguirían la información que yo tenía.

—¿Por qué no la entregaste mientras la tuviste?

—Porque no se había planeado así. Los jefes lo sabían y no preguntaron. El procedimiento ya estaba acordado. Sólo vieron lo que yo tenía, eso es todo. Era suficiente.

—¿Qué informes tenías de la operación?

—Un análisis general del sistema atlántico. El grupo de Leo poseía y dirigía una cadena de moteles, cosa bastante complicada legalmente. Cada lugar era una tapadera tras la cual la banda montaba sus negocios. Los datos que obtuve sobre los individuos no sirvieron de mucho. Eso vendría más tarde. Lo primero era trazar las líneas generales de la operación para que un equipo pudiera darles el golpe posteriormente.

—Y ahora se acabó —dijo Nolan secamente.

Me encogí de hombros.

—Podría reproducirlo de memoria, pero de qué serviría. Ahora el sistema ha cambiado completamente. Lo único definitivo que teníamos era la prueba de asesinato que habría enviado a Marcus a la silla eléctrica.

Apagó el cigarrillo e hizo una seña a Vinnie para que sirviera café.

—La organización se está poniendo bastante nerviosa. No creían que dos peces gordos pudieran verse envueltos en dos asesinatos.

—Así es.

—Sólo por una vez, Regan. Son muy susceptibles ante esas cosas. Nadie es indispensable. Si existe la posibilidad de que un jefe cause problemas a la banda, va fuera. Mira lo que pasó con Dutch

Schultz cuando creyeron que iba a liquidar a Dewey.

Tomé un sorbo de café, mirándole por encima de la taza.

—Ya lo sé. Lo estaba pensando. Y, como se suele decir, ahí está el problema.

Nolan frunció el ceño y no me replicó.

—Nunca hasta ahora se habían preocupado de elaborarlo todo tan meticulosamente. Siempre se habían contentado con un plan general.

—A veces merece la pena, sobre todo si hay una víctima propiciatoria como tú pareces ser —dejó la taza y se secó la boca.

Sonrió al ver la mueca que hice y añadió:

—¿Qué quieres ahora de mí? No has venido aquí sólo para repetirme casi todo lo que ya sabía.

—¿Quién informó a Argenio? —pregunté.

Pareció quedarse rígido bajo el abrigo y se le dibujaron finas arrugas cerca de los ojos. Me miró con enfado.

—Sabes que hay informaciones anónimas, Regan.

—Ya, pero no sobre un policía con un buen historial —esperé un segundo y dije—: ¿Por qué me despidieron de repente?

Asintió gravemente y se volvió a sentar sin querer hablar todavía.

—Esto no es para divulgarlo. La información llegó a nuestra oficina. Argenio la recibió, llamó al comisario porque el informador dijo que lo hiciera y fue el comisario en persona quien envió a Argenio a tu casa.

—¿Llamó a través de centralita?

—Así es, pero no estaba controlada. Eran las once y diez de la noche y Jackson, que estaba en el PBX[8], tenía demasiadas llamadas como para controlar una.

—Ingenioso, ¿verdad? —exclamé.

—Digamos que eficaz.

—¿Qué piensas de Argenio? —le hice la pregunta de repente.

No le gustó. Su cara fue expresiva.

—Catorce años en la policía sin el menor percance. Tuvo tres condecoraciones.

—Yo tengo doce. Esa no era la pregunta.

Nolan se inclinó hacia delante, agarrando con las manos el borde de la mesa.

Su voz sonaba tranquila pero dura.

—Mira…, es mi compañero y lo ha sido durante dos años. Me ha protegido en numerosas ocasiones. ¿Qué esperas que diga?

—Eso es lo que se supone que cualquier compañero debe hacer. Por todas esas heroicidades cobra un sueldo fijo. Ahora contesta la pregunta.

Vi cómo sus dedos se relajaban y la indecisión se reflejaba en sus ojos.

—No sé. Es un hombre muy duro. Es duro con todos y más aún consigo mismo. Te metiste con él una vez.

—Le mandé a hacer puñetas.

—Muy bien. Digamos que es un poco raro.

—¿Capaz de dejarse sobornar?

—Francamente, no. Aunque le hubieran ofrecido un buen dinero no lo hubiera tocado.

—Sin embargo, no te gusta, ¿verdad?

—No —dijo Jerry—. No me gusta. De todas formas eso no cambia nada. Es un buen policía sin nada en su contra y hay otros que me inspiran el mismo sentimiento, así que una opinión como la mía no tiene mucha utilidad. Además, ¿qué andas buscando?

—Fue muy diligente al destrozar mi apartamento siguiendo una información anónima.

—Le ordenaron hacerlo.

—Me podían haber consultado. No era tan difícil encontrarme.

—La pasta había desaparecido y encontró cinco de los grandes no justificados.

—¿No se imaginó que podía tratarse de una trampa?

—Maldita sea, Regan, todos nos imaginamos trampas. Fue muy oportuno. Quizá hubiésemos podido hacer algo si no te hubieses ido de juerga y…

Se detuvo, sacudió la cabeza y sacó otro cigarrillo del paquete.

—¿Seguirás echando un vistazo? —pregunté quedamente.

Asintió, y encendió el cigarrillo.

—Así lo haré.

Terminé el café y me levanté de la mesa. Cuando fui a pagar, Nolan se despidió de mí, su rostro seguía impasible.

—Si me necesitas llámame al Donninger —le dije.

Su mente se quedó con el nombre, recordaba el número de

teléfono de citas anteriores que habíamos tenido allí.

—¿Qué estarás haciendo?

Su voz me sonó amistosa. No volveríamos a hablar de policía a policía.

—Ha surgido algo nuevo, ¿recuerdas?

—¿Sí?

—Alguien ocupará el lugar de Marcus.

Empleé el día haciendo indagaciones en los sitios de siempre, pero ya nada era lo mismo. Todavía era un policía, pero un policía suspendido de sus funciones no es un policía completo y me encontré con más impertinencias que información y los sabelotodo entendían lo que eso significaba. Si la suspensión de funciones no era definitiva, volvería a hablar con ellos otra vez y alguno lo iba a lamentar. La gente así entiende mejor los puños que las palabras. Los hay que aún conservan las huellas de la última vez que charlamos y largaron algo, aunque no lo suficiente como para ponerme sobre la recta final.

Tiempo. Todo lleva tiempo. No se consiguen pistas sobre peces gordos de la noche a la mañana. Dejé que se enteraran de que todavía andaba por ahí y los que me vieron sabían muy bien lo mal que me caían algunos. Sabían lo que ocurriría si me los encontraba y que no dejaría de buscar algo o a alguien.

Se correría la voz, a nadie le haría gracia, pero no tenían nada que hacer. Excepto una cosa.

Alguien podía encargarse de matarme.

Cuando llegué a casa estaba cansado y sucio y necesitaba un afeitado. Me metí debajo de la ducha y me libré de la suciedad y el sudor, me afeité sin secarme, después me até una toalla alrededor y fui a la cocina, me tomé una cerveza fría y un bocadillo.

Permanecí allí comiendo un rato, mirando cómo circulaba el tráfico en la calle. Para variar, era una tarde tranquila. Antes de que acabara la noche, según las estadísticas, habría de nueve a quince muertes inexplicables, tres asesinatos pasionales, varios cientos de navajazos y probablemente una docena de disparos certeros y, a la mañana siguiente, las personas implicadas estarían detenidas. Violaciones, asaltos, numerosos robos con allanamiento de morada

y que, sin embargo, no serían denunciados.

Lo que las estadísticas no mostraban era el misterioso móvil de esa violencia tan gratuita. Votantes que apoyaban la corrupción y contribuyentes que la financiaban. Fuera, en la noche, los más fuertes, que constituían la realeza del vicio, se preparaban para presidir sus dominios. Los siervos pagarían un secreto tributo por poder presumir de conocer a cierta gente. Sus jefes directos pagarían tributo de otra forma. De algún modo todos pagaban un tributo, quisieran o no. Ya saben.

Los periódicos decían que la prostitución estaba muerta en la ciudad. La administración lo había anunciado solemnemente. Descontando las que ejercían la profesión más vieja del mundo en la calle y de alguna prostituta esporádica que realizara una actividad limitada, concertando las citas por teléfono, por regla general detenida, la prostitución organizada estaba muerta, muerta, muerta.

¿Por qué no hubo nadie que les hablara de la señorita Mad en la Madison Avenue? Ella publicaba un folleto sobre sus mercancías y por cien dólares se conseguían fotos y antecedentes de trescientas siete modelos. Se llamaba Madaline Stumper…, señorita Mad para los clientes… Vivía en la elegante zona de las calles setenta y ganaba un millón al año. Pasaba la mitad a la Mafia y una cuarta parte a determinadas personas de la ciudad. Pero ¡qué diablos!, cualquiera puede vivir con un cuarto de millón al año, ¿no es así?

Durante cinco años esos chicos tan brillantes han intentado averiguar el origen del tráfico de marihuana y dan excusas poco convincentes cuando no pueden descubrir nada. Caramba, cualquiera que esté un poco familiarizado con el asunto, sabe que Hymie Reeves siembra granjas abandonadas en Orange Country y regresa justo a tiempo para la cosecha. Si alguna vaca se embriaga con la marihuana, y los granjeros no saben a qué atribuirlo, dejan que la vaca se recupere. Si alguien descubre la plantación, la siegan en una explosión de orgullo cívico y de vanagloria, e incluso salen fotografías en los periódicos locales. Si nadie lo ve, crece, y Hymie llega a su debido tiempo con una furgoneta y recoge la cosecha en la oscuridad de la noche y hace su agosto. Sólo es una siembra. No se cultiva. No se cuida. Se mezcla entre la maleza, crece salvaje y es una invitación a subirse al caballo que vendrá más tarde. Magnífico. Sencillamente magnífico.

La mercancía se introduce por el muelle, sin problemas y, mientras determinada gente acepte dinero, seguirá siendo muy difícil conseguir información. Lo confiscado por la policía forma parte de una táctica para distraer la atención y tranquilizar a un departamento de narcóticos falto de personal y para satisfacer el sensacionalismo de la prensa. Pero los beneficios son reales y los muchachos se entregan a ello. Recogen el producto y caen en las redadas, pero, mientras tanto, cientos de veces sale bien y lo que pierden queda amortizado como en los negocios.

Un asunto fácil. Como una prostituta espléndida, maravillosa pero sifilítica.

A mi espalda sonó el teléfono y olvidé todo lo que estaba pensando. Dejé la cerveza y lo cogí. La voz al otro lado dijo:

—¿Señor Regan? ¿Es usted el señor Regan?

Al principio no supe de quién se trataba.

—Soy Regan.

—Le dije que le llamaría, señor Regan; soy Spud, del *Clímax*, ¿recuerda?

—Sí, claro, Spud, ¿qué ocurre?

—Encontré a la pelirroja, señor Regan. Rivera me avisó.

Al otro lado de la habitación había un espejo, cuando me miré vi que estaba sonriendo. No había ninguna razón para sonreír y me produjo una sensación extraña. Estaba sonriendo pero no lo sentía en mi cara.

—¿Dónde, Spud? —dije, y traté de que mi voz no expresara entusiasmo.

—En el periódico de esta noche —replicó tranquilamente—. Dos fotos en el News. En la primera página y en la tres.

La encontraron muerta en el río. La policía dice que parece un suicidio.

De repente el ardor de estómago desapareció y se transformó en un nudo, cuando volví a mirarme en el espejo ya no sonreía.

—Gracias, Spud —dije.

—Encantado, señor Regan. Espero que aún pueda hacer lo que tenga que hacer.

—Lo haré —dije y colgué el teléfono.

3

En la primera página aparecía la fotografía de un cadáver, superpuesta sobre un fondo que mostraba la lancha policial y un par de policías tendiendo en el suelo el cuerpo todavía húmedo de una mujer. En las páginas interiores, el artículo iba acompañado de la fotografía de una chica encantadora, de veintitantos años, con un cabello suave y largo, rizado en torno a los hombros, resaltando una sonrisa amplia y sensual. La foto la habían sacado de una cartera que llevaba en la chaqueta del traje y el breve relato decía que la habían identificado como Mildred Swiss por su tarjeta de la Seguridad Social y su permiso de conducir. No decían por qué se había ahogado; la policía sospechaba que se trataba de un suicidio y estaban comprobando todos los informes de personas desaparecidas y buscando algún familiar.

Estudié la cara con detenimiento. La foto era algo más que una simple instantánea. Presentaba una inusual claridad y la postura era demasiado profesional para ser un trabajo de aficionado. Había algo en su boca y en el provocativo «achinamiento» de sus ojos.

No todos me daban la espalda. Van Reeves estaba en la sección de antecedentes y había mantenido la suficiente amistad con él como para que se preocupara e hiciera todo lo posible en un asunto como éste. Una vez le cogieron también en una trampa y sabía lo que era eso. Se alegró de tener noticias mías y así me lo dijo.

—Hazme un favor, Van —pedí.

—Te escucho.

—Anoche pescaron a una chica en el río. Una pelirroja llamada Mildred Swiss.

—Sí. Lo he leído.

—¿Han solicitado a tu departamento su identificación?

—Todavía no. ¿Tenían que haberlo hecho?

—Tal vez. Es probable que enviaran sus huellas directamente a Washington, pero mira si estaba registrada en la ciudad como artista de *cabaret*. Tenía ese aspecto.

—Lo haré. ¿Puedes esperar un momento? No cuelgues.

—Sí, sí.

Van no tardó mucho. Volvió, cogió el teléfono y pude oír el ruido de las hojas de papel entre sus dedos.

—Ya lo tengo, Regan. Es una polaca nacionalizada, el apellido es imposible de pronunciar. Su última dirección estaba en las calles cincuenta, pero no te servirá de mucho porque han derribado esa zona para construir un nuevo hotel y ella no volvió a registrar otro domicilio. Sus padres han fallecido y no consta ningún otro familiar.

—¿Quién la respaldó para entrar en el país?

—Sus padres. Vivían en Linden, Nueva Jersey, donde murieron. Parece que llegaron durante la guerra y más tarde enviaron a buscarla. Tendré que informar de esto.

—¿Hay algo más en los archivos?

—En esta ciudad no tiene expediente criminal. Quizá salga algo en otro sitio. ¿Qué piensas de todo esto?

—Tenía un aspecto raro, Van.

—¿Es una corazonada o lo sabes?

—Sólo es un presentimiento. Gracias.

—No te preocupes. Me alegra que me hayas informado. Llama cuando quieras.

—Es agradable comprobar que todavía hay amigos.

—Hombre, no deberías sorprenderte. Ahora tendrás más que nunca.

—Ya —dije sarcásticamente y colgué.

Después de tantos años empezaba a saber estas cosas. Podía entender los signos y apreciar los matices que se ocultan tras los hechos y que se expresan a través de formas que nadie percibe. En parte se debía a ser policía y en parte a algo que sólo la experiencia y una instintiva sensibilidad podía darme.

Mildred Swiss tenía estilo y en sus antecedentes aparecían pequeños detalles sobre los que perfilar ciertas suposiciones. Me llevó a pagar el pato de un asesinato y ahora, después de que no había salido bien, estaba muerta. Tales afortunadas coincidencias no se dan a menudo. Las leyes del azar son demasiado extrañas y diversas.

Sonreí y respiré hondo sabiendo que en algún sitio, en esa

ciudad sombría, había alguien sentado esperando con impaciencia, porque yo andaba perdido y estaría indagando. Ése alguien se jugaba mucho a una sola carta.

No era posible el retorno desde la muerte.

Eso era definitivo.

Ocupaba un conjunto de oficinas situadas en una esquina del cuarto piso del nuevo edificio Galton-Mead, en Madison Avenue, unas señas de lujo asequibles únicamente a inquilinos selectos o a aquellos que podían pagar rentas desorbitadas.

Cada puerta tenía un letrero dorado con el nombre de *Agencia Sturvesent*, una firma prestigiosa que disponía de las más elegantes modelos en el negocio y que sólo trabajaba con las principales revistas de ese campo. De Sturvesent habían salido seis estrellas de cine de primera fila y decenas de nombres importantes de televisión.

También otros muchos que no ganaron nunca notoriedad nacional.

La Agencia Sturvesent era además proveedora de las prostitutas más caras de la ciudad.

Madaline Stumper empezó con muy poco, hace mucho tiempo. La suerte y un carácter decidido la llevaron a la cima, pero este curioso capricho de la naturaleza que la llevó a ser una *Madame* en la calle Diecinueve la mantuvo desde entonces en el negocio del sexo, trabajando a nivel ejecutivo en uno de los negocios más lucrativos del mundo, con amigos en las altas esferas y unos beneficios que no aparecían en las declaraciones de impuestos.

Era una operación inteligente. En este mundo de locos algunos decían que simplemente satisfacía una demanda que siempre existiría, cumplía con los requisitos legales, lo cual era parte del negocio tanto como atender a los clientes que requerían los servicios de su cuadra.

La señorita Mad cumplía los dos fines con idéntica y admirable eficiencia. Nunca cometió un error y, aunque la interrogaron en varias ocasiones, siempre un conjunto de abogados, bien pagados, resolvían el asunto y ella quedaba libre en cuestión de minutos. Todo lo que el departamento consiguió fueron algunas filtraciones,

una palabra aquí y otra allá, informaciones poco concretas como para tener una idea de lo que hacía realmente. Ningún cliente descontento interpuso jamás una denuncia y nunca se la pudo acusar de ninguna acción ilegal.

Caminé hacia donde estaba sentada una rubia platino, tras un escritorio de caoba encerado. Era una mujer fuerte, de unos treinta años, con unos ojos que en segundos te desnudaban y catalogaban antes de que hubieras traspasado la cortina de nilón de la puerta.

Sonreía amistosamente, pero en sus ojos había una frialdad que indicaba que podía oler el aceite de mi revólver y percibir en mi cartera el agujero donde estuvo prendida la placa.

—¿Sí? —dijo. Nada más. Fue suficiente.

—Diga a la señorita Mad que me gustaría verla. Soy Pat Regan.

Levantó las cejas despacio, lentamente, en un gesto desafiante.

—Somos viejos amigos —insistí.

En cierto modo lo éramos. Nos graduamos juntos en la escuela superior y en el barrio la libré en dos ocasiones de un tipo que había intentado violarla y las dos veces salí sangrando y maltrecho.

El tono de mi voz hizo que mi sonrisa pareciera falsa. La recepcionista se humedeció los labios con la punta de la lengua sin preguntar nada. Marcó un número en el teléfono, sujetó el auricular cerca, de forma que yo no pudiera oír la conversación. Después colgó y dijo:

—Su secretaria saldrá ahora mismo.

—Gracias.

Durante cinco minutos estuve contemplando el ajetreo. Entraban y salían por todas las puertas mujeres altas, delgadas, cuyos cuellos me trajeron a la memoria lo que debió pensar el señor Guillotine cuando inventó el artefacto que lleva su nombre. Parecían famélicas, de pómulos prominentes, llevaban los vestidos y las capas ceñidos en la cintura, como relojes de arena, el cabello cardado a la última moda y todas tenían el pecho como una tabla. Sólo unas pocas llevaban anillo de casadas y era fácil ver por qué. En la cama sería como acostarse con unos cuantos palos.

No todas eran así. Dos de ellas, alegres y bien alimentadas, entraron de pronto exhibiendo provocativamente unos cuerpos exuberantes y caros, vestidas con el tipo de ropa que volvería del revés a cualquier hombre, empujaron la puerta y entraron en uno

de los despachos.

Antes de que salieran, la chica del traje verde me dio un golpecito en el hombro y me dijo con descaro:

—Por aquí, señor Regan.

Recorrimos un largo pasillo por detrás de las otras habitaciones, después torcimos y abrió una puerta. Le di las gracias, entré en la habitación, me quedé mirando a la imponente mujer por la que me solía pelear y saludé:

—¡Hola, Mad!

Era una mezcla de todas las bellezas del mundo hasta que la mirabas a los ojos y veías, en la gran profundidad de sus órbitas casi negras y haciendo juego con el brillo sedoso de su cabello, el vasto abismo de una cueva que escondía una vida insondable.

Sólo por un segundo parecieron recobrar lo que fueron en otro tiempo, después eso se desvaneció un poco…, pero sin desaparecer del todo. Su boca era una flor roja que resaltaba la blancura de sus dientes y en la que se dibujaba una pequeña sonrisa de medio lado.

—¡Regan! Vaya, vaya.

—Hace mucho tiempo.

—No tanto. He tenido noticias tuyas por la prensa.

—Como todos.

Madaline Stumper se levantó y me tendió la mano. No importaba quién tuviera trabajando para la agencia, nunca podrían tocarla. Su apretón fue firme y cálido, y había una sinceridad burlona en su saludo. Bajo el vestido negro era una mujer de una belleza física difícil de encontrar, el pecho levantado desafiaba en cada curva, los músculos del estómago, tensos, bajaban y ondeaban como una marea hasta los hermosos muslos que le daban un aspecto frágil y ansioso, inconscientemente premeditado, un gesto que tuvo siempre, desde niña.

Le solté la mano y empujé una silla con el pie, esperé que se sentara y después me senté yo.

—Tienes un aspecto estupendo, nena.

Ensanchó la sonrisa por un momento.

—Qué forma de elegir las palabras. El otro día, el presidente de ATP tardó una hora para decirme lo mismo.

—Yo no tengo tanto tiempo.

—Nunca lo tuviste.

—No soy partidario de las palabras.

—Sólo de la acción —sonrió lánguidamente—. ¿Por una buena causa?

—Eso creía entonces.

—¿Y ahora? —preguntó intencionadamente.

—El tiempo pasa. Todos cambiamos.

Sus ojos lanzaron esa mirada de nuevo y había algo de tristeza en ellos.

—Eso es malo. Quizá hay cosas que se pueden evitar.

—Tal vez.

—¿Oh?

La miré un buen rato, después pregunté:

—¿Conocías a una pelirroja llamada Mildred Swiss?

—Leo los periódicos.

—No te he preguntado eso.

—Regan…

—Sólo sí o no.

—¿Crees que es tan fácil?

Sabía lo que estaba pensando. Saqué la cartera, la sostuve abierta para que pudiera ver los agujeros de alfiler y la huella que la placa había dejado en la piel después de tantos años.

—Permíteme plantearlo así —dije—. Conozco la agencia y el negocio suplementario. Si quisiera, probablemente podría echarlo abajo, pero no ha habido nunca denuncias, así que no lo provocaré. Si nos echamos sobre ti, sería tal infierno jugar con las amenazas que nos vendrían de los círculos de poder que no merecería la pena. No estoy aquí oficialmente y, francamente, me importa un bledo en lo que empleas tu tiempo y energía. El mundo de hoy es muy sofisticado, según me han dicho. Nadie lleva ya la letra escarlata prendida encima y aquello que se solía castigar, ahora se permite. Quizá sea mejor así o quizá sea peor. No es mi trabajo marcar la tónica. Sólo hago lo que me mandan y bien hecho. Ahora estoy intentando hacer algo por mi cuenta. Te he hecho una pregunta. No pasará a los archivos y no estoy guardando información para luego.

—Regan, después de todo sí eres prolijo en palabras —abrió la boca y se rio a placer—: Muy bien, de acuerdo. La conocía. No

trabajaba para mí.

—¿De verdad, nena?

—De verdad, Regan.

—¿Cómo la conociste?

Madaline se encogió de hombres y se echó hacia atrás un mechón de pelo.

—Me informan. Hay que conocer la competencia, incluso si son pequeños negocios. Puedo hacer una buena lista, de memoria, de chicas como ella.

—¿Prostituta?

—No del tipo corriente. Trabajó para la organización de Mays hasta que el fiscal acabó con ello, después la vieron trabajando independientemente —frunció el ceño y añadió—: No creo que trabajara en serio…, parecía más bien que estuviera buscando algo sólido.

—¿Casarse?

Madaline asintió evasivamente:

—En el fondo creo que todas son así.

—¿Tú también? —la pinché sonriendo.

—Lo pensé una vez. No habría dado resultado. He visto demasiadas injusticias.

Esa profunda negrura volvió de nuevo, antes de quedarse con la mirada ausente.

—¿Consiguió Swiss algo?

—No, que yo sepa. Se instaló en un apartamento y la mantenía Ray Hilquist.

—¿El corredor de apuestas?

Madaline meneó la cabeza.

—Asesor de millonarios. Probablemente el más importante de la zona hasta que murió en un accidente.

No me molesté en explicarle que no había sido un accidente. Lo pareció porque lo planearon así y no hubo pruebas para desmentirlo, pero para un profesional el asunto olía a asesinato y todavía no se habían cerrado los informes. Las operaciones con corredores de grandes apuestas eran negocios del sindicato y por eso liquidaron a Ray Hilquist.

—¿A qué se dedicaba ella antes de morir? —pregunté tranquilamente.

Volvió a encogerse de hombros.

—No he seguido su carrera. Seguramente se pondría en manos de otro. —Volvió la cabeza y me miró, su cara tenía una expresión rara—. Puedo indagar. ¿Te parece bien?

Me levanté y me puse el sombrero, inconscientemente busqué el revólver reglamentario que ya no llevaba.

—Te lo agradecería mucho —dije.

Me acerqué a la puerta, me detuve y di la vuelta.

—¿Te puedo invitar a comer algún día?

Madaline me sonrió como la vez que la libré de aquellos tipos.

—Te lo agradecería mucho —replicó, usando el mismo tono solemne.

El sábado, George Lucas me esperaba fuera del edificio donde se celebraba la audiencia del departamento, con la misma sonrisa artera, y me entregó el sobre grande con los cinco mil dólares, alguien me había hecho un regalo a cambio de cometer un asesinato.

—Estaba fácil, amigo.

—Los comisionados no lo creían así.

—Muy bien, así que te suspenden del cargo hasta que los detalles de los informes sobre Marcus que faltan estén aclarados. Por lo menos lo consideran solo un caso de negligencia. Lo máximo que te puede ocurrir es que te rebajen la graduación y te destinen lejos de aquí.

—No merece la pena por cinco grandes.

—Te has olvidado de mi diez por ciento.

—Bueno, descuéntalo. —Saqué el paquete.

—Ya lo he hecho —replicó sin tocarlo. Se rio—. Ahora podemos ir al grano. ¿Qué te parece una sopa de pescado en el Vinnie?

Fuimos en taxi y Vinnie nos dio una mesa al fondo del comedor. No había nadie más que nosotros. Me preguntaba si Jerry Nolan se pasaría por allí, aunque aún era un poco pronto para él.

George sacó un paquete de cigarrillos, le dije que no con la cabeza; encendió uno y tragó una bocanada de humo.

—¿Cómo entraron en tu apartamento, Pat?

—Muy sencillo. Tiene una cerradura corriente. El que entró,

quien quiera que fuese, utilizó una llave.

—¿Quién tiene acceso a la tuya?

Le gruñí y me froté la barba incipiente.

—Ya he investigado todo eso. Hay dos posibilidades. Tenían una llave maestra de las que usan los cerrajeros o una copia de mi llave. Está en el mismo llavero que las del coche y cuando lo aparco y utilizo un coche del departamento, a veces las olvido.

George entrecerró los ojos.

—¿Argenio?

—¿Por qué no?

—¿Crees que iría tan lejos?

Me encogí de hombros pensando en el odio que me tenía.

—No sería el primero.

—Eso le coloca entre los sospechosos.

Me limité a mirarle.

—Nadie le ha achacado nunca nada —dijo.

—Argenio me huele mal —repliqué.

—No lo digas muy alto.

—Le gusta la violencia. Le he visto actuar deliberadamente…, oh, diablos.

—Continúa.

—No sé cómo explicarlo. —Le miré fijamente desde el otro lado de la mesa—: ¿Te acuerdas de Welch, el poli de la zona sur, que llamábamos el holandés?

—Cómo iba a olvidarle.

—Mató a seis o siete personas. Cumplía con su deber, pero le gustaba. Más tarde llegó demasiado lejos con sus gustos y terminó en la cárcel. Argenio es así.

—No puedes hacer acusaciones basándote en sospechas, amigo.

—A lo mejor le tiendo una trampa. Tengo algunas ideas.

Jerry soltó un suspiro de resignación por el teléfono.

—De acuerdo, quédate ahí. Dame media hora.

Veinte minutos después estaba ya sentado donde lo estuvo George. Ante mí tenía esparcidas las brillantes fotografías en ocho por diez. No eran muy bonitas. Cubrían cuatro ángulos diferentes, en todas se veían claramente todos los detalles. Leo Marcus había

recibido seis disparos en la cara, el primero le voló el dedo meñique de la mano izquierda al tratar de protegerse del asesino en el último segundo. Sangre, masa cerebral, hueso y cabellos salpicaban el suelo de piedra de la chimenea, y el resto del cuerpo yacía entre las cenizas del fuego que le quemaron la parte superior del torso hasta dejarle carbonizado.

—Bonito trabajo —comenté secamente.

Jerry me miró con la cara tensa.

—Caramba, ¿quién lo necesitaba? No…, de no ser por el dedo. Estaba bajo la repisa de la chimenea. Dos dientes de su dentadura postiza se habían estrellado contra el tronco y otros tres, con la funda de plástico intacta, contra el suelo. Se trataba de un trabajo especializado y, por tanto, identificable. El dentista que lo realizó nos dio una respuesta positiva y nuestro laboratorio la confirmó.

—Sí, ya sé —dije—. ¿No hubo nada más por lo que se le pudiera identificar?

—No me extrañaría de ti.

Sonreí ante su concisa expresión y dije:

—Quizá no tenga que hacerlo. Mi olfato me dice que no es un buen policía. Algún día caerá. No me hagas hablar, Georgie. No lo echaré a perder. Vayamos con el asunto.

Tardé una hora en darle detalles de lo que había deducido sobre la operación de Marcus y la forma en que podrían prepararlo otra vez. Hacía tanto tiempo que le daba vueltas en la cabeza que ya pensaba como ellos y casi podía imaginar el nuevo arreglo. George me dejó terminar, lo copió todo y se guardó las notas en el bolsillo.

—Muy bien —dijo—. Haré indagaciones. Tu botín servirá para comprar la ayuda necesaria y nos facilitará las cosas Llámame de vez en cuando.

—Descuida.

Dejó un billete sobre la mesa para pagar la cuenta y se marchó.

Cuando se fue, telefoneé a Jerry Nolan a su oficina:

—Soy Regan, Jerry.

—He oído los resultados del juicio.

—Todavía no ha terminado. Tendrán que echar por tierra esa acusación de negligencia. Hice exactamente lo que debía y tú lo sabes.

—Espero que los comisionados también. ¿Qué pasa?

—Tráeme las fotos del cadáver de Marcus con los disparos. Estoy en el Vinnie.

—Pero bueno, si ya las has visto.

—No hubiéramos podido identificarle nada más.

Me quedé sentado, contemplando lo que había quedado de Marcus, lo que yo había hecho. No tenía remordimiento, sino la sensación contradictoria de no haber estado lo suficientemente espabilado para saber lo que hacía, porque si hubiera sido yo, me habría gustado ver cómo cada disparo le aplastaba su cara gorda, la misma que había destrozado a otros con un solo gesto y envió a más de uno a una muerte rápida simplemente porque no le habían agradado. Ese tipo había enganchado a chicos a la droga, conducía a los ingenuos hacia los jóvenes de ojos brillantes que sabían todas las respuestas y que tendrían una muerte rápida por sí mismos, había transformado a muchos en piltrafas cuyas mentes le pertenecían…, pero no según las normas que yo conocía.

—Jerry…

—¿Qué?

—Desearía *haber sido* yo.

—¿Estás seguro de no haber sido tú?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo habría hecho tan deprisa. Le habría destruido lentamente, dejaría que la ley se hiciera cargo de él después, de forma terrible y atormentadora, hasta que le sentaran a empujones entre los brazos de la gran silla en Sing-Sing, con el sombrerete sobre la cabeza y los electrodos enchufados, con todos los testigos mirando, y desearía que les pudiera oír vomitar cuando la cabeza empezara a humear después de pasar la corriente. No, no fui yo.

—Lo sé —dijo Jerry—. Ahora lo sé.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque eres incapaz de cometer un asesinato tan simple. Ya te he visto mandar criminales a la silla eléctrica. Has vivido con esto demasiado tiempo, Regan.

—Sigo con ello.

—Entonces dame las respuestas.

Barajé las fotos como si fuesen cartas. Las amontoné y se las devolví.

—Alguien llevaba ventaja a Marcus. Había llegado su hora. Querían librarse de él y lo consiguieron. Yo fui el primo que les salvó de la quema. Pero no salió bien.

—¿Quién, Regan? —me preguntó Jerry.

Su cara era una máscara inexpresiva, profesional, no había diferencia alguna con la que veían los delincuentes en las salas de interrogatorio.

—Resuélvelo tú. Es tu trabajo. Yo ya no llevo esa placa.

—¿Tampoco un revólver?

—Debería. Los matones no tienen inconveniente, disfrutan con ello. Los ciudadanos decentes, aterrorizados por la estúpida ley Sullivan, olvidan que cuentan con la protección de la Constitución en todo momento y están demasiado obsesionados por las interpretaciones legales como para encerrar a alguien cuando deberían hacerlo, como en este caso. Pero yo no, Jerry. No volveré a ser un ciudadano decente.

—No te han despedido de la policía.

—Tienes toda la razón.

—Cálmate, amigo.

—Demonios. Lo sabes muy bien. No podemos vivir con calma, ¿o sí? Alguien tiene que moverse. Me estoy jugando el cuello.

—Entonces tú decides. Si alguien está en condiciones de averiguar quién andaba tras Marcus ese es Patrick Regan…, tú. Algo saldrá. El resto del Sindicato le escogió a dedo…, actuaba a su manera. En todo momento dio prueba de su valor y de que era una autoridad. No se derriba una autoridad tan fácilmente. Tienen su propia maquinaria interior y no es fácil dar un *coup d'état*.

—Para alguno, sí —le contesté.

—Estás loco.

—Eso fue lo que el fiscal intentó como último recurso en el juicio.

—Mierda.

—¿Qué más hay?

Para calmarse, Jerry cogió sus cigarrillos, encendió uno y se retrepó hacia atrás, mirando al techo.

—Dame una idea —dijo por fin pensativamente.

—¿Se ha puesto en contacto contigo Van Reeves por lo de esa fulana, Swiss? —Sí.

—Era la pelirroja, amigo.

Bajó la mirada del techo y me escudriñó la cara.

—*Ahora*, cuéntame.

—Su última relación fue Ray Hilquist, vivía con él.

—Eres un hijo de puta. ¿Cómo te has enterado?

—Estoy luchando por mi vida, ¿recuerdas?

Jerry dio otra calada al cigarrillo, esta vez meditando.

—Hilquist y Leo Marcus solían estar muy compenetrados. Sólo en pequeños asuntos. No era nada importante, pero estaban unidos.

Ahora no me miraba. Revisaba mentalmente los recuerdos, examinando las fichas de memoria, como lo hacen los policías, recordando cada pequeño detalle.

—En una ocasión se separaron —me dijo—. Había una chica por medio. Se corrió la voz de que los peces gordos del Sindicato convocaron una reunión y les hicieron desistir, no les dejaron otra elección. Les disgustaba que algún lance imprevisto interfiriera con los negocios. Después de esto no hubo ningún trabajo. Hubo mucha intriga en el asunto. Has tenido una buena ocurrencia, Regan.

—Sigue en ello.

—Lo haré —me miró a los ojos—. Pero también mantén la calma —dijo mientras se levantaba—. Cuando empiezas a pensar te temo.

—Asustaré a un montón de gente antes de que esto acabe —repliqué.

4

Stan The Pencil no fue difícil de localizar. Recogía apuestas en muchos sitios: los habituales de dos dólares, los de cinco, los de diez le esperaban en los sitios convenidos para recoger el dinero y apostar a cualquier caballo de la carrera. Para él era un medio de vida. Doscientos cincuenta semanales y unas semanas en un campo de rehabilitación si el ayuntamiento necesitaba una cabeza de turco.

Mantenía a su mujer y a sus hijos y pagaba todos los gastos mientras recorría los bares, preguntándose cuándo legalizarían las apuestas clandestinas como quería la gente, a pesar de las respetuosas demandas de los moralistas y de los mentecatos políticos que iban por libre.

Le encontré en The Shamrock haciendo sus cuentas en un cuaderno barato. Abrió los ojos repentinamente al verme.

—Vamos a charlar, Stan. Sentémonos en alguna mesa —dije.

—Mire…

—Ya no estoy en la policía, Stan, pero aún podría hacerte pedazos. Aquí y ahora. ¡Decide!

—Está bien. Hable. Es barato.

Le cogí del brazo, le empujé hacia una de las mesas y pedí dos cervezas. El camarero trajo las dos jarras, sorbí la espuma de la mía, la dejé y contemplé los círculos húmedos que formaba sobre la mesa.

—Estuviste allí esa noche, Stan.

—¿Me llamaron como testigo?

—No.

Dejé que mis ojos se elevaran hasta los suyos, sintiendo cómo salía el aire entre mis dientes otra vez.

—Estuviste por allí, muchacho. Creí que nada acabaría conmigo, pero algo lo hizo. ¿Qué fue?

—Mire, señor Regan…

—Piénsalo, amigo. Es tu brazo. ¿El izquierdo o el derecho primero?

Stan The Pencil se asustó. Su garganta se agitó convulsivamente y en la sien le latió una vena muy fuerte.

—Señor Regan…, fue como ellos dijeron. Usted se trastornó. Diablos, haría lo que pudiera si…

—Hubo algo. Entré en el bar sobrio.

—Tenía dolor de cabeza. Estuvo tomando aspirinas.

—Las acababa de comprar, Stan. Una caja sin abrir, en la farmacia de la esquina. Tomé seis. Son gajes del oficio.

—Yo no vi nada. En serio, señor Regan…

—¿Quién me echó disimuladamente una dosis de algo?

Apenas podía mantener las manos cruzadas ante sí.

—De verdad, señor Regan, parecía que había bebido demasiado. ¿Además, quiénes estaban allí? Esos artistas alocados, Popeye Lewis y Edna Rells, no hicieron nada. ¿Quién pudo drogarle? Ya conoce al viejo Popeye. No hay nada interesante en él salvo sus pinturas y esos cincuenta millones que detesta. Esa Edna con la que vive, es como él. Con todo ese dinero y viven en una buhardilla, aunque de su propiedad. No quiere vivir de lo que su viejo le dejó, sólo de lo que sacan con esas manchas disparatadas que venden. Y yo, ¿qué hice yo? ¿Hablar con algunos? Me pareció que era una buena reunión.

—¿Dónde aparece la pelirroja?

—Quién sabe, había señoras por todas partes.

—¿La viste?

—Vi muchas chicas. Se sumó cuando usted empezó a hablar demasiado. Vamos, señor, Regan…

—¿Cuánto hace que te conozco, Stan?

—Pues, como cinco años.

—¿Te han detenido alguna vez?

—Diablos, usted no se molestaba en eso.

—Había teléfonos por todas partes —le recordé—. Podía haberlo conseguido en cualquier momento.

—Muy bien, muy bien. Era honrado. Bueno, ¿qué quiere de mí?

—La pelirroja.

Stan The Pencil anudó fuertemente las manos y retorció los dedos.

—Iba sin rumbo, se caía, ella le sujetó, entonces les dejé. No me enteré de nada. Es lo que le he dicho a todos.

—¿La conoces? —le miré de cerca.

Captó la extraña mirada de mis ojos y dijo:

—Ahora la conozco. Antes no. La he visto en los periódicos.

—Hagamos memoria.

—¿Para qué?

—Leo Marcus y Hilquist.

—Señor Regan…

—Deja ya de tomarme el pelo.

Su rostro se volvió taciturno y bajó la mirada.

—¿Qué se rumorea entre la gente de la Mafia? —pregunté.

—Había una chica —dijo Stan en voz baja—. ¿Esto me va a perjudicar?

—No.

—Marcus lo arregló. ¿Qué más da ahora?

—Yo también estoy en un aprieto.

Miró tranquilamente hacia arriba y dijo:

—Les temo más que a usted, señor Regan. ¿Qué más?

—Nada más, amigo, te puedes ir.

No me había dicho nada, pero pensaría que lo hizo y más tarde sería diferente.

Salí y caminé. Mi apartamento estaba a quince manzanas, pero tenía que pensar. Había pasado ya un mes en libertad bajo fianza, porque quisieron acabar deprisa; los ojos de un tipo que fue amigo mío me miraban especulativamente. Contaba con el odio de la prensa y la animosidad del público, porque pensaban que un policía con una carrera hecha a pulso había escogido cinco de los grandes en vez del trabajo de su vida. ¡Cuernos!

La lluvia caía muy fina al principio, después se desencadenó un gran chaparrón que me sorprendió en la esquina de la Octava Avenida con la Cuarenta y nueve, y mientras caminaba no me percaté de la malévola furia a la que siguió un gran estruendo, con relámpagos, por el oeste, que me gritaban su desagrado.

—Cáete muerto —grité hacia el cielo, y seguí caminando mientras la gente miraba con curiosidad—. Iros a la porra también. —Si hubieran sabido quién era me habrían insultado. El policía asesino. El que había salido libre del asesinato.

Bien, gracias a quien sea por las doce personas buenas y justas que han creído la historia.

Esperaba que tuvieran razón.

Aún había una posibilidad de que no la tuvieran.

Lo pensé una vez más, consciente de los obstáculos a los que me enfrentaba. Llegué al apartamento y contemplé la fachada de piedra, me di cuenta de que cualquiera podía entrar allí. Diablos, un profesional puede entrar en todas partes. Era fácil conseguir una llave. Metí la mía en la cerradura, le di una vuelta y empujé para abrir. Era un piso de tres habitaciones, ocupado por un policía soltero. Como cabía suponer, nada especial por mucho que se mirara. La única extravagancia era la caja fuerte en la pared, sin nada excepto un testamento, un certificado de nacimiento y dos diplomas del carnicero de abajo que pensaba que necesitaba más seguridad. El informe de Marcus estaba guardado en el falso fondo rectangular de la papelera, al lado del viejo escritorio, un lugar que un atracador normal no habría tenido en cuenta, pero que un profesional en busca de algo determinado en el sitio adecuado, había encontrado. Los cinco grandes estaban en un escondite nuevo, demasiado evidente, en un hueco sobre la madera de pino sin pintar que formaba el techo del armario del dormitorio.

Estaba recién hecho y por eso se notaba todavía más.

Registré el apartamento sin curiosidad.

Las señales de polvo blanco de los equipos de huellas que trajo el departamento, todavía se veían en los muebles, restos aquí y allá, como lo habría dejado una mujer desordenada al echarse polvos de talco después del baño: estigmas de los policías que se protegen entre sí o que te fríen si tienen que hacerlo.

Me tumbé en la cama, oí cómo el aire salía del colchón con un débil silbido y cerré los ojos, pensando lo bueno que sería dormir y librarme de todo. Había un olor dulce, sensual, de cosas remotas que no estaban al alcance de alguien como yo, y dormir era lo que más deseaba.

Era un susurro suave y flotante que me llegaba desde la lejanía y por encima de esa atmósfera adormecedora pude oír una voz extraña que había convertido en bestias salvajes a los que no logró

vencer toda la barbarie nazi, y el hombre seguía diciendo: «Lo intentarán otra vez. Si te es ajeno, déjalo y corre. Dispara. No importa a quien. Deja de descansar y lárgate. Tienen armas químicas para compensar nuestra superioridad en gases nocivos. Te necesitan. Recuerda… Tú. Tú tienes información. *Eres importante para ellos*. Harán cualquier cosa. Lo harán…».

Abrí los ojos en medio de sus palabras como si hubiera estado, hacía años, en un lugar diferente y recordase las reglas.

Salí pitando, empujé la puerta, la abrí y caí de bruces en el pasillo vacío, haciendo esfuerzos para respirar mientras recobraba el sentido.

Tuve suerte. Todo parecía tan agradable. Como morir congelado en la nieve pensando que estás caliente y cómodo…, más tarde encontré una lata sin etiqueta bajo el colchón, que el peso de mi cuerpo había activado, un objeto sencillo que pudo haber sido un recipiente de crema de afeitar o un desodorante en *spray*, si no hubiera sido un somnífero mortal que no me habría permitido despertar nunca.

Después de que el olor se fuera por las ventanas abiertas, guardé la lata en el frigorífico, le cerré y me eché a dormir como pensé hacer al principio.

Alguien quería matarme lo más rápido posible.

Incluso cuando se es policía, con una sombra sobre la cabeza, hay ciertos caminos abiertos.

Llevé la lata al laboratorio, el sargento Ted Marker la miró antes de dársela a los expertos y me dejó tomar asiento en una gran silla cerca de su escritorio mientras esperábamos el informe del análisis.

Me pareció que lo hicieron deprisa. El ayudante de Ted volvió en una hora con la lata y el informe elaborado. Ted lo estudió un momento antes de dejarlo en el escritorio, después lo volvió a leer para asegurarse.

—Es un compuesto alemán —dijo por fin—. Se llama FS-7, Fórmula Roderick.

—¿Qué significa?

—Se quitó las gafas y me miró.

—Es un gas nervioso. Imperceptible y mortal. Era una buena

trampa. Deberías estar muerto. ¿Qué tienes dentro, Regan?

—Estoy motivado.

—Abandona el juego.

Ted esbozó una sonrisa en su rostro normalmente taciturno.

—Estaba preparado de forma muy sencilla. Como las bombas de aerosol, una pequeña presión las dispara. Lo pusieron debajo de los muelles de tu cama. Tú mismo apretaste el botón.

—Me alegra no haber tenido compañía.

—Esa es la ventaja de ser un soltero solitario.

—¡Basta ya! —Me recosté en la silla—. ¿No es un producto nacional?

—No lo había vuelto a ver desde el 45. Era uno de los últimos productos de los juicios de Núremberg. Lo presentaron allí.

—¿Como el Sentol?

—Piensas demasiado, Regan.

—Tengo que hacerlo —le dije bruscamente—. ¿Qué hay acerca del recipiente?

—Excedente alemán. Alguien tiene acceso a material no autorizado. Fuera de lo que nuestros propios organismos ofrecen, se supone que todo ese material debería haber sido destruido.

—Hay alguien con sentido del futuro —sonreí.

—¿Para qué? —preguntó rápidamente.

—Para ocuparse de gente como yo.

Asintió, miró un momento el informe y volvió a mirarme.

—Alguien tiene un gran sentido de la oportunidad. Piensan en el porvenir. Pueden esperar.

—¿Cómo pudieron conseguir ese material?

Ted hizo un gesto con los hombros.

—¿Cómo consiguen revólveres los delincuentes?

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. Con dinero se puede comprar casi todo.

Me levanté y me puse el sombrero, pensando en los cinco grandes que alguien dejó en mi habitación.

—Casi —dije.

Al Argenio entró en ese momento, con una pequeña caja en las manos. No se había afeitado esa mañana y su cara parecía morena y tenía un aspecto duro, como si hubiese estado despierto toda la noche. Era todo placa, revólver y eficiencia, y me echó una mirada

fría.

—¿Qué estás haciendo aquí gorrón?

Creyó que iba a pasar por su lado ignorando la pregunta. Era el segundo error que cometía conmigo. Le di un golpe en su mandíbula oscura que le aplastó contra la pared, tenía una mirada vidriosa, y estaba lo suficientemente espabilado como para oír lo que le dije, pero no para hacer nada.

—Cuida tus palabras, patán —dije.

Los otros me miraron, ocultaron sus sonrisas y no me impidieron salir. Tampoco a ellos les gustaba ese tipo.

Abajo, utilicé el teléfono público para llamar a Murray Hill. Hablé con la centralita PBX, di mi antiguo número de placa y dije bruscamente que me pusieran con el número de la señorita Mad. Obtuve la voz que tanto había esperado oír, fría, con un timbre ronco y saludando con un pequeño matiz de esperanza.

—Soy Regan, encanto, ¿estamos solos? —dije.

—Eso espero.

—¿Comemos juntos?

—Eso espero.

—¿No te importa? Un policía no es precisamente el presidente de una compañía.

—En tu círculo tampoco me considerarían una buena compañía para una cita, a menos que fuera en cumplimiento del deber, ¿verdad?

—Ahora mis círculos ya no son los de antes, preciosa…, así que es una cita. ¿El Blue Ribbon, en la Cuarenta y cuatro?

—Nunca cambiarás, ¿verdad?

—¿Por qué debería hacerlo? —pregunté—. Sobre las dos y media…, ya no habrá mucha gente.

El público se había ido ya, pero continuaban allí los asiduos. La vi entrar y sonreí en agradecimiento. Atravesó el bar, se paró detrás de Angie y se sentó en la silla que le ofreció.

—¿Cuántos años han pasado, Patrick?

—Quizá veinticinco.

—Es la primera vez que me pides que salgamos a comer juntos.

—¿Lo habrías aceptado antes?

Algo sucedió en sus ojos. Ese abismo insondable desapareció.

—Nunca lo sabrás —dijo—. ¿Esperamos a la comida o hablamos ahora? Sé que no es una cita de placer para ti.

—Dejémoslo como una cita entre amigos. Es muy agradable verte y así es un placer recoger información.

—Muy bien, viejo amigo. Pero hay una pregunta que no quiero que me hagas.

Me adelanté a lo que ella estaba pensando y dije:

—Como: ¿qué es lo que te hizo meterte en esa Mafia?

Madaline asintió sensatamente.

—Debería decir la verdad para variar. Nunca lo he hecho. Los otros aceptaban declaraciones escandalosas con matices de sensualidad que saboreaban con el placer de un *gourmet* y yo les alimentaba con lo que querían oír. La verdad es muy sencilla y bastante sórdida.

—Entonces consérvala hasta que estés preparada.

Me miró, sus dedos jugaban con la servilleta.

—Seguramente eres el único que lo entendería.

En ese momento el camarero vino a servirnos, trajo unas bebidas mientras esperábamos el plato chino que nos habían sugerido y levanté el vaso brindando.

—Por este momento, Mad.

Ella me guiñó un ojo, probó la bebida y la dejó en la mesa con delicadeza.

—Tengo noticias para ti, Regan.

Esperé.

—Digamos corazonadas. Sin confirmación. Para tu información, hice preguntas a alguna de las chicas y no tardaron mucho en aparecer cosas extrañas.

—¿Como qué?

—Ray Hilquist debió convencer a Mildred Swiss, pero ella no cooperó del todo. La vieron con Leo Marcus en lugares apartados, mientras se suponía que estaba calentando la cama de Hilquist.

—¿Qué diablos tenía que ver Leo con una chica como ella?

Madaline frunció los labios y se encogió de hombros.

—Con las mujeres nunca se sabe, Regan. Tal vez prefieran lo que no pueden tener.

—¿Sabes que el Sindicato intervino y aclaró el tema?

Asintió tranquilamente y cogió su vaso.

—Eso es lo extraño.

—¿El qué?

—Leo era mucho más grande que Hilquist. Tenía las de ganar si hubiera habido una pelea. —Bebió, dejó el vaso y me preguntó—: ¿No lo habías tenido en cuenta?

—Lo había pensado. Tal vez no se imaginaron que la pequeña Millie Swiss era para él más importante. Hilquist no se dio cuenta, pero a Marcus no se le hubiera escapado.

—Posiblemente. Hoy día la Mafia tiene computadoras —sacudió la cabeza otra vez, se quedó pensativa—. No me lo trago. He visto demasiado. Conozco a esa gente.

—¿Sí?

—Le vieron con Mildred Swiss —dijo— dos semanas antes de que dispararas…, antes de que asesinaran a Marcus; las chicas me dijeron que parecían enamorados…, tranquilos y cariñosos, con los ojos brillantes, dándose la mano por debajo de la mesa y ese tipo de idioteces. Ella vivía aún en el apartamento de Hilquist…, el arrendamiento estaba pagado por adelantado y él le había dejado dinero suficiente para que se fuera un año a cualquier sitio, cuando él muriera —Madaline me sonrió—. Era una pequeña lianta con suerte. No todas son tan afortunadas.

—Una situación cómoda —dije—. Si Marcus iba tras la chica pudo haber preparado el accidente de Hilquist, después estuvo moviéndose por un tiempo para que nada le acusara.

—Olvidas una cosa.

—¿Qué?

—A los peces gordos del Sindicato no les gustan las rivalidades internas. Se echarían encima de cualquiera que actuara al margen de sus instrucciones, especialmente si eso pusiera en peligro sus operaciones.

—Sólo podemos concluir dos cosas —dije—. O fue un accidente o planearon que lo pareciera.

—¿Qué crees tú, Regan?

—No lo sé. Todo parece posible.

Antes de que siguiéramos hablando más sobre esto, el camarero trajo la comida y sirvió los platos. En ese momento pasó un grupo de cuatro personas y se sentaron en la mesa de al lado, así que

disimulamos una conversación intrascendente, terminamos de comer y volvimos a la calle Cuarenta y cuatro donde esperamos un taxi.

Hice una señal a uno y la ayudé a subir, aparté la mirada de algo blanco que se vio momentáneamente por encima de las medias de nilón y sonrió al darse cuenta de mi pudor.

—Haz más indagaciones si puedes —dije—. Estaré en mi apartamento esta tarde, puedes encontrarme allí.

Madaline me lanzó un beso y asintió:

—Claro. Me gusta cumplir bien mis obligaciones.

—Adelante…

—Ajá…, nada de eso —se rio.

Popeye Lewis y Edna Rells estuvieron jugando mucho tiempo al matrimonio civil de común acuerdo. Al principio formaron parte de la secta del amor libre a los que desagradaban las uniones permanentes y decidieron probarlo por un tiempo, hasta que se acabara, pero después de cuatro años aún no habían terminado y ya tenían la apariencia de las viejas parejas casadas sin legalizar.

La casa que compró Popeye con los millones que heredó era lo único que aceptó de la fortuna que le dejó su padre. Las restauraciones salían de sus ganancias como pintor de óleos y le perjudicaba el tener éxito. Él y Edna hubieran preferido vivir como verdaderos campesinos. Entre los dos obtenían unos ingresos anuales de cinco cifras, llevaban una vida sexual extravagante y eran la envidia de los farsantes que despreciaban su talento a la vez que cultivaban su amistad por su *whisky* y sus fabulosas fiestas.

Popeye me indicó que entrara, tenía un pincel entre los dientes y la barba llena de pintura. Edna estaba observando un lienzo a medio terminar, situado al lado de un espejo de cuerpo entero, con una bata corta, echada por encima a la ligera. No llevaba nada debajo. El cuadro era un perfil desnudo de ella misma que era su propia modelo. Le molestó la interrupción, golpeó con el pie en el suelo impacientemente y sonrió.

—¿Por qué demonios me tengo que avergonzar en tu presencia, Regan? ¿Sabes cómo es una mujer desnuda?

Eche un vistazo al cuadro.

—Ahora ya lo sé.

—Entonces vete a hablar con Popeye —dijo.

Con un movimiento brusco de los hombros, dejó caer la bata y volvió a estudiarse en el espejo y a plasmarse en el lienzo. Era una mujer estupenda. Estupenda. Pero por alguna razón no había ninguna indecencia en todo eso. Era como mirar un frutero. No exactamente…, pero algo así.

Popeye no prestaba atención, entró abriendo una lata de cerveza y me la ofreció.

—Iba a enviarte una postal de felicitación, Regan. No sabía si apreciarías la broma.

—No me habría importado.

Empujó un taburete de bar hasta allí y lo limpió.

—Siéntate. ¿De qué se trata?

—De la pelirroja.

—Ah, sí, la pelirroja.

—Nada salió en el juicio.

—Una de las muchas de esa noche, chico. ¿Qué pasa con ella?

—Está muerta.

—Ya lo había oído. Spud lo mencionó esta mañana.

—¿Has visto los periódicos?

—Sí y la vi allí.

Se bebió la mitad de la lata de un trago, respiró hondo y continuó:

—Estabas en plena forma esa noche, amigo. Intenté minimizarlo en el estrado…, sólo contesté las preguntas, pero si no te conociera tan bien diría que era la primera vez que te emborrachabas. Nunca te había visto así. ¿Qué diablos te ocurría?

—¿Crees que yo mate a Leo Marcus?

—Regan, no me importa nada…, pero no. Hablabas mucho de ello, pero eres demasiado honesto para actuar de esa forma. ¿Dónde cogiste realmente esa trompa?

—Alguien me atontó con una droga.

—¿Quién? Al *Clímax* no llega ese tipo de cosas. Con un poli, ni en broma.

Popeye agotó el resto de la cerveza, abrió otra y me ofreció una. Sacudí la cabeza y dije:

—¿Por qué estabas allí? Ya no frecuentabas ese sitio.

—Al Argenio solía ir con una fulana del lugar.

—Ah, Helen The Melons[9]. Un buen bocado. Talla cuarenta y cuatro. No eran muy simpáticos. Él utilizaba la placa para librarse de la competencia y eso no le gustaba a Helen The Melons. Llamaba la atención por su exuberante pechera. Ese era su atractivo, su fuente de ingresos, la justificación de su grosería y su esperanza de futuro. Se las arreglaba muy bien con la clientela de paso, pero para acercarse a ella había que hacerlo por detrás, porque por delante no había forma y ahí tienes a Edna que usa tan solo una treinta y ocho…

—¡Premio! —dijo Edna sin quitar los ojos del espejo.

—Una verdadera artista —sonrió Popeye.

—¿Qué pasó con los melones?

Popeye volvió a su cerveza y gruñó.

—Estaba harta de Al Argenio. Solicitó un traslado. Nadie dijo pobre Al…, no era un tipo muy estimado…, pero ella terminó en Brooklyn, en el Lazy Daisy devorando nativos.

—¿Y ese traslado?

Dejó la lata y cogió un cigarrillo. Sus ojos se volvieron de pronto serenos.

—¿Conoces el *Clímax*?

—¿Cómo?

—Comprueba la propiedad. Había tantas mujeres que parecía sobre todo un nido de lesbianas, los chulos entraban a echar un vistazo y pagaban la mercancía. Era un negocio redondo. Una de las muchas posesiones controladas por eso que llamáis Sindicato.

—¿Quién lo ha dicho?

—Mi abogado, que se está partiendo los cuernos por reformarme. Hizo que me siguieran. Trata de probar que llevo una vida nada conveniente para un ciudadano serio, dueño de más de tres empresas y que cuenta con una importante suma en el banco. Él no lo sabía, hombre. Me dijo que frecuento un antro de iniquidad regentado por un nido de ladrones. Quiere que vuelva a los trajes franela gris y a asistir a los consejos de administración.

—Creí que el dueño del *Clímax* era Stucker.

—No estás enterado, viejo. Quizá eso es lo que parece, pero paga a gente algo extraña. He estado ahí mucho tiempo y eran los chicos de Leo Marcus los que hacían esas visitas semanales. No intentes

derribar el sistema. Es probable que te pillase debajo. Tienen contables y máquinas y hombres de paja, todo para enmascarar una gestión, bastante en secreto, de mucho peso. Ya sabes lo que te ha costado entrometerte.

—Pareces saber mucho, Popeye.

—Tengo buenos oídos, un montón de amigos parlanchines y una aguda perspicacia en este mundo salvaje de habitantes hambrientos de dinero. ¿Por qué crees que me retiré?

—Cada uno tiene sus gustos —miré hacia él, arrojé la lata vacía a un cubo de basura—. No has terminado con la pelirroja.

—Estuvo allí. También había un montón más. Eras un buen blanco.

Edna Rells salió de detrás del lienzo, una figura desnuda encantadora, con un brochazo de pintura justo encima del ombligo y un toque de pincel en el pelo.

—Con tanta gente, Spud no podía llegar a la mesa —dijo—. Ella le cogió la bandeja y sirvió las bebidas. Un poco más tarde estabas ya con ella.

—Gracias, encanto.

Fue así de fácil. Estaba ya allí o me siguió. Escogió el momento oportuno y se encargó de mí. Recogí el sombrero y empujé el taburete de bar.

—Ya te volveré a ver —dije—. Te agradezco la información.

—¿Qué información? Viniste aquí para discutir sobre arte —dijo Popeye solemnemente.

Miré a Edna, que movió las caderas y me echó una mirada. El pincel, enganchado en su cabello, dejó una mancha en uno de sus grandes pezones al caer.

—Sí, arte. Me interesa mucho. Estáis chiflados.

La pelirroja, Leo Marcus y yo. Alguien se descuidó al plantear la acusación. Si hubieran centrado más en la pelirroja habría estado entre los condenados a muerte de Sing-Sing. El fiscal podría haberlo presentado como si hubiéramos planeado juntos liquidar a Marcus y llevado por mi odio la hubiera contratado de algún modo.

Ahora ella estaba fuera de juego definitivamente y si quisieran presentar una nueva acusación podrían intentarlo conmigo. Tarde o

temprano los hombres del fiscal empezarían a hacer preguntas, obtendrían algunas respuestas investigando el pasado de Mildred Swiss y me preguntarían dónde estuve cuando la tiraron al río.

Bueno…, ¿dónde estuve? Mis contactos no fueron muchos. Estuve paseando y pensando. Estaba listo para hacer de primo otra vez. Necesitaba una coartada, pero antes de que pudiera fabricarla, tenía que averiguar cuándo murió.

Esperé hasta que vi salir a Ted Marker del edificio y le seguí desde el otro lado de la calle y a media manzana de la estación de Metro me aseguré de que ninguno de los otros andaba por allí y le di alcance cuando estaba comprando las fichas a la taquillera. Pudo haber usado la placa para pasar gratis, pero nunca se molestaba. Llegué a su lado, compré dos fichas y dije:

—¡Espérame, Ted!

Asintió con curiosidad, entró y se detuvo tras un montón de viajeros. Pasamos tres estaciones y subimos a un bar, donde todos estaban viendo el último lanzamiento de un partido de béisbol, y pedimos un par de cervezas en la barra.

—¿Qué ocurre, Pat?

—¿Cómo va la investigación sobre Mildred Swiss?

—Se acaba de cerrar.

—¿Han averiguado la hora en que murió?

—Exactamente. El informe del forense sobre la autopsia se cotejó con el reloj parado que llevaba en el bolsillo. A las cinco y cuarto.

—¿Por qué tenía el reloj en el bolsillo?

—Porque el cierre estaba roto.

—Entonces era de día —dije—. Normalmente no van allí durante el día y menos las mujeres suicidas. Piensan en el cabello y el vestido y el río no ofrece una buena perspectiva de muerte. Está asqueroso, con basura y vertidos de alcantarillas y apesta.

—Eso sería si se tratase de un suicidio, pero la asesinaron.

Le mire.

—Tenía las uñas rotas, parecía que hubiera arañado a alguien. Llevaba hecha la manicura. Presentaba una herida en la cabeza que pudo hacerle perder el conocimiento. En su cartera se encontró una tarjeta con una cita de peluquería para el día siguiente. Concertó la cita por teléfono y no parecía preocupada en absoluto.

—Es probable. Hay una cosa rara.

—¿Qué es? —preguntó Ted.

—¿Por qué no se hundió el cuerpo?

—Sencillo. Se quedó enganchado en un trozo de madera flotante, un tablón con un extremo podrido por el agua, con clavos en los que se enganchó la ropa. No estuvo mucho tiempo en el agua.

Mentalmente, comprobé la hora. Estuve en el apartamento mientras tanto y nadie me vio entrar, ni hablé con nadie hasta que recibí el mensaje de Spud. No tenía por qué ser ese el plan, pero podían meterme en líos otra vez. La otra alternativa era que alguien quisiera que Mildred Swiss muriera y planeó su muerte rápidamente.

Ted acabó su cerveza y dijo sin quitar la vista del televisor:

—¿Dónde encajas tú, Regan?

—Todavía no lo sé.

—Adivino lo que estás pensando.

—Nada bueno, ¿verdad?

—Ajá —dijo—. He hecho algunas preguntas sobre ese gas somnífero. Me llevó tiempo, pero un chico listo en Washington me dio algunos datos. Justo después de la guerra, llegó a este país una remesa como parte de un acuerdo sobre excedentes. No pudieron localizarla, pero había algo sospechoso en todo eso. En la Ross and Buttick Warehouse se recuperó casi el noventa por ciento, una compañía lo tenía almacenado y lo importaba, entre otros productos, la Bensiles Imports. Una compañía en regla que opera desde 1919.

—¿Quién lo descubrió?

—El OSS[10] descubrió que faltaba material. Después Washington se puso a trabajar con nuestro departamento y localizó la mercancía. La sacaban por mar y la descargaban. Cuando eso ocurrió le dieron mucha publicidad. Temían que algunos chicos cogieran el material creyendo que fuese DDT o algo así. Los ciudadanos enviaron camiones de productos para que los inspeccionaran, pero ninguno era ese derivado FS-7 de la Fórmula Roderick.

Otra pequeña pieza, pensé. *La publicidad alerta al público sobre los peligros potenciales del material, pero eso puede*

despertar también la curiosidad de otra gente sobre su utilidad para sus propias actividades.

—¿Se atribuyó alguna muerte a su uso? —pregunté.

Ted Marker volvió la cabeza y dijo:

—Me preguntaba cuándo dirías eso. El hombre de Washington dijo que hubo dos desertores importantes del Sindicato que murieron misteriosamente por causas no determinadas. Es una posibilidad, pero no se comprobó. En ambos casos el forense no estaba familiarizado con el FS-7. Sólo la importancia de las víctimas hizo que el informe se mantuviera abierto.

—Y si yo hubiera muerto, habría parecido algo natural…, nadie habría registrado la habitación ni buscado una lata debajo de la cama, hasta que el casero o un inquilino nuevo la encontrara… o el tipo que puso allí el material volviera. Habría sido muy fácil…, se habría hecho pasar por periodista o por un nuevo inquilino… o cualquier cosa.

—Muy bien. Otra vez digo que tienes suerte.

—No…, sólo instintos naturales.

Me terminé la cerveza e hice una señal al camarero para que sirviera otra ronda.

—¿Averiguaron dónde mataron a la pelirroja?

—Aproximadamente. La marea estaba subiendo, la velocidad de arrastre y la hora en que murió hacen suponer que fue en la zona del muelle, a la altura de las calles Cuarenta…, siempre que el tablón que la sujetó no se quedara enganchado por el camino. En ese caso, habría ocurrido bastante más arriba. En ningún sitio a lo largo de esa zona suele haber tráfico ni vagabundos…, bueno, diablos, ya conoces el lugar. Incluso de día podían haberlo hecho.

—Sí, claro —asentí.

Ted miró al reloj y me di cuenta de que estaba ansioso por irse.

—Una cosa más. He leído todo lo que pude conseguir sobre el Sentol. Hay algo que no provoca…, de hecho, lo inhibe…, y es que una persona bajo su influencia se desmaye.

—Cuando me encontraron, había perdido completamente el conocimiento.

—A eso me refiero. El Sentol mantiene despierto al que lo toma, como la mezcla de anfetaminas que toman los camioneros, pero actúan en sentidos distintos.

—¿Seguro?

Asintió y sonrió:

—En ese caso, lo hice yo mismo…, ¿es eso lo que piensas?

—¿Qué piensas tú, Regan? —me preguntó.

—Hay algo que falla. Gracias por dedicarme tu tiempo. Vámonos.

5

Compré un pollo asado en la tienda de platos preparados y me lo llevé al apartamento para cenar. No había tenido tiempo de limpiar, y empezaba a parecer un cuchitril de Harlem, con platos sucios y toallas húmedas por todas partes. Había una nota en mi buzón, la letra era de George Lucas, la abrí después de dejar el pollo en la mesa, decía simplemente «¡Llámame!».

Llamé a su oficina, pero no cogieron el teléfono, así que me senté a comerme el pollo y le di tiempo para llegar a casa.

La luz roja de la cafetera eléctrica se encendió, era señal de que el café estaba listo, enjuagué una taza y la llené, me senté colocando los pies encima de la mesa y con un jugoso muslo de pollo en la mano.

Entonces sonó el timbre. Antes de abrir cogí el 45 automático que había guardado desde la guerra. Me aseguré de que estaba cargado y le quité el seguro. Tuve que sujetar el muslo de pollo entre los dientes para correr el cerrojo y abrí.

Madaline me barrió con los ojos, se echó a reír y trató de disimular con una sonrisa.

—Sólo te falta un machete para parecerte a Barbanegra —dijo.

—Se llamaba Teach. Capitán Teach.

—Muy bien, cerebro. Pero desde luego, das grandes bocados.

Di un tirón al pollo y cerré la puerta detrás de ella. Echó un vistazo alrededor y sacudió la cabeza con desagrado.

—¿Es así como vive un policía? ¿No puedes permitirte nada mejor?

—No estoy entre los sobornados, Mad. Puede pasar cuando está limpio. ¿Quién necesita más?

—Tú. ¿Por qué no te has casado nunca?

—Se me debió olvidar. Ahora ¿quién me iba a querer?

Me volvió a sonreír, acercó una silla a la mesa y cogió la mitad del pollo, separándolo en pedazos delicadamente.

—¿Cuánto dinero tienes en el banco?

—Alrededor de dos mil doscientos dólares.

—Los ahorros de tu vida —afirmó—. Busca una mujer que lo necesite.

—Olvídalo, encanto. Cuando tenga una mujer será porque me necesite y yo la necesite a ella. A mí me siguen gustando las relaciones a la antigua.

Le serví un poco de café y me volví a sentar.

—No esperaba compañía.

—Dijiste que llamara.

—Hay un teléfono.

—Deja ya de ser tan orgulloso. Nadie me ha reconocido. Tu reputación sigue intacta… y aumentada si alguien me vio entrar. ¿Cuántas veces has recibido a una chica con diamantes y visón en esta guarida?

—No más de dos veces por semana.

—Claro —se rio—. El pollo está bueno —con la boca llena añadió—: Tengo noticias otra vez.

Sorbí el café, mirándola. Algo había cambiado en sus ojos.

—Hay una chica que conocía a Mildred Swiss desde que llegó aquí. Las dos vinieron de Europa y terminaron en el mismo negocio. Vio a Mildred el día que murió… alrededor del mediodía. Charlaron diez minutos en la calle, caminaron juntas unas manzanas y durante ese tiempo tuvo la impresión de que Mildred iba a salir de viaje. Estaba preparando un equipaje muy completo y no pudo evitar presumir un poco.

—¿Dijo con quién?

—Como te decía, fue una alusión…, una impresión que le dio a la chica. Estaba muy contenta, hablaba afablemente, pero eso fue todo.

—¿Quién era la chica? Si ella fue la última en verla viva, la Policía…

—No he dicho quién era, ¿recuerdas? Es confidencial, Joe.

—¿Qué hay más?

Comió un poco más de pollo y arrojó el hueso a la papelera.

—Eres muy astuto, Patrick. Esa chica última en verla viva, la Policía… Mildred no tenía tiempo. Se estaba preparando para la cita.

—Con un asesino.

—Es posible.

Dejé la taza y me retrepé en la silla.

—A la mayoría de ellas les ocurre algo, tarde o temprano. ¿No te da miedo? Estás metida en el negocio hasta el cuello.

Su rostro se ensombreció y bajó la mirada. Se decidió a levantar la vista y dijo:

—Permíteme darte la respuesta que no he dado a nadie más. Sí, estoy en ello. Me metí con los ojos abiertos porque era la única solución para alimentar a un viejo alcohólico, pagar los gastos médicos de una madre inválida y cubrir las necesidades de los siete niños de la familia. Fue un paso premeditado y conocía a las personas adecuadas para lanzarme.

—Pudiste haber salido. Cambiaste la naturaleza del negocio.

—Había algo que no cambiaba. Vi lo que sucedió con muchas chicas. Vi dónde fueron y cómo terminaron. Siguiendo en el negocio podía salvar a muchas de ellas a tiempo. Oh, demonios, Regan…, sé lo que estás pensando. Todavía estaba implicada, conseguí conocer a la gente necesaria y tenía bastante a mi favor, así que podía acabar con cualquier presión que se ejerciera sobre las chicas que sabían demasiado. Los hay que dicen que es mejor que la prostitución esté controlada. Me parece muy bien, pero yo no opino así. Me gustaría que se aboliera, pero mientras el maldito público lo solicite, las autoridades lo acepten y los bastardos entre bastidores lo controlen, estaré allí donde pueda hacer algo bueno cuando llegue el momento. Esta es mi historia, la creas o no.

—Te creo, Mad —dije—. Quizá no es mi costumbre, pero te creo.

Se estiró y puso su mano sobre la mía.

—Gracias, Patrick. Eso esperaba.

Su mano cálida, me apretaba suavemente y fue como aquella vez que me dio las gracias en silencio en el colegio; entré hecho pedazos después de la pelea, cuando me senté en el pupitre, hizo lo mismo y nada más. Entonces me bastó.

—Ahora… ¿querrás hacerme un favor?

—Claro… ¿de qué se trata?

—Déjame poner en orden este nido de pulgas.

—Estás en tu casa.

Bajé a por dos paquetes de seis cervezas y los subí, me indicó

que me sentara y estuve viendo, avergonzado, la increíble eficiencia de una mujer arreglando y haciendo con esmero el trabajo sucio. Parecía gustarle, tarareaba fragmentos de canciones de los años de guerra, reía las tonterías que le decía, me ordenó que me quedara sentado y pensara mientras ella se olvidaba de los años de lujo como si fuera otra vez niña.

Cuando se dio la vuelta tenía la cara sofocada, brillante con gotas de sudor y los ojos despiertos, con vida. La casa estaba limpia. Se retiró un mechón de pelo que se le había venido a la cara, parecía más encantadora y joven que nunca.

—¿Está mejor?

—Perfecto, muñeca, perfecto. ¿Te doy la paga del día?

—Con una ducha está bien. Me siento hecha un asco.

—A mí me pareces bien.

—Lo dices porque es verdad. Haz un poco más de café.

Mientras rellenaba el filtro de la cafetera oía correr la ducha. Tenía una sensación cálida y extraña, que nunca había sentido, como formando parte de algo agradable, algo que nunca pensé haber deseado.

La cafetera dejó de burbujear cuando se encendió la luz roja, serví dos tazas y ella salió del baño. En algún sitio había encontrado mi toalla grande de playa y la llevaba enrollada como un sarong y otra a modo de turbante, en la cabeza. Olía a jabón y exhalaba calor. Sobresalía una pierna, ágil, por la abertura que dejaba la toalla anudada en la cadera, la carne firme y suave como la seda, conservaba aún el bronceado del verano, las elegantes curvas subían desde la pantorrilla hasta el muslo de serena musculatura. El borde de la toalla parecía reacio a ocultar su pecho, trataba de sujetarlo de prisa, cada vez que, al respirar, resbalaba desde su posición original casi hasta abajo.

Estuvimos así mucho tiempo, mirándonos, comprendiéndolo todo sin interrumpir nunca esa mirada fija e intensa. También había ocurrido esto hacia años. Entonces éramos jóvenes, inconscientes de lo que estaba sucediendo, sabíamos que algo había cambiado, pero no éramos capaces de decir qué era.

Dimos el primer paso a la vez, nos tocamos con un deseo mutuo,

después su boca era un horno precioso y rojo en el que se fundió la mía con un débil gemido que expresaba algo durante mucho tiempo silenciado. Se estrechó contra mí, sentía su cuerpo por todas partes del mío. El ímpetu de su ardor desató el nudo de la toalla, que resbaló a nuestros pies inadvertidamente; entonces sentí toda su textura femenina en mis brazos, entre mis manos, tomando todo lo que me ofrecía.

La cogí en brazos, me detuve deliberadamente en el umbral de la puerta del dormitorio, me sonrió con los ojos soñadores de una novia, después crucé hasta la cama y la tendí dulcemente.

Fuera, el ruido del tráfico se desvanecía y empezó a caer una fina lluvia contra la ventana. Sobre los tejados de la ciudad retumbaban los truenos, y el débil resplandor amarillo de los rayos iluminaba la habitación momentáneamente de cuando en cuando. Nos dimos cuenta cuando el viento cambió de velocidad y la lluvia caía oblicuamente en la ventana medio abierta y salpicaba la cama. Inconscientemente miré el reloj. Habían pasado tres horas.

—¿Es tarde, Regan?

—Hay mucho tiempo, gatita.

—Hemos tardado mucho en decidirnos, ¿verdad?

—Años y años.

—¿Volverá a suceder?

Hubo una pausa expectante en su voz, un silencio como si hubiera dicho más de lo que hubiera querido. Su semblante reflejaba un temor indeciso, pero ahora tenía que esperar que respondiera a la pregunta que ya había formulado.

—Somos gente rara, tú y yo. Quizá encontremos algo —dije.

—¿Podemos estar seguros?

Acaricié la salvaje redondez de su pecho y sentí su temblor bajo mis dedos.

—¿Me estás preguntando a mí… o a ti misma? Algo tendría que cambiar. Yo no puedo.

—No…, no deberías. Lo siento, Regan. Nunca debí decir eso. Las palabras… salieron. No soy algo de lo que enorgullecerse.

—¿Por qué no?

Mis palabras sonaron duras, entre dientes, demasiado apretadas.

—He visto morir a gente, nena. Les he ayudado a caer. He apretado el gatillo. He estado allí y he vuelto, así que quién

demonios soy yo para mirar atrás y juzgar. Lo que cuenta es el presente y el futuro. No el pasado.

Madaline se acercó a mí con la fiereza de un tigre, me dijo cosas que no había dicho nunca a nadie más y yo se las repetí. Me clavó las uñas con frenético deleite, su cuerpo me rodeó con un amor nuevo y supremo.

El teléfono sonó despertándonos con su insistencia hasta que lo cogí.

—¿Es Regan?

—¿Si? —era la voz de George Lucas.

—¿Dónde diablos has estado? Te dejé una nota y…

—Acabo de llegar —mentí para ahorrarme las explicaciones.

—Bueno, amigo, quiero verte. Es importante.

—¿Ahora? Son las dos de la madrugada.

—Tú verás, Regan. Te digo que es importante.

—Muy bien, di un sitio.

George propuso un bar en la Sexta Avenida y le dije que estaría allí en media hora. Madaline se quejó cuando la zarandeé y abrió los ojos.

—Levántate, Mad. Ha surgido algo. No quiero que te quedes aquí sola.

—Oh, Pat…

—Alguien intentó matarme aquí la otra noche. No se lo pongamos fácil si lo intenta de nuevo.

Agrandó los ojos y se lo conté. No tardó ni cinco minutos en vestirse. Me puse el abrigo, metí el 45 en el cinturón y abrí la puerta cediéndole el paso. Estaba saliendo del pasillo cuando me di cuenta de que estaba a punto de cometer un error y le di un violento empujón con mi antebrazo. Se golpeó contra la pared, al cerrar la puerta se cayó y me dejé caer a su lado.

Ningún ruido. Sólo dos pequeños agujeros en la puerta, a la altura de la cintura, y algo roto en la pared de enfrente. Madaline se quedó boquiabierta y dije:

—Alguien apagó la luz de la entrada.

Entonces vio los agujeros en la puerta y asintió bruscamente.

Me levanté y apagué el interruptor, sumergiendo la habitación

en la oscuridad.

—Quédate aquí.

Tanteé el pomo y abrí la puerta. Quien quiera que estuviera fuera percibió el movimiento y hubo otro disparo, casi silencioso, pero capté el brillo de la boca del revólver y disparé una sola vez a ese punto de luz. El tremendo estruendo del 45 sacudió la noche y resonaron pasos en las escaleras, pasos pesados de alguien huyendo precipitadamente. La puerta de abajo se abrió y se cerró de un portazo, pero no salí detrás porque podía tratarse de una bonita trampa. Pudo esconderse bajo la caja de la escalera y quedarse allí esperando. Entré, cogí mi linterna, enfoqué el rayo a lo largo de la barandilla para registrar la zona, cuando me aseguré de que estaba vacía, bajé y encendí la luz del recibidor.

Madaline se juntó a mí en la puerta, todavía temblaba de miedo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Otro intento. Esta vez con un revólver con silenciador. Uno de nosotros es el blanco.

—Uno de…

Como no podía estar más asustada de lo que estaba, dije:

—Yo, más probablemente. Nadie sabía que estabas aquí. Lo intentaron conmigo antes. Ahora están corriendo asustados.

—Pat…

—Vámonos, Mad. Ya no debe estar por aquí.

Esperé por si salía alguien, o se oía una sirena en el caso de que algún vecino, al oír el disparo, les llamara, pero, o las paredes eran demasiado gruesas, o nadie se preocupó. Paré un taxi, le di la dirección del bar y entramos. Madaline me apretó la mano, forzó una sonrisa y no dijo nada. Aún podía sentir su temblor.

George ocupaba un rincón del bar él solo, y la expresión ceñuda se convirtió en una sonrisa cuando vio a Madaline y le tendió la mano.

—Que me ahorquen. Esto es como una reunión del colegio. ¿Cómo diablos estás, Madaline?

—Asustada. Me alegro de verte, George.

Me miró y le conté por encima lo que había sucedido. Cuando acabé, su mirada era concentrada y dura.

—Se te han echado encima, Regan. Pueden salir por cualquier

sitio. Eres un gran peligro. ¿Qué demonios es lo que sabes?

—Un montón de cosas. Un poco de todo.

—Bueno, tengo algo. Tu dinero ha comprado alguna información.

Echó una mirada a Madaline.

—No te preocupes —dije—. Está en esto con nosotros. Todos del mismo lado.

—Antes de morir, Leo Marcus preparó una nueva organización del Sindicato. Tú habías deshecho la antigua y el Sindicato se encargó de él. Le hicieron responsable y lo dejaron en sus manos. Tenía que desaparecer. Te robó las pruebas que guardabas, y eso le hizo recobrar su posición en el Sindicato. Ahora, aquí está lo importante. Los gallitos de la organización se llevaron un susto cuando los abogados inspeccionaron los planes sobre la reestructuración. Leo Marcus les había cogido el dinero y se construyó él mismo un pequeño mundo aparte. Probablemente planeó recuperar la pasta antes de que se descubriera el desfalco, pero no actuó con la suficiente rapidez. Le descubrieron y ofrecieron un contrato para que le asesinaran y que aceptaron dos matones de Chicago.

—¿Cuándo fue eso?

—Como máximo tres días antes de la muerte de Marcus. Tuvieron tiempo de llegar a Nueva York y realizar el trabajo.

Sacudí la cabeza.

—No suelen trabajar así, y tú lo sabes. Generalmente se toman un par de semanas para planear el asesinato.

—Salvo que… —empezó a decir George.

—¿Salvo qué?

—Que lo llevaran a cabo metódicamente. Son profesionales y encontrarían un modo de acelerarlo. Intentaron librar del peligro a la banda y a ellos mismos provocándote. Diablos, estabas suspendido de funciones y deseando coger a Marcus, no podían encontrar un primo mejor que tú. Estabas a mano y te lo colgaron sin demora. Al Sindicato le habría venido bien.

—Hay algo que falla.

—¿Dónde?

—También querrían recuperar el dinero.

Ahora era George quien sacudía la cabeza.

—En este caso, no. Se podían permitir perderlo. Lo recuperarían de otra forma, no les importaba mucho. Un tipo con un millón no echa de menos un dólar. Ese es el principio del asunto. No quieren establecer ningún precedente dejando que alguien en la organización se largue con dinero de la compañía.

—¡Caramba! —exclamé.

—También deben haber contratado a alguien que se encargue de ti, Regan —dijo George tranquilamente—. ¿A dónde nos lleva esto?

Me bebí de un trago la cerveza que trajo el camarero y dije:

—El amor al dinero es la raíz de todos los males.

—¿Qué? —George frunció el ceño.

Madaline me echó una mirada rápida.

—Te llamaré a la oficina, George. Estate preparado en caso de que haya problemas.

—El juicio del departamento es mañana.

—Estaré allí —le dije.

Arrojé un billete en el mostrador, cogí a Madaline por el brazo y salimos fuera. George había pedido otro trago.

En la cabina telefónica de la esquina de Broadway llamé a Jerry Nolan. Le dije que bajara a encontrarse conmigo en el restaurante barato, cerca de la comisaría. Blasfemó y gruñó, pero dijo que estaría allí en quince minutos. Cuando bajó del coche estaba arrugado y a medio vestir, con la chaqueta de cuero echada sobre el pijama.

—Eres un cara, Regan. No sé por qué diablos hago esto —miró a Madaline y la reconoció—. ¿Qué diablos está haciendo aquí?

—Yo se lo pedí, Jerry —la cogí de la mano y él lo vio.

Se encogió de hombros expresivamente.

—Claro. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Dónde está Argenio?

—En su casa, en la cama si fuera listo. Ha estado trabajando todo el día en el caso Scipio.

—Debes actuar con cautela. No dejes que nadie te haga preguntas. Quiero que compruebes los informes de la Policía militar.

—¿Qué ha fallado? —preguntó.

—Eso es lo que quiero averiguar —le expliqué rápidamente y frunció el ceño.

—¿Tienes idea del tiempo que lleva hacer eso?

—A lo mejor tienes suerte.

—Maldita sea, Regan, puedo estar con eso dos o tres días. Supón que no está en los informes.

—Entonces indaga entre la gente de los barrios bajos. Llevan allí toda la vida y alguno sabrá algo.

—Supón que no está en la ciudad.

—Consigue la colaboración de otros departamentos. Otras veces lo hemos hecho.

Se frotó la barbilla.

—¿Crees que es posible?

—¿Tú no?

—Puede ser —asintió—. Entonces me costará algunas horas de sueño y el infierno en casa. Ahora mi mujer se queja del horario y ni siquiera estoy haciendo méritos para el ascenso.

Nos dio las buenas noches y entró en el coche.

Madaline me miró y dijo:

—¿Puedo preguntar de qué se trata todo esto?

—Es mejor que no lo sepas, cariño. Al menos por ahora.

—Pies planos[11] —sonrió amablemente.

Vi un taxi circulando y le hice una señal para que parase, entramos y le di mi dirección. Madaline arqueó las cejas.

Le di un codazo.

—Es de buena educación esperar hasta que te pregunten.

Pagué al conductor, esperé hasta perderle de vista, me aseguré de que estábamos solos y entramos en el portal. Había dejado de correr riesgos. La luz estaba encendida, el pasillo estaba vacío y llevaba el 45 en la mano. Los pasos de Madaline me seguían por la escalera, la hice a un lado y abrí la puerta.

Mi apartamento estaba vacío.

Eché el cerrojo mientras Madaline se quitaba la chaqueta, después cogí de la cocina un cuchillo y un punzón de romper hielo, encontré los agujeros que las balas dejaron en la pared y estuve veinte minutos tratando de sacarlas sin hacer mucho destrozo.

Madaline contempló las aplastadas bolitas de plomo en la palma de mi mano y tocó su superficie plana con el índice. No había quedado mucho de ellas.

—¿Demostraría algo una prueba comparativa?

—¿Eres experta en balística?

—He leído mucho.

—No me interesa el revólver, Mad. Es fácil enterarse. Es el silenciador y ciertas pruebas químicas nuevas lo que añadirán algo.

—Muy bien, impenetrable amigo, disimula, excita mi curiosidad. Tengo formas de enterarme, ya sabes.

Arrojé las balas sobre la mesa y extendí mis brazos, vino hacia mí en seguida, acercó su boca y sus ojos eran completamente nuevos, flamantes.

—No lo hagas nunca —dije.

6

La mañana envolvía la ciudad con un manto de niebla que empañaba las ventanas y dejaba resbaladizas las calles. Una neblina con olor a residuos de fábricas y al agua del río contaminada, venía desde el oeste, palpándolo todo con sus húmedos dedos. Era un día muerto. Se podía ver y sentir y saborear. Era la muerte con su guadaña, sentándose en el Coliseo para contemplar la sangrienta acción que sabía iba a ocurrir.

La gente iba de prisa al trabajo, con la cabeza baja, protegiéndose de la humedad, mirándose entre sí con sospecha, esquivando los extremos puntiagudos de las varillas de los paraguas que se enredaban sobre los hombros cuando se cruzaban. Los neumáticos de los coches silbaban contra el pavimento y los taxis circulaban impacientemente en busca de viajeros. No hacía tan malo como para que se pelearan por su servicio, y los conductores maniobraban hacia las esquinas esperando conseguir algunos de los indecisos clientes, parando justo delante de ellos.

Cogí uno y metí en él a Madaline, di al conductor la dirección de su oficina y le dije que la llamaría más tarde. No quería irse, pero comprendía que no podía quedarse y me dio un tierno beso de despedida, me acarició la cara con la yema de los dedos y dijo:

—¿Es verdad esto, Regan, o me estoy volviendo loca?

—Es real, cariño.

—Entonces ha debido haber algún cambio, cielo —me dijo—. Te veré más tarde.

Paré el siguiente taxi que pasó y le di una dirección de Brooklyn.

No había nadie en el club Lazy Daisy, excepto un portero que sacaba cajas de botellas vacías y la basura acumulada durante la noche, en los cubos, al lado del edificio. Por la noche el club se convertía en un lugar de reunión llamativamente iluminado, donde gastar el dinero alegremente, y era frecuentado por la clientela de los barrios bajos del otro lado del puente, en busca de emoción; pero en la madrugada se convertía en un estercolero sórdido, con

todas las características de una simple trampa para la clientela de fuera.

El portero me reconoció de un vistazo y trató de escabullirse, pero le di un tirón y le dije:

—No te escapes, viejo. No me interesas tú y no hay ninguna denuncia.

—Bueno, ¿qué es lo que quiere? Yo no…

—Helen the Melons. Trabaja aquí. ¿Dónde vive?

El viejo se encogió de hombros. No era su problema y ella tampoco era tan importante como para guardar silencio.

—Vivía en casa de Annie Schwartz. Dos manzanas más arriba.

Me dio el nombre de la calle y me dijo que buscara el letrero, después volvió a su trabajo casi escupiéndome en los zapatos. No le gustaban los policías.

Annie Schwartz era una mujer hinchada de cerveza y con el pelo demasiado amarillo y los dientes picados, me echó una ojeada y espetó: *poli*.

—Eso es…, Annie.

—No trate de conmoverme, señor. Esta casa está limpia.

—¿Lo suficiente como para aguantar una inspección del servicio de incendios? ¿o alguna revisión de…?

—¿Qué anda buscando?

—A una rubia llamada Helen, que trabaja en Lazy Daisy.

—Vive arriba. Número tres.

Pasé delante de ella y subí por las crujientes escaleras, encontré la puerta con un tres de metal fijado con tachuelas y llamé. Nadie respondió y giré el pomo. La puerta se abrió y salió una bocanada de fuerte perfume que flotaba en el aire enrarecido, Helen roncaba débilmente.

Estaba tendida sobre la cama, completamente desnuda; las sábanas estaban caídas a un lado, tenía la boca relajada y abierta. Su apodo la describía muy bien.

Si tuviera una delantera mayor, tendría que caminar a gatas. Estiré las sábanas para cubrirla y la desperté, escuchando las obscenidades que salían de su boca.

Por fin, consiguió verme, se preparaba para lanzarme una

perorata, pero me reconoció y trató de esconderse bajo la colcha. Su voz era casi un susurro.

—Regan… que… yo no…

—No te alarmes, Helen.

Se levantó un poco.

—¿Qué derecho tiene usted para…, escuche, tiene una orden de registro o algo? Está buscando…

Entonces vio la expresión de mi cara y gimoteó.

—¿Cuál es tu relación con Argenio, Helen? —le pregunté tranquilamente.

—¿Al? ¿Qué le importa a usted?

—Si te lo tengo que preguntar otra vez será por las malas. No tengo inconveniente en obligarte a hablar más alto. Deberías saberlo.

Helen intentó tragar saliva, pero tenía la boca demasiado seca. Sacudió la cabeza tratando de comprender lo que significaba todo aquello, sin éxito.

—No hay nada entre él y yo. Aunque me persigue a todas horas. Me harté. Siempre regañando, cada vez que me enrollaba con alguien de pelas. Docenas de veces he conseguido un tipo dispuesto a gastarse dinero en mí, y él llega y lo revienta todo. Lo único que le sacaba eran promesas, eso es todo. Me cansé y le dije que desapareciera. Él y sus promesas.

Cree que llegará a tener éxito y que podrá darme todo lo que quiero. Y una porra. No conseguirá nada. Y yo, ¿qué tengo? ese montón de papeluchos que me regaló. Creía que eran algo extraordinario y sólo eran papel. Si lo hubiera gastado en apuestas de caballos, podría haber sacado algo, pero no, tuvo que comprar esa porquería. ¿Quiere ver lo que me dio? Mire en el primer cajón.

Seguí su consejo y abrí el aparador.

En un rincón había un fajo de certificados azules, atados juntos con una goma. En el paquete había acciones de petróleo, oro y uranio, expedidas por extrañas compañías, a cambio de alguna investigación, y unas vacaciones pagadas. El amigo Al tenía un vicio, muy bien. Los pistoleros de primera que usaban Cadillacs y lujosos apartamentos vivían gracias a tipos como él.

—¿Todavía no te ha encontrado? —le pregunté por encima del hombro, mientras apuntaba los nombres de las acciones.

—Si usted lo hizo, él lo hará. Ahora tengo más problemas. Si quiere volver será mejor que venga con algo bueno. En este momento estoy con un tipo…

—Ahórrate la historia —dije.

Mientras yo salía me gritó:

—Dígale…

Pero cerré la puerta y bajé las escaleras. Annie Schwartz esperaba con los brazos cruzados sobre su enorme pecho, esforzándose en fruncir el ceño en su cara gorda y arrugada.

—Ha sido rápido, ¿eh? —dije.

En cuanto llegué de nuevo a Manhattan llamé a Jerry Nolan a la comisaría y le pregunté qué había conseguido. Parecía cansado e irritable.

—En estos archivos no hay nada. Estoy registrando los departamentos de la parte alta y de Jersey, pero va a pasar algún tiempo hasta que consiga algo —se paró, respiró y añadió—: ¿Cuánto tiempo puede esperar esto?

—No puede esperar, Jerry. Sigue en ello. ¿Está Argenio allí?

—Vino y se fue.

—¿Solo?

—Sí, ¿por qué?

—Por curiosidad. Volveré a llamar más tarde.

Colgué el auricular, introduje otra moneda y llamé a la Academia de Policía. El oficial del PBX que recibió mi llamada me dijo que Argenio había salido hacía unos minutos. Le di las gracias y colgué, sin darle más información.

Me quedé allí, de pie, sonriendo un poco. Las piezas iban encajando muy bien.

No fue fácil pasar por el laboratorio. Hasta que no terminara el juicio seguía siendo un policía suspendido de sus funciones, de quien era preferible estar alejado, sin tener en cuenta lo bueno que fuese mi expediente. Algunos me saludaron con la cabeza y dos se pararon a hablar un minuto conmigo, pero la mayoría se escabulló disimuladamente y me dejaron solo.

Ted Marker estaba más allá de la ventana, recogiendo los restos de ropa carbonizados de una caja que estaba clasificada como

procedente de un vehículo incendiado.

—Hola, Ted —dije.

Sonrió y dejó la caja a un lado.

—Tienes mucho valor, Pat.

—En este trabajo lo necesito.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué las balas que había extraído de la pared de mi apartamento y se las enseñé.

—¿Quieres un trabajo de comparación?

—No, quiero un análisis químico del polvo y del metal.

—¿Para qué?

—Las dispararon con silenciador. A menos que quedaran limpias al salir disparadas, lo cual es poco probable, en el silenciador se encontrarán los mismos restos.

—Quizá —dijo—. ¿Cuál es el truco?

Se lo dije y observé la extraña expresión de su semblante.

—Será mejor que estés seguro, Regan.

—¿Qué puedo perder? Podrás hacerlo, ¿verdad?

—No hay problema. Me hace sentir incómodo, eso es todo —volvió a mirar las balas y frunció la boca.

—¿Qué puede probar esto?

—Un eslabón de la cadena.

Me iba a dar la vuelta cuando vi sus libros en la estantería. En uno había una tira de papel blanco señalizando una página y vi la palabra SENTOL en ella.

—Toda la información de que disponemos está ahí —dijo Ted.

—¿Y tú no crees que fue Sentol?

Se encogió ligeramente de hombros.

—Nunca te hubieras podido desmayar. Te lo dije. A menos que tuvieras la tripa llena de aspirinas.

—¿Qué? —exclamé, dando media vuelta.

—La aspirina anula el efecto estimulante del Sentol.

—Ted —dije—. Tomé seis aspirinas antes de ir al *Clímax* esa noche.

Entrecerró los ojos:

—¿Estás seguro?

—Demonios, puedo probarlo. Las compré y me las tomé allí mismo, en la farmacia de la esquina de la manzana. El dependiente me dio un vaso de agua para que me las tomara.

—Entonces pudo ser eso. Pero ¿dónde iba a conseguir alguien esa maldita droga?

Se me escapó una pequeña risa.

—Apuesto a que puedo adivinarlo. ¿Quieres descubrirlo conmigo?

—Por supuesto.

—Mira quién estaba encargado del caso cuando encontraron el FS-7 en el almacén Ross and Buttick. Los informes sobre los nombramientos son accesibles. Compruébalo y mira si el Sentol estaba en esa expedición.

Me echó una mirada sobresaltada y chasqueó los dedos.

—Espera un minuto, Regan. No tengo que buscar esta última parte. Lo recuerdo porque hicimos las pruebas en el laboratorio. Yo estaba de vacaciones, pero vi los informes que elaboró mi ayudante. Demonios, lo había olvidado.

—Entonces investiga la primera parte.

—Lo haré —se detuvo, carraspeó y dijo—: El juicio es hoy, ¿verdad?

—Esta tarde, a las tres en punto.

—Pásate por aquí después.

—¿Independientemente del resultado del juicio?

—Sí.

Llegué a la oficina de George Lucas antes del mediodía y le sorprendí en su escritorio estudiando los argumentos de mi defensa en el juicio. Levantó la vista, me ofreció una silla y dijo:

—Estamos ante un caso difícil.

—¿Va a comparecer Argenio?

—No tiene por qué. Ha firmado los informes, es suficiente —dejó el lápiz y me miró fijamente—. ¿Por qué?

Le dije lo que pensaba y le vi interesado. Cuando terminé dijo:

—Te has arriesgado mucho con esas suposiciones.

—Encaja.

—Espera hasta que esté probado.

Arrojé sobre el escritorio las notas que había tomado en la habitación de Helen the Melons.

—¿Cómo puedo conseguir una información rápida sobre estas

acciones?

—Pídeselo a tus otros abogados, Selkrik and Selkrik. Están metidos en esto.

—Llámales.

Escuchaba mientras George pidió la llamada y agitaba la lista que le había dado. Hubo una corta espera mientras el mayor de los Selkrik daba la información, después colgó.

—Dicen que no se compran esas acciones. Son basura. Salen a un alto precio y se quedan en nada. Es como intentar sacar un as de una baraja a la primera. Eventualmente sale uno, pero las apuestas están en contra. Esa mercancía es una trampa.

—¿Cuál es el valor del material?

—En esta lista tiene un valor de veinte grandes. ¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que sé.

—El círculo se está estrechando —sonrió sin alegría—. ¿Crees que hay más?

—Puedes preguntar por ahí. Quizá tenga una caja de ahorros. Si quieres, conozco a un tipo que me debe un favor y no le importaría ir a su casa y buscarlo.

—No corras riesgos.

—Quizá no tengamos que hacerlo —me levanté y cogí el teléfono—. ¿Te importa?

—En absoluto.

Le dije a su secretaria que me pusiera con Jerry Nolan en la Comisaría y me senté sobre el escritorio mientras esperaba la contestación.

—Soy Nolan —dijo.

—Aquí Regan, ¿hay algo nuevo?

—Nada. Ahora permíteme tomar mi almuerzo.

—¿Recuerdas el dentista que reconoció el diente postizo que hizo a Marcus?

—El doctor Leonard Shipp. ¿Puedo irme ahora a comer?

—Claro, hasta luego.

Colgué y le dije a George que estaría de vuelta en una hora para repasar las cosas juntos. Quería que me quedase cerca, pero ya no quedaba mucho tiempo. Empezaba a haber movimiento y yo tenía que mantenerlo así. Encontré al doctor Shipp en la guía telefónica, cogí un taxi hasta su dirección en el lado oeste. Le hice abandonar a

un paciente para salir a hablar conmigo, oliendo a lo que hubiera en su consultorio esterilizado y de azulejos blancos.

Era alto, de facciones pronunciadas, con ojos impacientes tras las gafas bifocales, estaba molesto por la interrupción y esperaba terminar con prontitud. Era de los que creen en la palabra «Policía» a pies juntillas y no se molestan en preguntar por la placa.

—Leo Marcus fue paciente suyo por un tiempo, ¿no es así?

—Creí que se había terminado este asunto.

—Han surgido otros asuntos relacionados.

Movió la cabeza con un breve asentimiento.

El señor Marcus fue mi paciente durante algunos años. Le extraje todos los dientes y le hice la dentadura postiza. No había ninguna duda. Estaba hecha de forma especial y era bastante cara. En realidad, le hice dos juegos.

—¿Oh?

—Es muy normal. Si se rompe o se pierde puede resultar muy engorroso.

—¿Había alguna diferencia entre ellos?

—Eran idénticos.

—Gracias, doctor.

Le dejé y volví afuera. Sabía una cosa. Había visto todos los efectos personales de Leo Marcus cuando me llevaron hasta su casa para reconstruir los hechos hasta donde fuera posible, y no había ninguna otra dentadura entre ellos.

Sin tener en cuenta la advertencia de George me puse en contacto con Walter Milcross en el ruinoso hotel que él llamaba su hogar. Era un edificio de cuatro plantas que hacía esquina con la Octava Avenida y que iban a demoler pronto. Estaba en casa, trabajando con la bisutería que colocaba a los turistas como mercancía de primera y que parecía valer mucho más de lo que pedía por ella, aprovechándose de la tendencia natural de la gente a la avaricia. Por la televisión y los trajes nuevos colgados en el armario se podía decir que le iba bien.

Hacía mucho tiempo, le libré de un estafador, trabajando fuera de las horas de servicio y nunca lo olvidó. Le dije que le necesitaba para entrar en el apartamento de Argenio, me miró un poco

desconcertado y pensó que sería un trabajo fácil mientras no hubiese nadie dentro. Hice una parada rápida en la Oficina Central y me enteré de que Al estaba en Freeport, Long Island, investigando algo relacionado con el caso Scipio y no volvería antes de algunas horas. Era tiempo suficiente para Walter. Le dije lo que tenía que buscar y que si aparecía algo más que resultara sospechoso lo cogiera. Walter sacó sus herramientas, cogió una chaqueta del armario, se metió un par de guantes en el bolsillo y me condujo escaleras abajo hasta la esquina, donde nos separamos.

Miré al reloj. Era casi la una.

Arriba, el cielo gris parecía cortar por la mitad los edificios más altos, retumbaba como un tanque resquebrajándose y la lluvia caía dejando el ruedo limpio para entrar a matar. Paseé a través de la ciudad hasta el edificio de George y subí a su oficina. Aún no había regresado, entré en su despacho y cogí el teléfono.

Jerry Nolan sí había vuelto. El cansancio había desaparecido de su voz, que ahora sonaba cautelosa:

—Esta vez he conseguido algo, Regan. Un tipo de Jersey City, que responde a la descripción, ha desaparecido. Era un estibador temporero, le dio muy fuerte por la bebida. Justo antes de desaparecer se dejó ver con un fajo de billetes, pero no dijo nunca dónde lo había conseguido.

—¿Cómo encaja eso?

—Perfectamente. Tenía una ficha en un médico local, pero ninguna característica física que permitiera su identificación. Sus huellas estaban en el archivo del FBI por haber trabajado en los astilleros durante la guerra. Hay fotos policiales en los archivos y alguna foto de periódico, de cuerpo entero, cuando le arrestaron en una pelea, en un bar de por allí.

—Va saliendo, Jerry.

—¿Sabes cómo me siento?

—Lo sé —dije suavemente—. Esto apesta. Siempre es así.

Sea lo que fuere, se despertó en mí esa sensación ardiente, estremecedora, que era puro odio. Tenía las manos crispadas, casi no podía articularlas para marcar otro número. Era a mí a quien querían, pero no sería a mí a quien atrapasen. Todo el ovillo empezaba a deshacerse, desenmarañándose él mismo, de forma que se le podía ver por completo y no escondido dentro de una apretada

bola de pelusa.

Ted Marker contestó a mi llamada y supe que había acabado con ello antes incluso de que dijera:

—Está comprobado, Regan. Encontré el truco donde dijiste que estaría y los análisis químicos lo descubrieron. Los nombramientos estaban en los archivos y él estaba allí, correcto. ¿Lo transmito?

—Todavía no, Ted.

—¿Por qué, Regan? Maldita sea, no podemos dejarle andando por ahí…

—Porque eso no me dejaría limpio, por eso.

—Demonios, no pueden procesarte otra vez. Ellos…

Una vez más le interrumpí:

—Hay que hacer una llamada más. Tengo que encontrar ese material que recogí sobre Marcus. Es lo único que puede destruir la acusación de negligencia que me echarán a la cara en el juicio. Quiero todo perfectamente aclarado y en el expediente.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo—. ¿Dónde estás?

—A salvo. En la oficina de George Lucas —y colgué.

George Lucas cruzó la puerta y se plegó en su silla detrás del escritorio. Me vio la cara y desveló lo que estaba escrito en ella.

—Regan…

—Al Argenio fue quien me disparó. Cogió el silenciador de una de las muestras de armas confiscadas de la Academia de Policía y trató de matarme.

—¿Hay pruebas? —me preguntó escuetamente.

—Posiblemente. Le vieron salir cuando lo devolvió a su sitio.

—Pero seguramente no le vieron hacerlo. Se apoyarán en eso.

Sacudí la cabeza y miré por la ventana.

—Le asignaron para el caso que investigó dónde se escondía el FS-7 y el Sentol. Se guardó parte del material y lo entregó a determinada gente a cambio de dinero.

—Eso son conjeturas, Regan.

Lentamente, volví la cabeza y le miré.

—Le hizo a una chica un regalo de acciones valoradas en veinte de los grandes.

George se echó hacia atrás como si, por alguna razón, no quisiera estar demasiado cerca de mí.

—Tenía un vicio. Algunos se pierden jugando a… los caballos, a las cartas…; otros por las mujeres o el alcohol…, era uno de esos tipos raros que tienen verdadera pasión por jugar a la bolsa. Se bromeaba en la Oficina Central. Su periódico siempre estaba doblado por la página financiera.

George sacudió la cabeza.

—Si llevaba guantes cuando te disparó, la prueba de la parafina no demostrará nada. Las inversiones perdidas en acciones no probarán nada. No sería lógico, amigo —carraspeó, y continuó—. Si puso una trampa en tu casa con ese gas somnífero necesitarás testigos. Argenio es tan profesional como tú. Conoce todas las reglas. No se dejaría ver. No, Pat, lo único que te salvará el cuello sería encontrar esas pruebas sobre Marcus en su poder.

—Estoy esperando algo sobre eso —dije.

A pesar de todo, tenía la sensación de que el asunto se acababa. George tenía razón, después de todo no era suficiente. Me levanté y me asomé a la ventana, mirando atentamente a través de la lluvia a la pequeña gente que tomaba asiento para ver el espectáculo, sin saber de qué obra se trataba y sin que tampoco les importase. Cualquier espectáculo era válido. Mañana saldría en los titulares de los periódicos y se emocionarán por haber estado en el mismo local en que sucedió.

El teléfono sonó repentinamente y George lo cogió. Dijo algo, después se volvió hacia mí:

—Es para ti, Pat.

—Dígame.

—Soy Walter Milcros, señor Regan. Estoy en la calle de su casa. Trabajo fácil, pero no encontré nada. Un par de certificados de acciones que dejé, pero no los informes. El lugar estaba limpio. Habría descubierto cualquier escondite, pero no apareció nada.

La vida se me escapaba:

—¿Estás seguro, Walter?

—Ya me conoce, señor Regan. No había nada en ese sitio fuera de lo normal, salvo un dedo en un tintero.

—¿Qué?

—Sí, absurdo, ¿verdad? Tengo aquí en el bolsillo ese tintero…,

la gente guarda llaves de cajas fuertes en ellos, pensando que nadie quiere mancharse con tinta y saqué un dedo. Uno de verdad. Lo más tremendo que he visto nunca.

—¿Dónde está, Walter?

—En mi bolsillo, metido en un sobre. A lo mejor es un excéntrico. Una vez conocí a un tipo…

—Tráelo aquí, Walter. Dáselo a George Lucas.

—Claro, señor Regan, pero respecto a los papeles… quiere que…

—Ya has hecho bastante, amigo.

Colgué. Me volvió esa fuerte sensación. No necesitaba el resto. George estaba sentado con paciencia, mientras yo llamaba a Ted Marker. Le dije lo que tenía y que se pusiera en contacto con Jerry Nolan con la información. George lo oyó todo y su cara tenía una palidez enfermiza.

Entonces, Ted dijo:

—Pat… Argenio ha vuelto hace una hora. Estaba en el archivo y vio los papeles con el informe de los nombramientos y quiso saber de qué se trataba. Edson no sabía lo que ocurría y le dijo que yo los había pedido. Acabo de ir a buscar a Argenio, pero no le encuentro por ningún sitio. Edson dijo que parecía dispuesto a matar a alguien.

Colgué el auricular despacio, me chirriaban los dientes.

—Se ha dado cuenta —dije—. Se ha escapado.

—¿Dónde puede ir?

—Donde yo no pueda encontrarle.

—El juicio es dentro de una hora.

—A la porra con el juicio. Haz que lo pospongan.

—Quizá preferirías explicármelo despacio, Pat.

—A Marcus sólo le costó un puñado de dinero congraciarse con el Sindicato. Demostró sus intenciones haciendo que Al Argenio buscara en mi casa los documentos y dejara ese dinero allí.

—¿Argenio recibía dinero de él?

—Durante largo tiempo, aparentemente. Quién sabe los favores que le haría. Estaba en posición de actuar mucho aquí y allá. Uno de ellos estaba averiguando el poder del Sentol y del FS-7, mientras él estaba en el caso del almacén. Entregó parte al Sindicato, a través de Marcus. El problema fue que perdía su dinero en malas inversiones y siempre necesitaba más. Una vez que esos tipos le

engancharon, estuvo metido a fondo.

—Continúa.

—Mientras estuve en arresto domiciliario, Marcus utilizó el dinero del Sindicato para relanzar la operación por la costa este. O una parte por lo menos. Otro buen pellizco fue para su propio uso. Pensó que podría cubrirlo más tarde, creo, pero ellos no corren riesgos cuando hay tanto en juego y comprobaron sus cuentas. Después de que salió perdiendo le pusieron en la lista negra y contrataron a un par de matones de fuera para eliminarle.

»Marcus se enteraría de alguna forma…, probablemente tenía sus propios informadores dentro de la organización y tuvo que dejarlo, así se quitaría de encima al Sindicato y a la ley. Buscó un ingenuo que se pareciera físicamente a él. Era grande y gordo, calvo, sin dientes, pero sin cicatrices, tatuajes ni huesos rotos.

—Eso llevaría tiempo, Regan.

—Con dinero se conseguiría ese tiempo. De todas formas, encontró su tipo. Le prometió algo, le cogió en su casa, esperó, según su plan, hasta que yo entrara en la operación, porque estuve diciendo que volvería sobre él por haberme tendido esa trampa, sabía que sería un primo perfecto…, y allí estuve.

»Demonios, no era difícil seguirme. No disimulé en lo que hice mientras estuve suspendido de empleo. Quizá fue Argenio quien me siguió de cerca, o quizá algún otro. Me gustaría creer que fue Argenio, ese bastardo. Marcus estaba enamorado de Mildred Swiss y la preparó para el trabajo. La tuvo a mi lado para que me echara el Sentol. Seguramente le prometió la luna y por eso lo hizo…, un viaje a Europa juntos y todo lo demás. No sabía lo que hacía, pero, de todas formas, lo llevó a cabo.

»En esa fiesta que dieron Popeye Lewis y Edna Rells estuve a punto: la oportunidad era perfecta y me engancharon. Tenía una cosa en la mente… coger a Leo Marcus antes de que llegara el juicio del departamento. Después de que me hicieran tomar esa dosis, la idea tomó cuerpo y me fui de la boca. El único golpe de suerte que tuve fue tomarme antes esas seis aspirinas. Eso anuló el efecto del Sentol. Quizá habría matado al tipo que prepararon para que pareciera Marcus, no lo sé. Sé que esperaban que me encontraran consciente, borracho y con un revólver en la mano.

»De todas formas, subí esos escalones y me dejaron entrar allí.

De esto no me acuerdo. Todo lo que sé es lo que ocurrió. Me pudieron haber llevado hasta dentro. Al ser incapaz de hacer el trabajo, alguien…, Marcus o Argenio…, cogió mi revólver y disparó seis balas en la cara del que hizo de cebo, destruyendo todo lo que tenía. Me volvieron a poner el revólver en la mano, recargado, después dispararon y así la prueba de la parafina sería positiva. Nunca encontrarían un tronco quemado ni una bala descargada. Arrojaron el cuerpo de cara contra la chimenea, así las llamas quemarían las huellas de sus manos. Aplastaron un juego de la dentadura postiza de Marcus y esparcieron los pedazos alrededor.

—¿Y el dedo? —preguntó George.

Me levanté y paseé entre el escritorio y la ventana.

—Fue un desafortunado accidente de Marcus. Cuando el tipo vio lo que estaba ocurriendo trató de protegerse con la mano, y una bala le arrancó el meñique. Se darían cuenta al examinar los restos. Faltaba un dedo, porque Argenio lo encontró y lo guardó. Tenían que dejar un dedo allí para que lo encontrase la policía.

George parecía asqueado.

—Hay médicos por ahí que han perdido el título —dije—, y que harían ese trabajo por dinero. Marcus los conocería. Uno le amputó el dedo, le dieron un tiro al final, para que pareciera que lo había arrancado una bala y lo colocaron debajo de la repisa de la chimenea. En realidad, eso hacía más verosímil la muerte de Marcus. Uno de sus propios dedos estaba allí como prueba irrefutable de su muerte.

—Pero el dedo estaba en casa de Argenio.

—Era como un seguro, George. Al fue listo. Guardó el dedo y así Marcus no podía matarle. Los dos fueron testigos de un asesinato, lo planearon y lo ejecutaron. Marcus tenía mucha información sobre Al; ahora Al tenía la llave para mantener a Marcus a raya y hacer que le diera el dinero que necesitaba, del nuevo negocio que Marcus había planeado.

—Entonces, si encontramos al médico que hizo el trabajo… —dijo George.

—Al diablo con el médico —dije—. Quiero a los dos. Argenio primero.

—No puede ir lejos.

Estaba hecho. Relacionado. Sonreí, cogí el teléfono y llamé a la

oficina de Madaline. Se iba a alegrar de oír la noticia. Mientras esperaba a que le pasaran la llamada, le dije a George:

—Ve al otro teléfono y empieza a llamar. No hay tiempo para el maldito juicio.

Asintió y fue al despacho de fuera, entonces la voz al otro lado del teléfono dijo:

—Agencia Sturvesent, oficina de la señorita Stumper.

—Soy Pat Regan. ¿Está Madaline?

La voz titubeó y dijo:

—¿Por qué?… no. ¿No está con usted?

Casi no me salieron las palabras:

—¿Se supone que debería estar conmigo?

—Hace una hora… la llamaron desde abajo. Dijeron que era un amigo suyo, policía, y que quería verla. Ella dijo que sería usted y que seguramente no volvería.

¡Maldito sea todo! Ideó brillante y perfectamente la escena y ahora estaba pulsando el botón destructor.

—Comprueba la llamada de abajo y consigue una descripción de la persona que se encontró con ella. No dejes que salga nadie hasta que llegue yo. ¿Has entendido?

Mi voz alarmada la dejó helada, después dijo:

—Sí, señor.

El 45 que llevaba en el cinturón pesaba como algo vivo que me hablaba y salí corriendo de la habitación. George estaba hablando por teléfono y le interrumpí:

—Tiene a Madaline.

—¿Quién? —George me miró sorprendido.

—Argenio. Llama a mi oficina y haz que Jerry Nolan consiga una orden de busca y captura y un coche patrulla. Cuéntale los detalles y agarra ese dedo cuando llegue Walter.

—Pat… ¿Dónde vas? Maldita sea, Pat, no puedes…

Pero yo ya estaba lejos de la puerta.

7

La llamada se realizó desde el vestíbulo del edificio, a través de la recepcionista. No había ninguna duda. La descripción que hizo ésta respondía a la de Argenio, excepto en lo referente a su amabilidad, pero debió esforzarse para parecer convincente.

Se acercó a ella por detrás, cuando salía del ascensor y ni la recepcionista ni el vigilante oyeron lo que dijo, pero el portero uniformado de la entrada le vio cogerla del brazo y salir hasta un taxi, parado con la bandera bajada.

Hice que la recepcionista me pusiera con la Oficina Central y hablé con Jerry. Por si acaso alguien estaba escuchando, me volví y bajé la voz, pero me costó un gran esfuerzo. Todo lo que Jerry dijo fue:

—¿Qué diablos ocurre, Regan?

—Escucha, Jerry. Estoy en el edificio de la Agencia Sturvesent, en Madison Avenue. Argenio se ha enterado y me la ha jugado. Ha cogido a Madaline, la metió en un taxi y se escapó. Avisa a todas las compañías de taxis y haz que sus conductores comprueben las hojas de viaje.

—¿Cómo van a poder contactarlos? No tienen radios. La mayoría no pasan por el garaje hasta las cuatro.

—Entonces da el aviso a todos los coches patrulla para que los busquen. Da la orden a los guardias del Metro y a los encargados del túnel y del puente, pero diles que tengan mucho cuidado. Ahora sería capaz de hacer cualquier cosa. Ella es su escudo y una advertencia para mí.

Jerry trató de parecer tranquilo, pero su voz sonaba preocupada.

—Quiere vengarse de ti. No piensa dejarla viva.

—Haremos lo que se pueda.

Miré el reloj. Me llevaba una hora de ventaja, y en una hora se puede llegar muy lejos en la ciudad. De una forma o de otra tenía que localizar el taxi que le esperó. Por la calle pasaba poca gente, arrimados a las paredes de los edificios, bajo la lluvia. Los más

valientes se quedaban en el bordillo, haciendo señales inútilmente a los taxistas ya ocupados. Ninguno iba de prisa. Cuando alguno paraba, para dejar a los pasajeros, ya había allí otros para ocuparlo de nuevo.

Madison Avenue. El centro del mundo publicitario. El centro de todo. Pensé, y estaba atrapado en medio como una inútil viejecita atravesando un cruce en una hora punta. Había cientos de personas en los edificios a mi alrededor, preparando la venta de productos al mundo a través de la televisión y de la radio y no podría encontrar otro taxi hasta que no pasara una hora. A las cuatro terminaba un turno y empezaba otro, tendría que esperar hasta entonces.

Piensa, Regan. Piensa o ella morirá.

Esperé a que cambiara el semáforo, crucé y recorrí dos manzanas hacia abajo, hasta la estructura moderna de hormigón que alojaba una importante cadena de estudios. El guardia de la entrada era un sargento retirado, del cuarto distrito policial, le conocía y cuando le informé de todo, me condujo arriba, hasta el hombre adecuado.

Steve McDell dirigía unos boletines especiales de noticias para la cadena de radio de la compañía, escribió mi historia en treinta segundos, la comprobó con la oficina central y lanzó la noticia al aire él mismo. Se pidió que cualquier taxi que hubiera hecho un viaje desde el edificio de Madaline lo informara inmediatamente. Cuando terminó de grabar la cinta dijo:

—Saldrá cada dos minutos. Déjame establecer contacto con las otras cadenas por si los chicos sintonizan otra emisora.

—Si llevan radio —dije.

—Casi todos llevan hoy día esos pequeños transistores en el salpicadero, si es que el coche no lo lleva ya instalado —me recordó.

McDell dio a un botón y sonó música popular invadiendo la habitación desde un altavoz en la pared, se interrumpía alguna que otra vez por la cinta grabada con el aviso. Justo después de la tercera, empezaron a sonar los teléfonos y él contestó.

—Los periodistas están llamando —dijo—. ¿Qué les digo?

—Nada. Tendrán una declaración de la Policía.

Pasó el mensaje y, como se mostraron insistentes, colgó. Entonces en un teléfono a su derecha, reservado obviamente para

llamadas especiales, se encendió una luz roja intermitente. Lo cogió, habló un momento y se volvió hacia mí.

—La otra cadena. Tienen tu taxi al habla.

Le quité el teléfono de la mano.

—Soy Pat Regan, del departamento de Policía. Páseme con él.

Hubo una serie de clics y me pasaron la llamada, después una voz gutural dijo:

—¿Es usted el tipo con quien tengo que hablar acerca de esa llamada?

—Eso es.

—Acabo de oírlo. Hoy hice un viaje desde allí.

—¿Cuántos eran?

—Dos…, un tipo alto y una mujer muy guapa. Me hizo bajar la bandera en la Cuarenta y uno; me dejó allí esperando, después salimos hacia Long Island City. Se bajaron en la estación de Metro de la línea BMT.

—¿Cogieron el tren?

—No.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Porque di la vuelta en la siguiente manzana y seguían allí tratando de parar otro taxi, por eso. Puedo decirle una cosa…, allí no iban a coger ninguno. Estaba lloviendo a mares y todos los taxis iban ocupados. La parada de taxis estaba vacía y el tráfico era muy denso. Había mucha gente esperando. Ya sabe cómo es eso.

—Muy bien, gracias. Seguiremos desde allí.

Steve McDell me miraba con curiosidad.

—¿Ha dado resultado?

—Están en Long Island City. Tengo que ir allí.

—¿Quiere un coche de la empresa? Hay uno abajo.

Le sonreí.

—Entonces, de prisa.

—Mi amigo estaba tan excitado como en su época lo hubiera estado un caballo de los bomberos al oler el humo.

—Pídemelo, ¿quieres?

—Encantado, Pat.

—Consigue también un coche patrulla para que nos vaya abriendo camino. Tendremos que saltarnos los semáforos rojos. Di a la otra cadena que borre la cinta. Si la oyese podría acelerarse los

acontecimientos.

Entendió lo que quise decir y llamó por teléfono mientras Steve McDell y yo salíamos corriendo hasta los ascensores, entramos en uno antes de que se cerraran las puertas y bajamos.

La lluvia, al final de la tarde, casi se convirtió en un crepúsculo atravesado por los faros de los coches que se abrían camino entre el tráfico. Los escaparates de los almacenes y las ventanas de las oficinas hacían un llamativo alarde de opulencia, como si todo marchase bien por el mundo. Nos encontramos con el coche patrulla dos manzanas más allá, siguió hacia adelante y torció al este, se deslizaba entre el denso tráfico haciendo sonar la sirena.

Llegamos a la estación de Metro en veinte minutos, ya había allí otro coche de Policía, aparcado detrás de un taxi cuyo conductor hablaba con nerviosismo a uno de los hombres de la patrulla. Me presenté y el Policía señaló el taxi:

—Nos ordenaron que preguntásemos por aquí y él dice haber recogido a una pareja que responde a la descripción.

Me acerqué al conductor que esperaba intranquilo.

—Descríbalos.

Lo hizo. Eran Argenio y Madaline, seguro.

—Me pararon justo aquí en la estación —me dijo.

—Entraron y les llevó al Marco Bottling Works. La mujer estaba asustada, eso fue lo que pensé. Me imaginé que sería su marido y que la habría sorprendido callejeando. Ninguno de los dos dijo nada durante el trayecto.

—¿Entraron en ese sitio?

—¿Cómo iban a hacerlo? El lugar está cerrado. Me extrañó, pensé que se bajaban en sitio equivocado y que necesitarían que les llevara a otra parte, pero cuando paré en el semáforo, una manzana más allá, les vi por el retrovisor cruzando la calle.

—No es una zona residencial —dije.

—Sí, ya lo sé. ¿Entonces, dónde pudieron ir? Difícilmente cogerían un taxi desde allí, salvo que lo pidieran por teléfono. Los obreros de las fábricas cogen el Metro o tienen coche propio.

Otro coche patrulla se detuvo, el policía que iba al lado del conductor bajó y se acercó.

—Estamos esperando instrucciones.

—Cubrid la zona —dije—. Quizá tengamos que registrar edificio por edificio. Manténgalo en secreto…, si se entera de que estamos cerca matará a la mujer.

—Daré la orden —dijo, y volvió al coche.

Los otros policías entraron en los suyos y se perdieron entre el tráfico.

McDell me estaba esperando, asomándose por la ventanilla.

—¿Quieres que haga algo?

—Ya has hecho bastante. Olvídalo por ahora. Si hay alguna historia te la contaré.

—Cuídate, Regan. Me alegra haberte podido ayudar.

—Gracias —dije.

El taxista seguía esperando y me metí en su taxi.

—Lléveme allí —le ordené—. Reduzca la marcha en la calle que siguieron ellos. Quiero echar un vistazo.

Asintió de forma entusiasta y no se molestó en bajar la bandera. Este paseo corría a cuenta de la compañía, era una de las cosas que había deseado hacer toda su vida. Si hubiera estado al tanto de todos los detalles, no se habría alegrado tanto. El sitio en que dejaron el taxi estaba a diez minutos de allí. Señaló el edificio, giró a la izquierda hacia la calle en la que les vio entrar. Los dos lados de la manzana estaban flanqueados por edificios que albergaban pequeñas industrias y empresas no muy boyantes.

Le hice parar tres veces mientras yo salía y preguntaba a algunos desocupados, que paseaban fumando bajo la lluvia, si les habían visto. Sólo conseguí negativas. Seguimos la marcha, pasamos el siguiente cruce y probé con un vendedor de periódicos que estaba tras una ventana sucia y con cagaditas de mosca. El tipo, pequeño y gordo, tras el mostrador, dijo que no; hasta las cinco en que cerraban las fábricas, nadie volvía a pasar por allí desde la una, que era la hora del almuerzo y sobre todo en un día como ése.

Me iba a acercar hasta el chico de cara cetrina que ojeaba un tebeo cerca de la puerta, entonces murmuró:

—Un tipo entró. Compró puros.

—Eso fue esta mañana —dijo el vendedor molesto—. Deja esos malditos tebeos en su sitio si no vas a comprar ninguno.

—¿Quién? —pregunté como distraído.

Volvió a colocar los tebeos y se encogió de hombros.

—Ese tipo con la mano herida. La llevaba vendada. Compró puros.

Lo debí recordar. Fue una de las cosas que no tuve tiempo de comprobar antes de que me robaran los informes. Leo Marcus había usado un edificio, en algún lugar de ese barrio, como escudo cuando controlaba la «protección» mañosa.

—¿Es un tipo muy gordo? —le pregunté.

—Algo así. Era un calvorota.

—¿Qué le pasaba en la mano?

El chico levantó la vista hacia mí con curiosidad.

—La tenía toda vendada, como si estuviera rota o algo así.

—Ah, no le preste mucha atención —dijo el vendedor—. Tiene muchas fantasías en la cabeza.

Saqué un dólar y se lo di al muchacho.

—Cómprate esos tebeos. Te los has ganado.

Fuera, la noche nos había rodeado. La lluvia caía arañando con sus dedos, traspasándome, pero me importaba un comino. El taxista se mostró reacio a seguir hasta que le dije que buscara un teléfono e informara de dónde me encontraba, entonces arrancó calle abajo y torció a la derecha. Yo caminaba hacia el norte, mirando cada edificio ante el que pasaba, pensando que cuando viera el número lo recordaría. La pista estaba clara. Argenio estaba implicado, y usaría todas las fuerzas a su alcance para escapar. Ya no lo podía hacer solo, sabía demasiado bien cómo actuaría el Departamento. Cortarían todas las avenidas conocidas si lo intentaba solo y no estaba dispuesto a morir lentamente en el largo camino hacia la silla eléctrica. Disponía de otra organización cuyos recursos podría utilizar ahora. Marcus le proporcionaría una salida, sabiendo que Al tenía el dedo que podría acusarle de asesinato. Pero Al no sabía una cosa. El dedo ya no estaba donde él lo había dejado. Más tarde intentaría cogerlo. Quizás lo habría conseguido de no ser porque un ladrón profesional como Walter conocía los sitios exactos donde buscar.

Seguí caminando.

Un par de caras me miraron desde las ventanas con curiosidad.

Los camiones pasaban retumbando, los conductores ponían toda su atención en conducir bajo la lluvia.

Había un borracho tendido en un portal, durmiendo, indiferente ante la humedad.

El cielo rugía en su seno y dejó caer un aguacero sobre la ciudad.

Vi el número 1717 y supe que había llegado.

Era un edificio derruido con las ventanas de la fachada cegadas. No había luces en los pisos superiores y la puerta de entrada estaba cerrada. Pasé por la puerta del taller de forja situado al lado y un tipo atento, con un delantal de lona, me condujo a la parte de atrás. Había una zona común cubierta de basura, la atravesaba un sendero que llegaba hasta los contadores eléctricos al otro lado del muro. El del 1717 estaba funcionando, comprobé el rotor dentro a la luz de una cerilla y vi que se movía lentamente. El lugar no estaba tan vacío como parecía. Alguien estaba usando electricidad allí arriba.

Apenas pude ver por encima de mí la vaga silueta de la oxidada escalera de incendios. Estaba cerca de mí, pero sabía el ruido que haría si intentaba utilizarla. En vez de ello seguí mi camino pegado a la pared, encontré la puerta trasera y busqué el pomo. Giró fácilmente, pero un cerrojo interior impedía que se abriera. El lugar estaba muy bien cerrado, pero era de esperar. Si Marcus lo preparó para que fuera su escondite, no estaría dispuesto a correr ni un solo riesgo. Cualquier medio de entrada estaría probablemente protegido con un sistema de alarma y probablemente, por arriba, tendría otra salida de urgencia preparada por si se viera obligado a utilizarla.

En una ventana próxima, se encendió una luz débil. El tiempo pasaba demasiado de prisa y no podía ir probando otros sitios por donde entrar. Me quedé allí tratando de decidir qué hacer y un rayo brillante quebró el cielo. Entonces supe lo que haría.

Cuando llegó el trueno con un ruido sobrecogedor, golpeé con el codo en el cristal y por encima del estruendo no pudo oírse el ruido de los trozos de vidrio al caer. Saqué los cascos del marco y cuando quedó espacio para pasar busqué los cables del sistema de alarma, los localicé y entré sin que se notara.

Leo Marcus debía haber modernizado su dispositivo de alarma. Era el viejo modelo que se activaba sólo al alzar la ventana. Me quedé parado mientras me acostumbraba a la oscuridad, con el 45

listo en la mano. Iba tanteando el terreno de la habitación poco a poco y entré en otra, caminando lentamente, porque cualquier ruido podría llegar arriba.

Una habitación daba a otra, llenas de muebles almacenados, que tenía que ir sorteando. Una vez tuve que sujetar una fila de sillas que casi se vino abajo, después de dejarlas en equilibrio me acerqué a la puerta. La abrí lentamente, regulando el chirrido de las bisagras con el rumor del tráfico de la calle. Entraba suficiente luz desde las ventanas para alumbrar el pasillo y las escaleras que conducían a los pisos superiores.

Me pegué a la pared donde habría menos riesgo de pisar alguna tabla crujiente, subía los peldaños de dos en dos, alejando así la posibilidad de tocar algún cable del circuito de alarma. Iba tanteando el camino que seguían los cables, encontré uno y pasé por encima, sonriendo en silencio, en la oscuridad. Otros conocíamos también los trucos.

Miré en una habitación del segundo piso, donde estaban todas las mesas de trabajo, las ventanas estaban pintadas de negro, no me interesó ese piso. Subí hasta el siguiente, tropecé con otros cables que corrían por el suelo y salté por encima. Una tabla crujió amenazadoramente y me detuve, esperando, por si había alguna respuesta.

Nadie vino y supe por qué.

Desde algún sitio en el siguiente piso, llegaba el sonido amortiguado de los gritos de una mujer y eso fue lo que evitaba que llegara hasta arriba cualquier ruido que yo hiciera. Volvió a gritar y localicé el sonido tras una puerta de acero, cubierta de remaches, una barricada que sólo derribaría una carga de dinamita.

Murmuré maldiciones impotentes y ya no me importaba nada. Encendí una cerilla, vi otra puerta al final y corrí hacia allí. Detrás del acero ella volvió a gritar y alguien se rio. Reconocí la voz de Argenio.

Esa puerta no era de acero. La lengüeta del candado se arrancó de la madera seca y podrida cuando la empujé con fuerza suficiente y la abrí, después la cerré detrás de mí. Otra cerilla iluminó una ventana pintada de negro y me guio hasta allí. Encontré la alarma

conectada a la parte superior del marco, la desconecté, abrí el pestillo y subí la ventana.

Bajo la ventana corría una cornisa de diez centímetros, de un lado a otro del edificio. No era lo bastante ancha como para caminar por ella, pero sí lo suficiente para ofrecerme el necesario escalón en el que poner las manos para recorrer la distancia hasta la escalera de incendios que estaba a la altura de la otra habitación.

No me gustaba, pero no me quedaba otra alternativa. No sabía lo que le estarían haciendo o lo que le costaría, pero necesitaba que gritara otra vez. Esperé, preparado. Oí esa risa apagada, apenas audible, después la nota penetrante de un grito que casi no oí.

Salté.

Por un instante pensé que lo había perdido, pero mis dedos se agarraron y me arrastré colgado por la cornisa, cogí el 45 antes de que pudiera caerse del cinturón. Me quedé fuera de la ventana y ella volvió a gritar. Apenas se oía. Encendí una cerilla, me vi reflejado en la superficie negra de la ventana, pero a través de un rayón en la pintura vi los tablones que la cerraban por dentro.

La entrada tenía que ser rápida. Necesitaba cogerles por sorpresa. Uno de los listones de metal que formaban el suelo de la escalera de incendios estaba medio suelto en un extremo y sólo tardé un minuto en soltarlo, un extremo se rompió quedando una especie de gancho, como una palanca.

Desde su asiento en el Coliseo la muerte con la guadaña vociferaba con placer ante mi intento de tratar de ganar el juego y aplaudía con sus truenos. Metí el gancho entre las dos hojas de la ventana, rompí el cierre cuando volvió a tronar y después levanté la ventana.

Dentro sonó la alarma, estridente, un sonido corto que vino desde fuera de la habitación. A través de una rendija entre las tablas vi parte de un hombre pasar corriendo, oí la reprimida maldición, entonces eché abajo el tablón con el pie y metí la cabeza en la abertura, para ver la cara sonriente y repugnante de Al Argenio.

El tiempo se detuvo por una fracción de segundo, pero en esa milésima leyó en mis ojos y supo que se había descubierto todo. La tenía atada a una silla, con la ropa desgarrada y le había estado dando una muestra de las cosas que siempre le complacieron y de las que ahora disfrutaba incluso más, intentando obligarla a

confesar sólo para estar seguro del juego que había estado representando hasta el final. Como siempre, estaba dispuesto a matarla cuando estuviera seguro de ello y a empezar otro juego escudado en Marcus.

Pero no le dije nada, y ella no habría sido capaz de hablar. Ahora le estaba diciendo cosas. En silencio. El Sentol, el FS-7, el silenciador, el dedo en el tintero. Leyó el mensaje completo en mis ojos y disparó desde la cadera.

Ni siquiera se acercó. El 45 le hizo un agujero en el puente de la nariz y, por el suelo hasta la pared, corrió un chorro de sangre. Se desplomó de espaldas por la fuerza del impacto, muerto antes de que su cuerpo tocara las tablas del suelo.

Sólo tardé unos momentos en hacer un agujero a través de la abertura y arrancar los tablones sueltos. Abajo alguien gritaba para que otro llamase a la Policía y un rayo de luz me enfocó mientras me metía entre los tablones. Una única luz fluorescente colgada del techo proyectaba una palidez azulada sobre todas las cosas. La sangre que le brotaba de la boca a Madaline tenía un tono morado y cruzándole el pecho y los hombros se veían unas marcas marrón oscuro producidas por una correa. Sus ojos estaban sin vida, vidriosos, doloridos y fatigados, entonces me reconoció y se le iluminaron.

A un lado había una puerta abierta por donde Marcus desapareció, pero ahora no estaba persiguiéndole. No iría muy lejos. Fuera, en la ciudad, las sirenas empezaban a hacer sonar el último acorde y sabían lo que buscaban.

Dejé el revólver en su regazo y empecé a desatar los nudos de la cuerda que la sujetaba.

—Cálmate, cariño. Relájate.

Primero desenredé uno, después, otro. Ella dejó caer los brazos fláccidamente a los lados, me arrodillé para desatar los que se le clavaban en la carne de los muslos y las pantorrillas.

Se retorció y se puso rígida. Levanté la vista para tratar de decirle que no tratase de librarse de la presión y entonces vi su cara. El terror estaba dibujado en ella y tenía la boca medio abierta con un grito sordo de aviso.

Leo Marcus dijo desde el pasillo:

—Muy bien, Regan, levántate y date la vuelta.

Giré la cabeza y le vi. Sostenía el revólver en la mano sana, la vendada la mantenía sobre el estómago. Tenía los ojos muy abiertos y alerta, su mente funcionaba de prisa. Me llevó las manos a la cabeza y me levanté, adelantando un paso para cubrir a Madaline.

Estarán pronto aquí, seguía pensando. Les podía oír acercándose. Podía matarme, pero ellos le cogerán. Por lo menos ella seguiría viva.

Marcus también podía leer en mi cara.

—No está bien, Regan. No hay tiempo suficiente.

—No tienes escapatoria, Marcus.

—Tengo una salida —dijo tranquilamente—. Estaba preparado de antemano. Seguiré mi camino cuando ellos estén todavía tratando de imaginárselo.

—Ya lo saben, Marcus.

—¿De verdad? —me miró burlonamente.

—Tienen ese dedo para probarlo.

Hizo un pequeño gesto con el revólver.

—Cualquiera puede perder un dedo. No olvides…, que tienen el mío, también.

¡Maldito sea! Tenía razón. No era una prueba definitiva.

—Incluso es preferible así —echó un vistazo al cuerpo de Al Argenio y de nuevo a mí—. Ahora él está fuera de juego, los dos intercambiasteis disparos, eso es todo. Todos sabían el odio que había entre vosotros. La mujer era el centro de la cuestión. La cogisteis en medio cuando os disparabais —rio un poco—. Sólo es cuestión de ponerle un revólver en la mano. Incluso mi anterior…, mis socios creerían la escena.

—Lo has conseguido, Marcus —dije tartamudeando.

Sacudió la cabeza.

—Debí haber hecho esto hace mucho tiempo. Habríamos evitado un montón de problemas si lo hubiera hecho allí mismo, en tu habitación.

Levantó el revólver y apuntó. Su susurro fue casi inaudible.

—Muévete, Regan.

Di un paso y el disparo pasó agujereando mi abrigo. De alguna forma la bala del 45, del pistolón que ella sujetaba, apretado entre los puños, le arrancó el revólver de las manos con dedos y todo, dejando un gran muñón goteando, colgado de la manga de su

gabardina.

Leo Marcus miró la obscenidad de lo que había sido parte de él hacía tan sólo un segundo, abrió la boca en lo que iba a ser un gran aullido de absoluto horror y que sin embargo se derrumbó en una agonía de frustración y dolor.

Las sirenas se acercaban ya. Se habían parado y se gritaban instrucciones. Cogí el revólver de su mano, la rodeé con mi brazo y la levanté. Su abrigo estaba en un rincón, se lo eché por los hombros mientras ellos subían ya por las escaleras.

En el pasillo, la vida de Leo Marcus se escapaba en un espantoso charco de sangre arterial y nadie sabría nada más que lo que yo quisiera que supieran.

La cara de Madaline aún estaba pálida, pero le volvía ya el color.

Fuera oí la voz de Jerry Nolan pidiendo hachas para derribar la puerta.

—¿Está resuelto, Pat? —preguntó.

La besé dulcemente y sacudí la cabeza.

—No, chico, acaba de empezar.



MICKEY SPILLANE nació en Brooklyn (Nueva York), 9 de marzo de 1918 y falleció en Murrells Inlet (Carolina del Sur), 17 de julio de 2006.

Se inició en la literatura escribiendo comics, combinando su pasión con otros trabajos más prosaicos como instructor en el ejército. Entre sus haberes se encuentra haber sido el creador de los guiones de personajes como el Capitán América o el Capitán Marvel, y, en la novela, de Mike Hammer, siendo uno de los representantes más significativos del pulp. Estudió también en la Universidad de Kansas.

Su primera novela, en la que apareció Hammer, fue Yo, el jurado, en 1947. Las necesidades económicas después del fin de la Segunda Guerra Mundial y la pérdida de ventas de los comics fue lo que le impulsó a crear esta primera obra. De las cincuenta y tres que escribió (cuyas ventas alcanzaron más de 225 millones de ejemplares vendidos en todo el mundo) varias fueron llevadas al cine o a la televisión.

A pesar de las duras críticas que recibió en sus inicios por el contenido violento de sus personajes, con posterioridad fue reconocido como uno de los más destacados autores de novela

negra del siglo XX.

Notas

[1] Big Pig: literalmente, gran cerdo. Denominación que a veces se aplica a los policías en Estados Unidos. (N. del T.) < <

[2] N.A.A.C.P.: Asociación para el fomento del progreso de la gente de color. (N. del T.) < <

[3] Abreviatura de delicatesen, establecimiento donde se venden fiambres y comidas preparadas. (N. del T.) <<

[4] Compañía de Telégrafos. < <

[5] Antigua cárcel de mujeres de Nueva York, situada en el centro de Greenwich Village. Hoy en día ya no existe. (N. del T.) < <

[6] Famosa cárcel estadounidense que ya no existe. (N. del T.) < <

[7] Cine al aire libre en el que se contempla la proyección desde el automóvil. (N. del T.) < <

[8] PBX (Pólice Board Exchange): Centralita de la Policía, donde se registran todas las llamadas. (N. del T.) < <

[9] El apodo «The Melons» significa literalmente «la melones» como referencia al gran tamaño de sus pechos. (N. del T.) < <

[10] O.S.S.: Office of Strategic Services (Departamento de Servicios Estratégicos), antigua denominación de la C.I.A. <<

[11] Denominación cariñosa aplicada a los policías. < <